



UNIVERSITAT DE  
BARCELONA

Facultad de Filosofía

Máster de Pensamiento Contemporáneo y Tradición Clásica

**TRABAJO DE FINAL DE MÁSTER**

**2019-2020**

**TECNOPOPULISMO. HACIA UNA TEORÍA  
POLÍTICA POST-HEGEMÓNICA**

Víctor Hermoso

TUTOR

Dr. Gonçal Mayos Solsona

Septiembre 2020

# Índice

<b>1. Introducción. Tomar en serio el aceleracionismo</b> .....	2
<b>2. ¿Qué es el aceleracionismo? Entre velocidad y navegación</b> .....	9
2.1. Aceleracionismo <i>mecanicista o dromológico</i> .....	11
2.1.1. Karl Marx: el <i>Fragmento de las máquinas</i> .....	11
2.1.2 Antonio Negri y el autonomismo italiano.....	13
2.1.3 Nick Land y la Neoreacción (NRx) .....	15
2.2. Aceleracionismo <i>navegacional</i> .....	17
2.2.1 Tecnopopulismo.....	18
2.2.2 Xenofeminismo.....	21
2.3. Conclusiones .....	23
<b>3. La lógica política del tecnopopulismo Entre autonomía y hegemonía</b> .....	25
3.1 ¿Qué es el tecnopopulismo? .....	25
3.2 El proyecto de democracia radical y plural.....	32
3.3 Complementariedad entre equivalencia y autonomía .....	38
3.3.1. Entre <i>pueblo y multitud</i> .....	39
3.3.2. Entre <i>equivalencia y autonomía</i> .....	45
3.4 Conclusiones .....	50
<b>4. Retorno a Gramsci. Hacia una teoría post-hegemónica</b> .....	54
4.1 Hegemonía y complejidad.....	55
4.2 Genealogía del concepto de hegemonía.....	58
4.2.1 Primeras formulaciones .....	58
4.2.2. Antonio Gramsci.....	60
4.2.3. Después de Gramsci: entre el economicismo y el voluntarismo ...	67
4.3 Hegemonía compleja. Hacia una teoría post-hegemónica .....	74
4.3.1 Las teorías de la complejidad y su productividad democrática .....	74
4.3.2 Teoría de la hegemonía «compleja» .....	79
<b>5. Conclusiones</b> .....	94
<b>6. Bibliografía</b> .....	106

## 1. INTRODUCCIÓN. Tomar *en serio* el aceleracionismo

En el tiempo de las catástrofes y de la convivencia aquiescente con el *fin* del mundo, el aceleracionismo ha tomado en la contemporaneidad un gran protagonismo en los debates políticos de izquierda como una estrategia que permite subirse a la ola del desastre y aprovechar la voracidad neoliberal para pronosticar la venida de un nuevo mundo... sobre los escombros de este. El aceleracionismo, por cuanto en vez de luchar contra un sistema destructor afirma la necesidad de su despliegue hasta sus últimas consecuencias, esperando que este caiga por sus propias contradicciones internas, no hace sino participar de una *politique du pire*:<sup>1</sup> una política incapaz de pensar el futuro sino es como apocalipsis o tabula rasa. Una política de lo peor propia de los tiempos escatológicos en los que vivimos. En este sentido, el aceleracionismo no es más que otra realización del famoso *There is no alternative* (TINA) de Margaret Thatcher, el cual ha servido para hacer correr tinta respecto a la imposibilidad de pensar más allá del sistema de producción capitalista. De ahí el gran arraigo cultural que en los últimos años han tenido las ya manidas reflexiones de Mark Fisher en torno al *realismo capitalista* o el repetido *ad nauseam* «es más fácil pensar el fin del mundo que el fin del capitalismo» de Fredic Jameson, popularizado por Slavoj Žižek. Mejor cabría preguntarse si el verdadero *realismo capitalista* no es la imposibilidad de pensar más allá del capitalismo, sino la crítica izquierdista que se regodea en señalarnos nuestra propia incapacidad.

A este respecto es sintomático como, justamente al contrario del aceleracionismo, durante el siglo XX la revolución se entendió como el acto de poner freno al tren de la historia, como interrupción de la «locomotora» capitalista: si Karl Marx afirmó que las revoluciones son el tren que hace avanzar a la historia, en cambio para Walter Benjamin la revolución consistía en detener un tren desatado que se encontraba al borde del descarrilamiento y que nos dirige indefectiblemente al desastre. El pasaje benjaminiano en el que describe el descarrilamiento de un tren sobre el río Tay<sup>2</sup> fue entendido por la izquierda como la necesidad de tomar soluciones restaurativas o regresivas, es decir, con la posibilidad de tirar el tren marcha atrás y tornar a un pasado en el que la técnica no sometiera la propia capacidad de la humanidad de darse autodomínio. Sin embargo, esta

---

<sup>1</sup> Armen Avanessian y Mauro Reis. “Introducción” en Avanessian, Armen; Reis, Mauro (Comps.). *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo* (Buenos Aires: Caja Negra, 2017), p.10.

<sup>2</sup> Walter Benjamin, *Radio Benjamin*, (Madrid: Akal, 2015), p.201.

solución fue también otro tren perdido: el objetivo de Benjamin y sus colegas de la Escuela de Frankfurt, pese a ser grandes críticos con la Ilustración, en realidad no era otro que el de «salvar la Ilustración».<sup>3</sup> La llamada de Benjamin a detener el tren de la historia no consistía en volver a un pasado romántico, tampoco en sustraerse al desarrollo tecnológico y volver a los tiempos del salvaje feliz *rousseano*. En definitiva, de ninguna manera se debía renunciar a la tecnología, la modernización y al proyecto ilustrado porque estos estuvieran contaminados por el pensamiento instrumental: debía acometerse una crítica ilustrada de la Ilustración.<sup>4</sup> Su apuesta era la de parar el tren de la historia para salirse de los raíles de la historia que el capitalismo-tecnológico había construido para la humanidad, y empezar otro camino, desde otra lógica: quizás cambiar el sentido, ir en bici, caminar al borde de las vías, quizás (podríamos sugerir hoy) construir un tren *ecológico*.

En otras palabras, la tecnología para Benjamin no llevaba implícitamente escrita en su seno el dominio. Solo bajo ciertas formas sociales de producción esta se tornaba en dominio y explotación del hombre y la naturaleza, de la misma manera que para Marx un hombre negro solo es esclavo bajo ciertas relaciones de producción. El problema entonces consistía en que la razón instrumental había puesto a la naturaleza al servicio de la tecnología y, por tanto, la propia naturaleza humana había sucumbido como objeto de explotación en el desarrollo tecnológico. Pero la técnica, sugiere Benjamin, no es tan solo un dominio destructivo, sino que puede establecer, como dijera en sus tesis, una «relación armoniosa entre la naturaleza y el hombre».<sup>5</sup> Asimismo, en *Al planetario* (1928), sugiere que si el resultado de la Gran Guerra fue un «baño de sangre» esto se debió a que el «espíritu de la técnica», que en un principio había desencantado -al estilo weberiano- nuestro cielo estrellado, siendo tal cosmos reconvertido en fuerzas tecnológicas, era precisamente porque tales fuerzas cósmicas estaban bajo el yugo del capitalismo.<sup>6</sup>

---

<sup>3</sup> Max Horkheimer y Theodor Adorno, *Dialéctica de la Ilustración* (Madrid: Trotta, 1998), pp.34-35.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p.27.

<sup>5</sup> Walter Benjamin, “Tesis sobre el concepto de historia”, en *Illuminaciones* (Madrid: Taurus, 2018); p.313.

<sup>6</sup> «Masas humanas, gases, fuerzas eléctricas fueron arrojadas al campo raso, corrientes de altas frecuencias atravesaron el paisaje, en el cielo surgieron nuevos astros, el espacio aéreo y las profundidades marinas bramaron con los propulsores, y por todas partes se excavaron fosas sacrificiales en la Madre Tierra. Este gran galanteo con el cosmos se consumó por primera vez a escala planetaria, es decir, en el espíritu de la técnica. Pero como el afán de lucro de la clase dominante pensaba satisfacer su deseo a expensas de esta, la técnica traicionó a la humanidad y convirtió el lecho nupcial en un mar de sangre». Véase: Walter Benjamin, *Calle de sentido único* (Madrid, Akal, 2015).

En consecuencia, Benjamin propone alterar la relación que la razón ilustrada ha establecido entre dominio y tecnología: no se trata ya de que dominemos *mejor* o más racionalmente la naturaleza, sino que dominemos nuestra relación con ella. Ello comportaría adoptar la tecnología como una segunda naturaleza de la que podamos extraer una nueva configuración. De ahí la recuperación del proyecto utópico de Fourier en la tesis XI en *Sobre el concepto de historia* (1940): no hace sino subrayar la necesidad de dirigir la técnica hacia otros fines, de establecer una relación armoniosa entre naturaleza y técnica, de manera que la primera «pueda darnos los mejor de sí»<sup>7</sup> por medio de la segunda. Es decir, asumir la escala prometeica que nos exige nuestro mundo tecnológicamente construido.

Algunos de los aceleracionismos contemporáneos precisamente han sido inscritos en esta posibilidad benjaminiana de *refuncionalización* tecnológica:<sup>8</sup> la diferenciación y separación efectiva entre capitalismo y los productos tecnológicos de este y sus fines. Nick Land, el padre del aceleracionismo, niega esta posibilidad al considerar el capital como el sujeto de la historia y sus productos como inmanentes e indiscernibles de su propio desarrollo. Ahora bien, otros aceleracionismos más recientes, como el presentado por Nick Srnicek y Alex Williams o Helen Hester, han puesto especial hincapié en las potencialidades emancipatorias que posee el desarrollo tecnológico.<sup>9</sup> Sin embargo, esta tesis ha sido asumida fundamentalmente como: 1) una forma de determinismo tecnológico por el que la tecnología se considera el principal agente de cambio histórico y, 2) un tecnoutopismo que afirma que el mero desarrollo tecnológico llevará necesariamente a la emancipación y mejoramiento de la humanidad. Así comprendido, el aceleracionismo de «izquierdas» (tal y como se refiere habitualmente al pensamiento de Srnicek y Williams), sería indistinguible de la apología aquiescente del mercado: una forma de *capitalofilia* emancipadora que, en realidad, en nada se diferencia de las políticas neoliberales o del *neoidealismo* de Silicon Valley.<sup>10</sup>

---

<sup>7</sup> Benjamin, “Tesis sobre el concepto de historia”... Op. Cit., p.313.// Reyes Mate, Comentario sobre la tesis XI, p.194.

<sup>8</sup> Ibid., pp.135-136

<sup>9</sup> Nantu Arroyo García y Lorena Acosta Iglesias. “Pensar el aceleracionismo, ¿con o contra Marx? El fragmento sobre las máquinas a debate en el s. XXI”, *Argumentos de Razón Técnica*, 22, 2019, p. 186,

<sup>10</sup> Cesar Rendueles, *En bruto: una reivindicación del materialismo histórico* (Madrid: La Catarata, 2016), pp. 24-29.

Sin embargo, una de las tesis del presente trabajo es demostrar que esta aseveración es falsa (al menos en lo referente a los aceleracionismos más recientes) y el objetivo de la misma es reivindicar el aceleracionismo no como una forma de acción política, sino reivindicar el aceleracionismo en clave teórica. De la misma manera que José Luis Villacañas pedía «tomar en serio el populismo», en este trabajo se pide lo propio con el aceleracionismo. El presente análisis busca alejarse del carácter dogmático y fanático que muchas veces ha generado entre sus lectores y comentaristas. Erradicar este absurdo proselitismo (principalmente desarrollado en internet en forma de *memes*) solo puede realizarse tomándose plenamente en serio esta corriente política, no para simplemente afirmarla, sino para evaluar y calibrar sus aportes y acomodaciones respecto a otras tradiciones emancipadoras o estrategias políticas. Esto es, evaluar el aceleracionismo introduciéndolo en los debates contemporáneos de las políticas de izquierda como una nueva perspectiva política que ofrece ciertos atractivos pero que también muestra importantes limitaciones. Por tanto, tomar en serio el aceleracionismo no nos llevará a su reivindicación práctica, sino teórica, como una forma de entender la práctica política que de hecho está presente en varios pensadores a lo largo de los siglos XIX y XX y que es en nuestro presente cuando se ha manifestado explícitamente de manera programática y sistemática.<sup>11</sup>

Consecuentemente, si la manera en la que el aceleracionismo de «izquierdas» ha sido comprendido hasta el momento necesita de una cierta aclaración, el objetivo de este trabajo es precisamente el de desenmarañar este entuerto y desligar el proyecto de Srnicek y Williams del aceleracionismo convencional y presentarlo como un *tecnopopulismo*. Para este objetivo, el presente trabajo primero intentará situar de manera genérica la cuestión de los aceleracionismos, su definición, génesis, presencia en otros pensadores, así como sus principales herencias teóricas. En segundo término, se propondrá una clasificación alternativa de los diferentes tipos de aceleracionismo existentes, sustituyendo la manida diferenciación entre aceleracionismo de «izquierdas» y de

---

<sup>11</sup> Este trabajo ha sido redactado casi en su totalidad durante el confinamiento global provocado por la epidemia de la Covid-19. Precisamente, ante la urgencia de una crisis sanitaria pero también económica y social sin precedentes, ha vuelto a emerger en el debate nacional e internacional la cuestión de la renta básica incondicional. En España, concretamente, se ha aprobado una tímida renta mínima para paliar la pobreza y el paro sistémico que se arrastra desde la reconversión industrial de los años ochenta, y así alinearnos con el resto de la Eurozona. En este sentido, la vía programática del aceleracionismo de «izquierdas» y el apoyo a la renta básica incondicional son, sin duda, reflexiones y aspiraciones claves para nuestro presente inmediato.

«derechas», por la de un aceleracionismo *navegacional* y otro *mecanicista*, para después justificar el porqué de esta nueva taxonomía. En lo siguiente, la clasificación precedente nos permitirá delinear el aceleracionismo de Srnicek y Williams, que es el que servirá de análisis principal en esta investigación, para justificar el término que proponemos para su pensamiento: un *tecnopopulismo*, una reelaboración del proyecto posmarxista de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe que recoge elementos y aportes de la teoría postobrerista. En último término, evaluaremos las dificultades que esta hibridación entre la teoría posmarxista y postobrerista podría ocasionar y concluiremos que tal combinación solo podría ampararse bajo el sustento de una renovación del concepto de hegemonía. Una hegemonía que, según Williams, vuelve a Antonio Gramsci interpretado desde las ciencias de la complejidad, pero sin olvidar los aportes teóricos de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. Esta reformulación hegemónica es sin duda la gran aportación que los autores ofrecen a la filosofía política contemporánea: una *post-hegemonía* que, fiel al destino del siglo XXI, vuelve sobre fundamentos ontológicos materialistas y realistas.

Y es que cabría añadir que el aceleracionismo se suma a toda una serie de corrientes filosóficas que han emergido en el siglo XXI y que son enmarcadas dentro del así llamado «giro especulativo».<sup>12</sup> En él convergen un grupo de corrientes tan variadas como el aceleracionismo, el realismo especulativo, la ontología orientada a los objetos, el xenofeminismo o la *dark ecology*, las cuales comparten un cierto retorno a posiciones realistas y materialistas. Las tendencias «antirrealistas» de la filosofía continental a lo largo de todo el siglo XX pusieron el foco en la subjetividad, y afirmaron que nada existía más allá de los *fenómenos* de este. Quizás esta vuelta a posiciones realistas tiene como telón de fondo el advenimiento inexorable de la emergencia climática y la conciencia de que, de hecho, el antirrealismo ha favorecido una visión antropocéntrica<sup>13</sup> del planeta que no es funcional ante una amenaza, un *fenómeno* que, ciertamente, desborda nuestras escalas de comprensión y apabulla nuestra capacidad de acción.

Esta investigación, entonces, sigue el propio desarrollo del pensamiento de Williams y Srnicek. Si en un primer término, el *Manifiesto por una Política Aceleracionista* (2013) fue concebido como un despliegue del postobrerismo para el siglo XXI, el subsiguiente

---

<sup>12</sup> Levi Bryant, Nick Srnicek y Graham Harman (eds.) *The Speculative Turn. Continental materialism and realism*. Melbourne: re-ress, 2011.

<sup>13</sup> Graham Harman “El *revival* de la metafísica en la filosofía continental” en *Hacia el realismo especulativo* (Buenos Aires: Caja Negra, 2018), p.98.

*Inventar el futuro* (2015) hizo patente que el aceleracionismo de los británicos se alineaba con la hegemonía posmarxista y la constitución de un populismo anti-trabajo. En la reciente publicación de *Complex Hegemony. Mechanisms of power after Gramsci* (2020) Williams delinea una nueva forma hegemónica que reformula sus teorías continentales bajo la perspectiva analítica de las ciencias de la complejidad. Este particular acercamiento a la teoría del poder hegemónico (por el que Williams puede conjugar la teoría discursiva posmarxista con otras formas hegemónicas dirigidas a los objetos y estructuras de nuestro mundo) es lo que permitirá alinear definitivamente al aceleracionismo con el «realismo» propio de las nuevas propuestas filosóficas del nuevo siglo.



## 2. ¿QUÉ ES EL ACELERACIONISMO? *Entre velocidad y navegación.*

«¿Qué vía revolucionaria, hay alguna? ¿Retirarse del mercado mundial como aconseja Samir Amin a los países del tercer mundo, en una curiosa renovación de la ‘solución fascista’? ¿O bien ir en sentido contrario? Es decir, ir aún más lejos en el movimiento del mercado, de la descodificación y de la desterritorialización [...] No retirarse del proceso, sino ir más lejos, ‘acelerar el proceso’, como decía Nietzsche: en verdad, en esta materia todavía no hemos visto nada».<sup>14</sup>

El aceleracionismo es una corriente filosófica estética y política que hunde sus raíces en la teoría de la desterritorialización y reterritorialización de Gilles Deleuze y Felix Guattari de los años setenta, la cual ya en los años noventa es recogida por Nick Land, el director de la Unidad de Investigación de la Cultura Cibernética (CCRU por sus siglas en inglés) y el así reconocido como padre del aceleracionismo contemporáneo. Para Deleuze y Guattari el capitalismo es un sistema social que empuja continuamente sus propios límites inmanentes, así el capitalismo libera ciertas tendencias y axiomas de deseo, energía o materia para posteriormente codificarlos bajo su propia lógica. Desde un cierto punto de vista, el capitalismo puede entenderse como una fuerza histórica dinámica e innovativa, pero solo al precio de atraparla con posterioridad, de capturarla bajo su propia dinámica, manteniendo por tanto siempre encapsulada la posibilidad de una verdadera liberación de energía revolucionaria.<sup>15</sup> Dada esta tendencia del capital de empujar las fuerzas de desterritorialización para reterritorializar nuevas dinámicas, el aceleracionismo comprendería que una salida hacia el *postcapitalismo* consistiría en empujar ciertas tendencias hacia límites inaceptables para el capital, es decir, liberando su verdadera e inmanente dinámica revolucionaria. Esto es, como dice Peter Wolfendale:

[...] identificar, profundizar y radicalizar las fuerzas de la desterritorialización con el objetivo de superar las tendencias compensatorias que suprimen la posibilidad de una transformación social de gran alcance.<sup>16</sup>

Los diversos aceleracionismos comparten la asunción de que la intensificación de ciertas tendencias del desarrollo tecnológico-capitalista conduciría al colapso del sistema o hacia un afuera del mismo, es decir, al advenimiento del *postcapitalismo*: un mundo más allá de los resortes de la lógica de la búsqueda de beneficio extractivista y de la escasez generalizada. De la misma manera que, como ya vimos, Marx afirmó que las revoluciones

---

<sup>14</sup> Gilles Deleuze y Felix Guattari, *El antiedipo* (Barcelona: Paidós, 1985), p.247.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p.267.

<sup>16</sup> Peter Wolfendale, [“So, Accelerationism, what’s all that about?”](#) *Dialectical Insurgency*, 2014.

son la «locomotora de la historia», por analogía los aceleracionismos aseveran (genéricamente) que no debemos sino acelerar el tren de la historia, desatendiendo así la apuesta de Walter Benjamin de poner el freno a tiempo.

De la adscripción del aceleracionismo a un cierto tipo de determinismo tecnológico que entendería que la tecnología puede modificar, suscitar o guiar los cambios históricos, económicos o sociales, en confrontación a otras acepciones constructivistas del desarrollo tecnológico, no vamos a pronunciarnos especialmente en esta investigación. Si que podríamos señalar, como aclaración acotativa, que la clasificación en la que ahora nos sumergiremos es parcialmente una consecuencia de la comprensión del papel de la tecnología en el cambio histórico y su propia realidad ontológica. Aunque la tecnología toma un cariz relevante en una corriente de estas características (no debemos olvidar que el texto clave, la piedra angular de las diversas corrientes del aceleracionismo es *El fragmento de la máquinas* de Karl Marx), el objetivo de esta investigación es el de analizar su lógica política. Por tanto, una profundización en este sentido iría más allá de los objetivos de esta investigación.

Pero antes de pasar al análisis de estas cuestiones, es oportuno intentar aclarar cuales son las distintas variantes de este, para así poder situar el lugar que ocupa la propuesta de Srnicek y Williams entre las distintas variantes del aceleracionismo.

Evidentemente, cuando se habla de aceleracionismos, de manera genérica se alude a toda una amalgama de corrientes que se adscriben de una manera u otra a ciertos principios básicos esenciales. Sin embargo, entre todos ellos hay diferencias fundamentales que merecen ser señaladas y sistematizadas. Ahora bien, debe destacarse la ambigüedad y arbitrariedad ideológica (y a menudo poco fundamentada) con la que se han establecido unas categorizaciones que apenas han encontrado réplica. En relación con el contenido consecuencialista que caracterizaría el postcapitalismo -a la que todas las corrientes aspiran- se ha dividido frecuentemente el movimiento entre, por un lado, un aceleracionismo de «izquierdas»: que refiere principalmente al de los autores ingleses Nick Srnicek y Alex Williams, así como otras corrientes como el *xenofeminismo*; y, por otro lado, un aceleracionismo de «derechas»: en relación con el propuesto por Nick Land

o la Neoreacción (NRx), también conocida como *Dark Enlightenment*.<sup>17</sup> Como ya ha sido puntualizado, en este ensayo me ocuparé principalmente de una de las vertientes «izquierdistas» del aceleracionismo, la propuesta por Srnicek y Williams.

Me gustaría añadir al debate (o quizás comenzar uno al respecto) y a modo de prescripción analítica en lo que sigue, que una sistematización más adecuada sería tomar el aceleracionismo por un criterio sustancialista, uno que se ocupe de la *naturaleza* de su aceleración y no por un criterio consecuencialista del mismo, es decir, por los resultados que se esperan con dicha aceleración -ya sean estos progresistas o reaccionarios. El criterio establecido hasta el momento resulta insuficiente y problemático dado que no atiende al carácter fundamental que divide a los diversos aceleracionismos; este no es el objetivo o consecuencia última a la que se pretende llegar, dado que de hecho muchos de ellos niegan que exista un fin *final* a modo de modelo normativo de sus propias políticas, ni siquiera como *ideal regulativo* kantiano. Debemos señalar en cambio que lo específico de este movimiento y lo que lo caracteriza son sus estrategias de transición entre sistemas y las potencialidades inmanentes de una configuración material que pueden dar lugar al quiebre y paso hacia otras formas organizativas. Por tanto, nuestra reflexión es que su clasificación debería atender al propio mecanismo de transición, es decir, a la conceptualización de la *naturaleza* o *sustancia* de dicha aceleración. Consecuentemente, en lo que sigue se propone una nueva clasificación preliminar que, a riesgo de no ser exhaustiva, creemos que permite ofrecer herramientas más adecuadas para atrapar la complejidad y diversidad de estas corrientes.

En resumen, según un criterio sustancialista distingo entre un aceleracionismo de tipo *mecanicista* y otro *navegacional*. El primero comprendería la aceleración como una propuesta dromológica, en tanto que busca acelerar los procesos del capital, mientras que el segundo se trataría de una propuesta por la cual se transitaría y experimentaría con la reformulación de estructuras de un sistema para su *navegación* hacia otras formas organizativas. Veámoslo.

---

<sup>17</sup> Armen Avanessian y Mauro Reis. “Introducción” en Avanessian, Armen; Reis, Mauro (Comps.). *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo* (Buenos Aires: Caja Negra, 2017), p.30.

## 2.1 Aceleracionismo *mecanicista o dromológico*

El aceleracionismo mecanicista -o dromológico, dado que en este caso la aceleración es equivalente a velocidad- se caracterizaría de manera genérica por entender que la simple profundización en las tendencias económico-tecnológicas preexistentes podrían empujarnos hacia un afuera del sistema capitalista. Desde esta perspectiva, se asume que la evolución de los vectores que se despliegan en el presente conduciría mecánicamente o necesariamente a la superación del *socius* capitalista. Aunque con diversos matices, se trata de una visión teleológica, determinista y etapista de la historia en la que se comprendería que en la actual configuración sistémica se encuentra la semilla de otro *socius* al que necesariamente tal configuración tiende, sin la posibilidad de que la agencia de agentes humanos y no-humanos pueda reconducir o alterar unas tendencias que, en el caso de Nick Land, prácticamente estarían inscritas en el código genético del capital, como si este se tratase de una máquina que se desentiende de las preocupaciones o deseos humanos y de la arbitrariedad resultante de la interacción de las estructuras sociales (economía, cultura, tecnología, política...). Lo característico de este aceleracionismo (*hilemórfico* podríamos decir) es que se mimetiza con el desarrollo *natural* del capital, no altera sus tendencias, las profundiza con la esperanza última de que su aceleración provoque el colapso o la revolución. Las diferentes posturas mecanicistas comparten un cierto determinismo, ya sea este tecnológico, económico o de ambos tipos.

Curiosamente, en este tipo de razonamiento encontraríamos perspectivas y precedentes de un amplio espectro ideológico, desde (un cierto) Karl Marx a Nick Land, pasando por Antonio Negri y el autonomismo italiano:

### 2.1.1 Karl Marx y el *fragmento de las máquinas*

En el pensador alemán ya existía una cierta veta aceleracionista en el *Fragmento sobre las máquinas* (1864). En él apunta a la autodestrucción del sistema capitalista ligado a sus dinámicas de desarrollo tecnológico en relación con las fuerzas de trabajo: el capitalismo, sometido a la exigencia de la máxima ganancia, tiende a sustituir el capital vivo (los trabajadores) por capital fijo (máquinas) que pueden realizar el mismo trabajo de una manera más eficiente. Además, las máquinas no se rebelan, no protestan ni montan piquetes en las puertas de las fábricas. El desarrollo capitalista llevaría inscrito la automatización de la producción en cuanto que permite mayores y más eficientes niveles

de beneficio. Esto supone que de manera paulatina el trabajador se convierta en un anexo a la máquina y que su trabajo consista en su mera supervisión,<sup>18</sup> llevando finalmente a su completa sustitución. En *este* Marx el desarrollo maquinico lleva por tanto a la extinción del trabajo y la destrucción del valor.

El capital es por sí mismo la contradicción en proceso, por el hecho de que tiende a reducir el tiempo de trabajo a un nivel mínimo, mientras que, por otro lado, pone el tiempo del trabajo como única medida y fuente de riqueza.<sup>19</sup>

Si el capital reemplaza el trabajo por máquinas (trabajo humano objetivado, fuerza objetivada del conocimiento del *general intellect*) con el objetivo de reducir el tiempo de trabajo necesario para la producción social, la tendencia del capital es precisamente que el tiempo de trabajo tienda a cero. Además, dado que el trabajo en el contexto capitalista es la única medida de valorización, por tanto, la propia dinámica capitalista llevaría también a la destrucción del valor. Consecuentemente, en el desarrollo capitalista estaría inscrito la posibilidad de su propia superación. Por ello Marx afirma que el capitalismo «trabaja activamente en su propia disolución como forma dominante de producción»:<sup>20</sup>

[...] en nuestros días el sistema protector es conservador, mientras que el sistema del libre intercambio es destructor. Disuelve las antiguas nacionalidades y lleva al extremo el antagonismo entre la burguesía y el proletariado. En una palabra, el sistema de la libertad comercial acelera la revolución social. Solo en este sentido revolucionario, señores, voto en favor del libre intercambio.<sup>21</sup>

Más allá de la literalidad del término «aceleración» en la citación, se aprecia como el razonamiento de Marx le lleva a votar a favor del libre intercambio en un sentido «revolucionario». Tal asunción solo es entendible desde el seno del pensamiento marxiano: dado que la historia del capitalismo tiende a la simplificación y convergencia humana en una sola clase lo que ocasionalmente conducirá a la revolución obrera, es decir, las relaciones de producción acabarán entrando en contradicción con las fuerzas productivas, votar a favor del libre intercambio, esto es un “estadio superior” en el historicismo del capitalismo, es equivalente a acelerar al tiempo histórico o anticipar la revolución social. En cierta manera, este proto-aceleracionismo también se encontraba

---

<sup>18</sup> Antonio Gómez Villar, “Hacia una concepción filosófica del postfordismo y la precariedad: elementos de teoría y método (post)operaísta”, (Tesis doctoral, Universidad Pompeu Fabra, 2014), pp.114-115.

<sup>19</sup> Karl Marx, Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) (Siglo XXI: Madrid, 1976), p.229.

<sup>20</sup> Ibid, p.222.

<sup>21</sup> Avanesian y Reis, “Introducción”, Op.cit., p.23

latente en la tradición marxista clásica en cuanto que entendía la historia como un despliegue teleológico que conduciría a la necesidad del *Aufhebung* hegeliano, la integración final de todas las contradicciones. El comunismo no se trataba de una posibilidad virtual, sino de un estadio necesario en el desarrollo trascendente de la historia que los proletarios podían acelerar.

No obstante, como es bien sabido, Marx era un pensador mucho más complejo y sofisticado de lo que ciertos aceleracionistas desean presentarlo. Así, podemos encontrar *otros* Marx que contradicen la interpretación aceleracionista y/o historicista.

On what is a partial, a merely political revolution based? On the fact that part of civil society emancipates itself and attains general domination; on the fact that a definite class, proceeding from its particular situation, undertakes the general emancipation of society. [...] all the defects of society must conversely be concentrated in another class, a particular state must be looked upon as the *notorious crime* of the whole society, so that liberation from that sphere appears as general self-liberation.<sup>22</sup>

### 2.1.2 Antonio Negri y el autonomismo italiano

El pensamiento de Negri también podría ser susceptible de ser categorizado como aceleracionista. En la narrativa operaísta (que desarrollaremos más adelante con mayor profundidad) los ciclos de lucha en los que se constituye la clase obrera podrían llevar a que el sujeto en su quehacer biopolítico:<sup>23</sup>, es decir, su resistencia y creatividad ante el poder, deviniera tan excedente de valor respecto del capital que este fuera incapaz de ser capturado. Consecuentemente, la *multitud* en su dinámica creativa de resistencia (que es sistemáticamente capturadas por el capital) sería finalmente capaz de devenir autónomo: organizarse y cooperar sin la mediación y los mecanismos de captura del capital:

Nuestra hipótesis es la siguiente: la revolución es una aceleración del tiempo histórico, la realización de una condición subjetiva, de un acontecimiento, de una apertura cuya convergencia es hacer posible una producción de subjetividad irreductible y radical.<sup>24</sup>

---

<sup>22</sup> Este fragmento es destacado por Ernesto Laclau por la importancia a la que Marx otorga a la mediación política y que permitirá los posteriores desarrollos de la teoría hegemónica como una teoría política alejada de los determinismos y esencialismos propios de buena parte de la tradición marxista. Véase: Ernesto Laclau, "Identity and hegemony: the role of universality in the constitution of political logics" en: Butler, Judith; Laclau, Ernesto; Žižek, Slavoj. *Contingency, hegemony, universality*, (Londres: Verso, 2000), p. 45.

<sup>23</sup> Antonio Negri. *La fábrica de porcelana*. (Barcelona: Paidós, 2006), p.47.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p.194.

De hecho, es precisamente la edición tardía y posterior lectura del *Fragmento de las máquinas* donde puede ubicarse por primera vez la génesis del obrerismo italiano y -en su alianza con el postestructuralismo francés- el postobrerismo.<sup>25</sup> Negri señala insistentemente en la cesura entre lo moderno y los postmoderno, esta discontinuidad se señala por: el tránsito del fordismo al postfordismo en el que el trabajo cognitivo se vuelve tendencia hegemónica, la extensión del biopoder a la totalidad de la vida -la subsunción real de la vida bajo el capital- y la mundialización de la organización del trabajo.<sup>26</sup> Son bajo estas nuevas condiciones por la que se despliegan las contradicciones tanto materiales como en la producción biopolítica que prefiguran la autonomía de la multitud:

[...] la aparición del nuevo potencial que representan, conjuntamente, la nueva fuerza de trabajo productiva y la autonomía de la multitud. A partir de ese potencial [...] aparecen actualmente *contradicciones inéditas*: materiales, desde luego, pero también subjetivas. [...] Los nuevos valores de uso expresados a través de la autonomía del trabajo vivo parecen contener hoy un esquema teórico y/o una tendencia prácticas susceptibles de llevarnos a un verdadero momento revolucionario.<sup>27</sup>

Aunque si bien es cierto que Negri señala insistentemente que este *éxodo* respecto al capital no se trata de una *necesidad* sino de una *posibilidad* inmanente en las líneas de despliegue de la multitud. Dotar a la resistencia de un fundamento ontológico en último término le permitiría abandonar la teleología y la dialéctica marxiana constituyendo una dialéctica no negativa o un materialismo *ateleológico*.<sup>28</sup> Sin embargo, si aplica cierto mecanicismo en la posibilidad de excedencia del sujeto con respecto al valor; si bien el análisis del fin del valor-trabajo marxiano, le ayudó a conceptualizar las nuevas formas de valor en el postfordismo, la extracción de datos en el nuevo paradigma del capitalismo de plataformas<sup>29</sup> nos parece indicar que esa excedencia podría parecer más bien una ilusión del autor italiano. Franco “Bifo” Berardi acierta cuando señala como el aceleracionismo es: “una expresión radical del comunismo spinozista de la inmanencia”.<sup>30</sup> Según el italiano, esta forma de aceleracionismo negriano confundiría

---

<sup>25</sup> Gómez Villar, “Hacia una concepción filosófica del postfordismo...”, Op. Cit., pp.25-36.

<sup>26</sup> Negri. *La fábrica de porcelana*. Op. Cit., pp. 25-29.

<sup>27</sup> *Ibid.*, pp.194-195.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 48.

<sup>29</sup> Véase: Nick Srnicek, *Capitalismo de plataformas*. (Buenos Aires: Caja Negra, 2018), p.41.

<sup>30</sup> Franco ‘Bifo’ Berardi. “El aceleracionismo cuestionado desde el punto de vista del cuerpo”, en Avanesian y Reis (Comps.), Op.cit., p.75.

posibilidad con necesidad, en cuanto que convierte un despliegue posible en un destino necesario.

### 2.1.3 Nick Land y la Neoreacción (NRx)

Por último, Nick Land, el considerado como padre del aceleracionismo es un autor complejo y seguramente inclasificable. En su obra combina reflexiones filosóficas con pasajes de ciencia-ficción, un género que se ha venido a llamar *teoría-ficción* lo que hace todavía más complejo si cabe seguir sus razonamientos. En su *plexeología* afirma que la historia de la humanidad es un momento que serviría como nave incubadora o probeta para el nacimiento de las máquinas.<sup>31</sup> Así, Land entiende que hay una Inteligencia Artificial (IA) que desde el futuro dirige el decurso de la humanidad para que estos creen las máquinas y así completar el momento de *singularidad tecnológica*.<sup>32</sup> estadio en el que las máquinas devendrían autónomas respecto del ser humano adquiriendo agencia en su producción y reproducción. Bajo este paradigma el ser humano se convertiría en un lastre desechable por una producción maquínica inteligente, abstracta y autosuficiente. En este sentido, para Land, el colapso capitalista esta prefigurado, y ya no queda nada que podamos hacer, excepto acelerar el tiempo histórico y dejar paso a la IA. Ciertamente, es difícil imaginar un pensamiento que haya llevado hasta tales extremos metafísicos el mecanicismo y la teleología.

Cabría también señalar que Land formaría parte de un elenco de intelectuales que han sido denominados como neoreaccionarios (NRx) y que se presentan como la antítesis de la Ilustración. Son defensores de una *Ilustración Oscura*,<sup>33</sup> por la que a través de un tecnoutopismo futurista son partidarios de formas políticas reaccionarias (como la monarquía) y abiertamente conservadoras en cuestiones de género o migración.

En resumen, observando las características comunes que parecen subyacer a este tipo de aceleracionismo *mecanicista* es que, dado que la historia está escrita y su movimiento lleva indefectiblemente a un nuevo escenario político, económico y social, parece que en consecuencia en algunos casos, no hay necesidad de acción política y en otros, la forma

---

<sup>31</sup> Abraham Cordero, “Aceleracionismo, tragedia y sentido”, (TFM, Universitat de Barcelona, 2019), p.29.

<sup>32</sup> Avanesian y Reis, Op.cit., p.30.

<sup>33</sup> Nick Land, *The Dark Enlightenment*. Disponible en : <https://www.thedarkenlightenment.com/the-dark-enlightenment-by-nick-land/>



política que el movimiento debe tomar parece ambigua o poco concreta en sus formulaciones prácticas. El determinismo tecnológico patente en gran parte de estos autores es el que lleva a sustituir los procesos de cambio tecnológico por la acción política como principal agente transformador de la historia. Aunque es sin duda una consecuencia curiosa o paradójica, no es para nada una novedad política. Si acaso debiéramos recordar cómo en el marxismo ruso de finales del siglo XIX autores como Kautsky insistían en que no debían organizarse *para* hacer la revolución, sino que debían estar organizados para aprovecharse cuando esta llegase.<sup>34</sup>

## 2.2 Aceleracionismo *navegacional*

Como hemos visto, el aceleracionismo mecanicista se dispone a simplemente darle velocidad a las líneas virtuales de despliegue, a echar carbón a la máquina sobre las actuales tendencias tecno-económicas esperando que de estas resulte la contradicción definitiva o la oportunidad revolucionaria. Un problema evidente de este planteamiento, más allá del determinismo e historicismo, es explicar la necesidad de que el cambio después del desastre o de la revolución sea progresista, cuando todo apuntaría más bien al contrario. A este aceleracionismo mecanicista o determinista se le opone el aceleracionismo *navegacional*, el cual intenta no confundirse con el mero despliegue maquínico del capital, sino al contrario, redirigir y orientarse, acelerando solo aquellos procesos (o la exploración de nuevos) que permitirían la *navegación* del sistema, esto es: la orientación del desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción hacia fines sociales. Aunque más adelante desarrollaremos las consecuencias e implicaciones de esta *navegación*, podemos adelantar que esta, según Alex Williams, trata de: «una transformación del espacio de posibilidades, así como una navegación en el mismo».<sup>35</sup> La navegación, aquí podemos avanzar, es la búsqueda de un nuevo equilibrio dentro de un sistema de posibilidades existentes que cataliza su transformación hacia otras formas de organización estructural. La navegación empero, no se entiende como despliegue mecánico, desde el que una estructura lleva indefectiblemente hacia

---

<sup>34</sup> Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. (Madrid: Siglo XXI, 2015), pp.50-51.

<sup>35</sup> Alex Williams, *Political hegemony and social complexity. Mechanisms of power after Gramsci*, (Londres: Palgrave Macmillan, 2020), p.152.

otra, sino que se entiende como un proceso eminentemente político que aprovecha la tecnología para su propio usufructo.

De esta propuesta de navegación de las estructuras sistémicas que componen un orden material, la tecnología eminentemente juega un factor fundamental como medio catalizador de ciertos procesos. La distinción obvia respecto al determinismo tecnológico presente en los *mecanicistas*, se daría en cuanto que la tecnología no se entiende como factor de cambio en sí mismo, sino que desde una comprensión constructivista de la tecnología<sup>36</sup> en intrínseca colaboración con lo social y lo político, se comprende a esta como herramienta de cambio dirigida por la acción humana. La tecnología es por tanto un producto social que tiene derivaciones políticas tanto emancipadoras como represivas.

En resumen, el aceleracionismo navegacional adopta una perspectiva constructivista del desarrollo tecnológico: considera que la tecnología es un producto eminentemente social que no puede desligarse de su inserción histórica y política.<sup>37</sup> Aquí radica el proceso de *refuncionalización* de la tecnología, comprendiendo que el proceso de modernización tecnológica es distinguible de la lógica de racionalización productiva y acumulación que la ha visto nacer bajo el mandato capitalista. En otras palabras, que la tecnología puede ser un instrumento capaz de establecer relaciones sociales *afuera* del capitalismo.

De esta posibilidad de dirigir políticamente la tecnología para producir nuevas estructuras sociales y políticas cabe señalar la importante distinción entre políticas de producción y de (re)producción social: esto es, entre el aceleracionismo de izquierdas o *tecnopopulismo* y el xenofeminismo.

### 2.2.1. Aceleracionismo de izquierdas o *tecnopopulismo*<sup>38</sup>

Si Nick Land gusta de citar al Marx del *Discurso del libre intercambio*, es el Marx del *Fragmento de las máquinas* al que suelen citar Srnicek y Williams, un gesto que les ha acercado comúnmente al postobrerismo italiano. Como ya vimos, según el texto de Marx y las lecturas posteriores del postobrerismo, el desarrollo capitalista lleva inscrito en su

---

<sup>36</sup> Eduard Aibar Puentes, *La visión constructivista de la innovación tecnológica Una introducción al modelo SCOT*, (Barcelona: FUOC, 2018).

<sup>37</sup> Woolgar, Steve. *Ciencia: abriendo la caja negra*. Barcelona: Antropos, 1991.

<sup>38</sup> Dado que en el siguiente punto de esta investigación trataremos con más profundidad el proyecto político de Srnicek y Williams, en este apartado nos ocuparemos de la lectura que realizan del *Fragmento de las máquinas* y sus principales divergencias en la lectura de este con el postobrerismo de Negri.

código la automatización de la producción en cuanto que permite mayores y más eficientes niveles de beneficio, lo que eventualmente conduciría a la destrucción del valor-trabajo. Para el aceleracionismo, por tanto, *a priori*, deberíamos acelerar la automatización productiva para destruir la relación salario-trabajo y alcanzar un mundo post-trabajo. Sin duda, en estos términos parecería difícil distinguir entre el aceleracionismo de Srnicek y Williams y la propuesta negriana de *autonomía* (que antes hemos considerado como mecanicista). Ahora bien, de la interpretación por parte de Srnicek y Williams del *Fragmento de las máquinas* no se deriva la asunción de que el mero despliegue de esta contradicción conduzca a su colapso o a la revolución, más bien entienden que no hay tal contradicción (el capital siempre se reacomoda y reformula ante tales contradicciones), sino que esta contradicción debe ser articulada políticamente. Si se quiere entender así, debemos dirigirnos *políticamente* a la contradicción.

Una de las aproximaciones más acertadas al respecto de esta falsa contradicción es la que ha sostenido el filósofo Franco ‘Bifo’ Berardi. El pensador autonomista, basándose en los estudios de Gregory Bateson y Paul Watzlawick, percibe al capitalismo como un «dispositivo patógeno», como un *double bind* o doble enlace, esto es:

[...] una forma de comunicación paradójica en el que el contexto relacional entre en conflicto con el contenido de la comunicación. [...] es el resultado de la superposición de dos códigos semióticos en la relación comunicativa, o de la superposición de dos perspectivas interpretativas en el curso de un único proceso.<sup>39</sup>

El capitalismo establece el trabajo como única medida de valor, pero su desarrollo tecnológico, así como la imposibilidad de medir una producción que, como indica Maurizio Lazzarato, ya no es repetitiva sino diferencial, creativa,<sup>40</sup> lleva a la extinción del valor del trabajo sobre el que se apoya dicho desarrollo. En otras palabras, el capitalismo destruye el trabajo, pero él mismo se basa en el trabajo como núcleo del valor al que se le asocia un salario. Para Bifo, el doble enlace escapa de la lógica dialéctica porque su resolución no depende de la confrontación o de la superación del esquema establecido, sino de la redefinición del contexto relacional (el capitalismo) en base a la propuesta del enunciado. Así, la única salida de este contexto paradójico en el que el trabajo es la medida de todo pero ya no vale nada sería la redefinición de la teoría del

---

<sup>39</sup> ‘Bifo’ Berardi, Franco. *Almas al trabajo. Alienación, extrañamiento, autonomía* (Madrid: Enclave de libros, 2016), p. 61.

<sup>40</sup> Maurizio Lazzarato, *Potencias de la invención* (Cactus: Buenos Aires, 2018).

valor: separar salario y trabajo.<sup>41</sup> Así, en la organización estructural del capitalismo estaría la semilla de su propia destrucción, pero lo cierto es que el capital trabaja también para evitar su colapso creando relaciones sociales de escasez, destruyendo los productos del trabajo (guerras, crisis...)<sup>42</sup> Esto es de la misma manera que Negri señala como el capital captura el exceso de subjetividad de la multitud: un proceso vampírico que eventualmente el capital sería incapaz de llevar a cabo.

Si esta dialéctica es errónea, tal y como señala Bifo, deben buscarse alternativas que mediante la mediación política puedan recomponer el marco regulatorio o la dinámica sistémica en la que esta contradicción tiene lugar. Desde esta perspectiva, la aceleración del desarrollo tecnológico, como en el caso de la automatización, puede ser un prerequisite para el advenimiento del postcapitalismo, pero en ningún caso presenta necesidad. Aquí, de hecho, se ubicaría la principal divergencia entre el autonomismo italiano y el aceleracionismo de Srnicek y Williams en su lectura del *Fragmento de las máquinas*. Si para Negri se trata de pensar la potencialidad de la *multitud* a partir de lo que hay de *común* en la tecnología como relación social, Srnicek y Williams buscan ocuparse de «cuanto se puede construir de común a partir de la tecnología».<sup>43</sup> Consecuentemente, en el pensamiento de Srnicek y Williams se deriva la necesidad de una estrategia política que sirviéndose de herramientas tecnológicas permita navegar el sistema hacia otras formas organizativas.

Como desarrollaremos más ampliamente en el punto 3, la forma concreta por la que Srnicek y Williams entienden la mediación política es a partir de la teoría hegemónica de Laclau y Mouffe. Su objetivo es desarrollar un movimiento populista que pueda poner los medios en favor de una redirección tecnológica en favor de los objetivos post-trabajo. Su propuesta entonces se basa en alcanzar una hegemonía *tecnosocial*.<sup>44</sup> Es, por tanto, en este sentido concreto, en el que podemos distinguir el aceleracionismo navegacional de Srnicek y Williams del proyecto autonomista de Antonio Negri, el cual rechaza toda mediación política.<sup>45</sup> Por tanto, y atendiendo a su propuesta de mediación política como

---

<sup>41</sup> Berardi, *Almas al trabajo*, Op. Cit., pp.61-62.

<sup>42</sup> 'Bifo' Berardi, Franco. Berardi, *Futurability. The age of impotence and the horizon of possibility*, (Londres: Verso 2019), p.12.

<sup>43</sup> Arroyo García y Acosta Iglesias. "Pensar el aceleracionismo, Op. Cit., p.196.

<sup>44</sup> Srnicek y Williams, *Inventing the future. Postcapitalism and a world without work* (Londres: Verso, 2016), p.136.

<sup>45</sup> Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio* (Barcelona: Paidós, 2002), p.210.

herramienta fundamental en el despliegue de un desarrollo tecnológico emancipador, es que hemos decidido denominar a este proyecto como un *tecnopopulismo*.

### 2.2.2. Xenofeminismo

Uno de los interrogantes clave que aparecen en la propuesta de Srnicek y Williams es como asegurar que el mundo post-trabajo no solo responda a los intereses de los hombres occidentales. Con especial mención a los trabajos de reproducción social que, en la mayoría de los casos, viene a ser desarrollado por mujeres. El proyecto de Srnicek y Williams requiere de una atención especial a los trabajos de cuidado y reproducción sino quiere caer en proponer un *postcapitalismo* sesgado de género. El xenofeminismo es, entonces, la vertiente del aceleracionismo de «izquierdas» que se ocupa de las políticas de (re)producción social.

De hecho, el Xenofeminismo surge de manera paralela a los desarrollos del aceleracionismo contemporáneo a través del colectivo Laboria Cuboniks que publica el *Manifiesto Xenofeminista* (2016). Uno de sus desarrollos principales ha sido articulado por una de sus integrantes, Helen Hester, en *Xenofeminismo. Tecnologías de género y políticas de reproducción* (2018). Como relata Toni Navarro, el colectivo surgió a través de un debate durante una escuela de verano en el que se criticaba la retórica masculina del aceleracionismo y de ahí surgió la pregunta: «¿Cómo sería un aceleracionismo feminista?». <sup>46</sup> Si el aceleracionismo de autores como Nick Srnicek y Alex Williams tiene como objetivo primordial la escisión de la relación salario-producción, ¿Qué sucede con todas las otras formas de trabajo no remuneradas? ¿En este postcapitalismo automatizado estarán los hombres liberados del trabajo mientras las mujeres siguen encargadas de los trabajos de cuidado, afecto y reproducción?

Helen Hester define el xenofeminismo como «un feminismo tecnomaterialista, antinaturalista y abolicionista de género». <sup>47</sup> Tecnomaterialista, en el sentido que concibe el desarrollo tecnocientífico íntimamente ligado a los cambios sociopolíticos y, como tal, busca explotar el potencial emancipador de un mundo que es «tecnológicamente construido». Es antinaturalista, porque, como otros feminismos, niegan que la naturaleza

---

<sup>46</sup> Toni Navarro, “Presentación” en Helen Hester, *Xenofeminismo. Tecnologías de género y políticas de reproducción*, (Buenos Aires: Caja negra, 2018), p.11

<sup>47</sup> Hester, *Xenofeminismo...* Op. Cit., p.19

sea el fundamento esencial de la corporalidad, esta última es entendida como «un espacio de conflicto atravesado por la tecnología, que moldea de manera decisiva nuestras experiencias de vida». <sup>48</sup> Así, una vez desechada la distinción entre naturaleza y cultura, uno de sus puntos clave es la refutación de que la naturaleza pueda suponer un límite para cualquier política emancipatoria. No niegan que existe un estrato biológico en nuestra realidad (por ejemplo, el hecho de que ciertos sujetos sean embarazables), sino que, al contrario, ponen en discusión que dicho estrato por ser biológico no pueda ser transformado. De ahí su recurrente eslogan: *if nature is unjust, change nature!* <sup>49</sup> Es decir, se trata de una propuesta prometeica que afirma que «cualquier desequilibrio o desigualdad existente en el mundo [lo dado], es tan censurable como cualquiera que la humanidad pudiera introducir en el mismo [lo hecho]». <sup>50</sup> Así, lo natural es proclamado como espacio de confrontación política, es decir, podríamos inferir, espacios hegemónicos. Finalmente, de este carácter antinaturalista se deriva su propuesta de abolición del sistema de género binario, no mediante la proposición de un género único, sino al contrario, por su multiplicación.

En definitiva, el xenofeminismo buscaría diezmar los sesgos de género en un mundo postrabajo a partir de la potencialidad tecnológica para deshacer desigualdades *naturales*. En sus propuestas, se encargan de destruir el *realismo doméstico* <sup>51</sup> que ha caracterizado el desarrollo tecnológico en el ámbito del hogar y los cuidados. Es decir, la propuesta trataría de experimentar o navegar con el desarrollo de ciertas tecnologías que puedan responder a diferentes formas de opresión. El ejemplo paradigmático que Hester nos ofrece es el Del-Em, un dispositivo abortivo y de extracción menstrual, implementado por las feministas de la segunda ola, a las cuales les permitía, por un lado, el control individual sobre el cuerpo reproductivo mediante la tecnología y, por otro lado, tal dispositivo estaba configurado de manera que su composición fuese flexible y, en consecuencia, universalizable y adaptable a distintos enclaves. <sup>52</sup>

---

<sup>48</sup> *Ibid.*, p.25.

<sup>49</sup> Laboria Cuboniks, “Manifiesto Xenofeminista, en Avanesian, Armen y Mauro Reis (Comps.). Aceleracionismo. Estrategias para una transición... (Buenos Aires: Caja Negra, 2017), p.133.

<sup>50</sup> Ray Brassier, “El prometeísmo y sus críticos” en Avanesian, Armen y Mauro Reis (Comps.). Aceleracionismo... Op. Cit., p.211.

<sup>51</sup> Helen Hester, “Promethean labours and domestic realism”, en *The Scale of our eyes: the scope of leftist thought*, ed. Joshua Johnson. Londres: Mimesis International, 2015.

<sup>52</sup> Hester, *Xenofeminismo*... Op. Cit., 107.

Hester, citando a Angela Davis, muestra cómo mientras para las mujeres blancas el Del-Em servía como un elemento de decisión respecto a la maternidad, para las comunidades negras el Del-Em no tenía tanto que ver con la elección materna, sino con la posibilidad de escapar de las condiciones sociales de pobreza que las disuadían de tener niñas.<sup>53</sup> Observamos pues, que pese a que la opresión biológica es la misma, el Del-Em ofrecía soluciones que se adaptaban a las distintas necesidades de cada cuerpo.<sup>54</sup> De ahí que Hester afirme que, «aunque las opresiones biológicas pueden ser las mismas [aquí se refiere a la cuestión reproductiva] las necesidades son distintas».<sup>55</sup>

Consecuentemente, la estrategia política del Xenofeminismo, basada en la configuración de dispositivos-protocolos<sup>56</sup> como el Del-Em, entra en sincronía con la propuesta de Srnicek y Williams en tanto que el xenofeminismo se comprendería como una de las vías de acción de una hegemonía *tecnosocial* más amplia.

### 2.3. Conclusiones

En esta primera parte, hemos planteado una distinción entre un aceleracionismo mecanicista y otro navegacional basado en el tipo de aceleración, uno equivalente a velocidad y otro a navegación. Mientras que este último busca acelerar ciertos procesos para poder explorarlos en otras virtualidades, el primero es un programa de continuidad que solo pretende ahondar en la dinámica del capital. Este último parece disfrutar con su propia asimilación en el proceso de desterritorialización, con el goce de su aniquilación: una *jouissance*<sup>57</sup> autodestructiva que espera de que después del colapso emerja una posibilidad histórica, o que se consuela simplemente con que todo haya por fin acabado. Srnicek y Williams en cambio entienden de manera acertada que después del colapso no tiene por qué venir nada mejor, más bien al contrario. Contrariamente, la apuesta de Srnicek y Williams, como veremos a continuación, es la de reconstruir la izquierda con un proyecto político totalizante y sistemático capaz de afrontar un capitalismo de naturaleza global.

---

<sup>53</sup> *Ibid.*, p.120

<sup>54</sup> *Ibid.*, pp.124-132.

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 119.

<sup>56</sup> *Ibid.*, p.107.

<sup>57</sup> Benjamin Noys, *Velocidades Malignas* (Madrid: Materia Obscura, 2018), p.32.

En este sentido, la presente clasificación (fundamentada en diferentes perspectivas del desarrollo tecnológico) nos ha permitido establecer una primera aproximación del tecnopopulismo distinguiéndolo de otras formas de aceleracionismo y justificar de manera preliminar su imbricación con el pensamiento de Negri y del posmarxismo de Laclau y Mouffe. Es cierto que todavía son necesarias muchas matizaciones, las cuales abordaremos en el siguiente apartado con el objetivo de poner este *tecnopopulismo* en diálogo con el (post)obrerismo y el posmarxismo.

La principal diferencia entre el postobrerismo y el aceleracionismo de Srnicek y Williams, estriba en una cierta lectura del *Fragmento de las máquinas* de Marx. De la tendencia del capital a reducir el tiempo de trabajo al introducir las máquinas en el proceso de producción como abstracción del *general intellect*, el postobrerismo deduce la existencia de una *multitud*, un *común* capaz de liberarse de los ciclos de captura del capital una vez la creatividad humana exceda la capacidad de captura del capital. En cambio, Srnicek y Williams ven en esta tendencia una posibilidad de construcción de un proyecto hegemónico *tecnosocial*. Es decir, en las potencialidades de subjetivación y emancipación que residen latentes en la tecnología pero que son codificadas en términos de ganancia y acumulación. En otras palabras, la principal divergencia reside en que Srnicek y Williams cuentan con la tecnología como desarrollo necesario pero no suficiente para que se produzca una transformación social, en este sentido es necesaria una estrategia política que sea capaz superar y dirigir el antagonismo que surge en el entramado del capital.<sup>58</sup>

Señaladamente, la cuestión de la estrategia política es un rasgo fundamental en el que divergen el aceleracionismo convencional y el proyecto presentado por Srnicek y Williams. Nuestra propuesta de denominarlo como un tecnopopulismo, tal y como desarrollaremos, reside precisamente en el intento de distanciar el proyecto de Srnicek y Williams de la *escuela* aceleracionista. Esto es, o comenzamos a entender que hay formas de aceleracionismo que no son completamente mecanicistas o entonces deberíamos afirmar la no pertenencia de Srnicek y Williams al aceleracionismo contemporáneo.

---

<sup>58</sup> Arroyo García y Acosta Iglesias. “Pensar el aceleracionismo...”, Op. Cit., p.184.



### 3. LA LÓGICA POLÍTICA DEL TECNOPOPULISMO. *Aceleración entre autonomía y hegemonía*

#### 3.1. ¿Qué es el *tecnopopulismo*?

Existen ciertamente motivos por los que renombrar el aceleracionismo de Srnicek y Williams. Primeramente, es un término ciertamente equívoco que tiende a confundirlo con el aceleracionismo de Nick Land. El propio Srnicek reconoció que el nombre era ya «inservible»,<sup>59</sup> y así lo demostró en *Inventing the future* (2016), continuación del *Manifiesto por una Política Aceleracionista* (MPA) (2013), en el que apenas se usa el término aceleración. En segundo lugar, tal y como hemos intentado clarificar en los apartados previos, nuestra propuesta de denominarlo como un *tecnopopulismo* responde a la exigencia de aclarar las herencias filosóficas del movimiento, afirmando al mismo tiempo sus aportaciones, así como desligarlo de un aceleracionismo izquierdista de tipo mecanicista.

Sin embargo, Antonio Negri reconoció ver en el MPA un «complemento postobrerista»<sup>60</sup> ya que en este primer texto de Srnicek y Williams se analizaban las tendencias del desarrollo capitalista para su apropiación y redirección, es decir, la propuesta inmanentista de profundizar en ciertas líneas de despliegue del capital que lo puedan llevar a un *afuera*, al *postcapitalismo*. El inmanentismo de base en Srnicek y Williams consiste en afirmar que hay una tendencia o fuerza inmanente en el *socius* capitalista cuyo desarrollo puede superar su propia morfología, siendo esta potencialidad sistemáticamente castrada por su misma composición técnica. En la intensificación o profundización de esta tendencia que deviene virtualidad, encontramos el proyecto del «fin del trabajo» de Srnicek y Williams. Esta es sin duda una herencia de la consigna del «rechazo del trabajo» postobrerista, sin embargo, esta reclamación ha sido resignificada

---

<sup>59</sup> Artem Gureev, “Beyond endless Winter: An interview with Nick Srnicek”, &&& Platform, 20 de febrero de 2018, <https://tripleampersand.org/beyond-endless-winter-interview-nick-srnicek/>.

<sup>60</sup> Antonio Negri. “Reflexiones alrededor del *Manifiesto por una Política Aceleracionista*” en: Avanesian, Armen; Reis, Mauro (Comps.). *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo*. Buenos Aires: Caja Negra, 2017, p.84.

a un presente de precariedad generalizada, en el que el trabajo no asegura el mantenimiento vital: hoy no es posible afirmar que «ser precario es lindo».<sup>61</sup>

Dado que en la contemporaneidad surge la posibilidad de una automatización tecnológica de los procesos productivos mucho más extensiva e intensiva, para Srnicek y Williams esta tendencia si es acelerada podría desligar la relación salario-trabajo,<sup>62</sup> es decir, el «rechazo del trabajo» típicamente postobrerista se reformula en la consecución de un mundo post-trabajo. El esquema postobrerista es similar: el quehacer biopolítico de la *multitud* sería capaz de liberarse de la captura capitalista y fundar nuevas formas institucionales, organizaciones de vida en común al margen del capital, es decir, liberar la relación-salario trabajo desde la propia inmanencia del sujeto. Esta posibilidad reside para Negri en el tránsito del fordismo al postfordismo en el que el valor ha perdido toda medida de cuantificación una vez este es extraído de la comunicación o los afectos.<sup>63</sup> Así, el postobrerismo anticipa la tendencia del sujeto a devenir *in-valorizable* y escapar de la *captura* del capital, línea que Srnicek y Williams retoman y resignifican en nuestro presente.

Pese a esta clara imbricación entre el postobrerismo y el aceleracionismo de Srnicek y Williams, que incluso ha llevado a Bifo a ver en el MPA una «expresión radical del inmanentismo comunista»,<sup>64</sup> encontramos que el proyecto de Srnicek y Williams es, sin embargo, conceptualizado en *Inventing the future* (2016) como una práctica concentrada en la formación hegemónica de un *pueblo* articulado en torno a un «nuevo sentido común»: una sociedad postrabajo.<sup>65</sup> En estos términos, se entendería que las vías de profundización en las líneas postrabajo no son delegadas a un simple determinismo o mecanicismo, es decir, no se funde con el mero movimiento del capital esperando que (Dios mediante) acabé por autodestruirse, tampoco a la libre acción espontánea del «estar en contra»<sup>66</sup> de la *multitud*. Al contrario, en este aceleracionismo (que podemos llamar populista en cuanto busca la formación hegemónicas de un *pueblo*, y tecnopopulista, dado

---

<sup>61</sup> La flexibilidad fue precisamente una de las reivindicaciones de las protestas italianas del 77. Entonces se entendía como una liberación frente a la vida repetitiva y embrutecedora del fordismo. Véase: Gómez Villar, “Hacia una concepción filosófica del postfordismo...”, Op. Cit., p.72

<sup>62</sup> Srnicek y Williams, *Inventing the future...* Op.cit, pp.109-114.

<sup>63</sup> Michael Hardt y Antonio Negri, *Multitud* (Barcelona: Debate, 2004), pp.136-137.

<sup>64</sup> Bifo, “El aceleracionismo cuestionado desde el punto de vista del cuerpo” en: Avanesian, Armen; Reis, Mauro (Comps.), Op. Cit., p.75.

<sup>65</sup> Srnicek y Williams. *Inventing...*, Op. Cit., p.132.

<sup>66</sup> Hardt y Negri, *Imperio...* Op. Cit., p.199.

que cimienta principalmente esta hegemonía en estructuras y medios tecnológicos) existe un *pueblo* que ha hegemonizado ciertos significantes flotantes dentro del marco discursivo para crear un consenso en torno al redirigimiento o *navegación* del curso de la economía y la tecnología hacia fines sociales, es decir, en dirección al *postcapitalismo*. Desde esta perspectiva, la ruptura de la relación salario-trabajo sería alcanzada políticamente, no espontáneamente. Consecuentemente, su estrategia política diferiría abiertamente con las prácticas de *autonomía* negrianas.

En su primera publicación, el MPA (2013), afirmaban que la gramática política de izquierdas durante las últimas décadas se había dedicado a tomar medidas restaurativas o nostálgicas de los acuerdos keynesianos de post-guerra y la *edad de oro* del fordismo, y argumentan no solo la imposibilidad de su retorno, sino que también se cuestionan su deseabilidad: al fin y al cabo, más allá de las condiciones embrutecedoras, disciplinarias y represivas del sistema-fábrica en el que los trabajadores (varones) eran explotados a cambio de seguridad, ingresos mínimos y la protección social del estado, este sistema se sustentaba en la jerarquía de sistema colonial e imperialista, así como en el trabajo sin remunerar de las mujeres.<sup>67</sup>

Este rechazo a la socialdemocracia *keynesiana*, viene acompañado por una crítica de lo que ellos han denominado como *folk politics*. La política *folk* es según los autores el «sentido común» de los movimientos de izquierdas en su manera de organizar, actuar y pensar la estrategia política. Como cualquier otro sentido común, viene heredado de la tradición, concretamente de las luchas políticas de los siglos XIX-XX (ocupaciones, huelgas,...) que correspondían a una ciertas condiciones históricas, las cuales ya habrían perdido su relevancia.<sup>68</sup> Las *folk politics*, cuyos ejemplos paradigmáticos serían el 15M en España y el movimiento Occupy en EE.UU, constituirían la preferencia de ciertas secciones de la izquierda por la inmediatez y rapidez de acciones políticas aisladas (sin ninguna esperanza o programa real para desafiar al sistema) en el que no plantear demandas es percibido como el sumun del radicalismo, dejando de lado las propuestas estratégicas de largo alcance:

Against the abstraction and inhumanity of capitalism, folk politics aims to bring politics down to the ‘human scale’ by emphasizing temporal, spatial and conceptual immediacy.

---

<sup>67</sup> Srnicek y Williams, “Manifiesto para una política aceleracionista”... Op.cit., p.40.

<sup>68</sup> Srnicek y Williams, *Inventing the future...* Op.cit, p.10.

As its heart, folk politics is the guiding intuition that immediacy is always better and often more authentic, with the corollary being a deep suspicion of abstraction and mediation.<sup>69</sup>

En sentido temporal, las *folk politics* dan preferencia a las acciones inmediatas; en sentido espacial, privilegia lo local y la «autenticidad» y, por último; en términos conceptuales, se enfatiza lo cotidiano en vez de ahondar en lo estructural.<sup>70</sup> En resumen, vemos que *folk politics* viene a definir todo un campo de acciones políticas que tienden a ser reactivas en vez de propositivas, que ponen el énfasis en lo local e inmediato en vez de articular proyectos hegemónicos de largo alcance. Reúnen un tipo de políticas ínfimas que pretenden luchar contra un sistema tecno-económico global, sin considerar que los «particularismos pueden fácilmente coexistir con un capitalismo universal».<sup>71</sup>

Frente a la inmediatez reactiva de las *folk politics*, tendientes a la acción simbólica pero sin expectativas de transformación estructural, sin posibilidad por tanto de escalar de lo local a lo global, contrariamente el proyecto de Srnicek y Williams consiste en armar una nueva hegemonía de izquierdas: un proyecto de escala global que pueda afrontar y combatir la hegemonía de un capitalismo también de naturaleza global. Al fin y al cabo, como señalan, los particularismos, las acciones de resistencia, las zonas temporalmente autónomas (ZTA), o bunkers que escapen a la lógica del mercado, pueden convivir perfectamente con el capitalismo y, además no plantean especialmente ningún desafío a la hegemonía neoliberal dado que su falta de ambición y escalabilidad les lleva a desaparecer con el tiempo. Eminentemente, cuando los autores refieren a las *folk politics* también están pensando (en parte) en la gramática de autonomía postobrerista.

Sin embargo, Srnicek y Williams no conciben las *folk politics* como un tipo de acción política que deba descartarse o que sea esencialmente infructífera. Al contrario, bajo su prisma, el auténtico error de las *folk politics* es simplemente permanecer en lo local. Al fin y al cabo, toda acción política transformadora debe comenzar por lo local, pero si se privilegia este nivel y no busca alianzas para expandirse, estará condenado a desaparecer:

Folk politics is a necessary component of any successful political project, but it can only be a starting point [...] Given the nature of global capitalism, any postcapitalist project

---

<sup>69</sup> *Ibid*, p.10.

<sup>70</sup> *Ídem*.

<sup>71</sup> *Ibid.*, p.69.

will require and ambitious, abstract, mediated, complex and global approach -one that folk-political approaches are incapable of providing.<sup>72</sup>

En este sentido, su propuesta política, que acabará de ser sistematizada en *Inventing the future* (2016) es de una gran ambición: busca poner los medios materiales, ideológicos, estructurales que puedan formar una hegemonía de izquierdas en torno al consenso post-trabajo. En su análisis de las tendencias futuras del capital y la tecnología, los autores prevén una «crisis del trabajo» tal y como nunca se había producido en la historia reciente. Si la introducción de nuevas tecnologías en el pasado no había propiciado necesariamente una caída en el empleo (cada nueva tecnología destruía trabajos pero creaba otras ocupaciones), la previsión para el futuro es que dado el salto cualitativo de las máquinas, ya no solo capaces de hacer trabajos repetitivos sino también creativos, la tendencia será la de un crecimiento sin precedentes de los trabajadores precarios-temporales, así como de trabajadores excedentes: la ampliación sin límites del «ejército de reserva».<sup>73</sup> Dadas estas previsiones, que apuntan a una política del «desconcierto»,<sup>74</sup> Srnicek y Williams defienden que la única salida a tal escenario es desligar la relación salario-trabajo, esto es: un mundo post-trabajo. Para tal objetivo, defienden que los sindicatos y la sociedad civil, en vez de presionar en favor del mantenimiento de los trabajos deben empujar hacia una intensificación de la automatización, presionando al capital y los estados mediante las demandas de una progresiva reducción de la jornada laboral y el reparto de los trabajos.<sup>75</sup> Obviamente, esta posibilidad debería ser explorada mediante el establecimiento de una renta básica universal como complemento (y no sustitución) al Estado del bienestar. Ante la actual coyuntura, en la que la precariedad y los trabajadores excedentes incrementan exponencialmente, los autores anticipan dos escenarios posibles:

1) Uno en el que existe una baja afiliación sindical y la inversión en automatización se ralentiza dado que es más económico para los empresarios mantener trabajadores precarios que invertir grandes cantidades de capital en máquinas. Consecuentemente, el empleo se mantendría en unos niveles *acceptables*, pero a costa de

---

<sup>72</sup> *Ibid.*, p.12.

<sup>73</sup> Srnicek y Williams, “The future isn’t working” en Srnicek y Williams, *Inventing the future...* Op.cit, pp. 85-106.

<sup>74</sup> Gonçal Mayos Solsona, “Crisis Neoliberal, Políticas Del Desconcierto y Autoritarismos Populistas”, *Clivatge* 8, (2020): p.199.

<sup>75</sup> Srnicek y Williams, *Inventing the future...* Op.cit, pp.107-127.

un empobrecimiento generalizado de los trabajadores. Este escenario constituiría una simple continuación y profundización de las políticas de austeridad post-crisis 2008.

2) En el otro escenario (aquel que ellos proponen explorar) se da una alta filiación sindical que recupera las luchas por la reducción de la jornada laboral, lo que incentiva a empresarios a la inversión en automatización. Subsiguientemente, los empleados en trabajos repetitivos o rutinarios pasarían en masa al sector de cuidados, al tiempo que el desempleo masivo obliga a explorar la renta básica universal.<sup>76</sup>

Así, frente a la tendencia del progresivo desarrollo tecnológico que podría ocasionar el desempoderamiento de gran parte de la población mundial (no debemos olvidar que aquellos países con más trabajadores industriales, es decir, que hacen trabajos repetitivos fácilmente automatizables, son los países pobres o en vías de desarrollo),<sup>77</sup> los autores proponen profundizar en una tendencia de despliegue que no puede de por sí desarrollarse sin la acción de grupos de presión, partidos políticos o movimientos de protesta que obliguen a las empresas y, principalmente, a los gobiernos a invertir en tecnología de automatización, y así dirigir la tecnología hacia fines sociales.

Consecuentemente el *tecnopopulismo* propone liberar esas tendencias,<sup>78</sup> eso sí, desde el interior de una estrategia política que consiste en establecer una hegemonía *tecnosocial* en la que se atiende a las potencialidades que puede ofrecer la tecnología para la emancipación: el dinero virtual como «dinero del común»,<sup>79</sup> el uso democrático de los algoritmos, una infraestructura computacional y global de servicios, el eficientizamiento ecológico de la producción y el consumo... Su estrategia se despliega en tres objetivos prioritarios: 1) la construcción de infraestructura intelectual que sustente una ideología, un «nuevo sentido común» 2) una reforma de los medios de comunicación y 3) reconstituir diversas formas de poder de clase:<sup>80</sup>

---

<sup>76</sup> Nick Srnicek y Alex Williams . “¿Los robots te quitarán el trabajo?” en Echaves, Marta; Ruido, Maria; Gómez Villar, Antonio (Comps.). *Working dead. Escenarios del postrabajo*. Barcelona: La Virreina. Centre de la Imatge. 2019, p.175.

<sup>77</sup> *Ibid.*, p.161

<sup>78</sup> *Ibid.*, p.172.

<sup>79</sup> Terranova, Tiziana. “Red, Stack, ¡Attack!”. En: Avanesian, Armen; Reis, Mauro (Comps.). *Aceleracionismo. Estrategias...* Op. Cit., pp. 91-110.

<sup>80</sup> Srnicek y Williams, *Inventing the future...* Op.cit, p.45.

Sin duda este camino no es un destino necesario ni automático si consideramos los intereses de las grandes plataformas, así como de la era de los monopolios en el uso de datos de las grandes capitalistas.<sup>81</sup> De ninguna manera se llegará a tal enclave si seguimos las tendencias existentes, tampoco la automatización asegurará por sí misma el Estado del bienestar o el mantenimiento de políticas democráticas. Es en este sentido que Srnicek y Williams retoman la teoría de Laclau y Mouffe en su estrategia política buscando organizar el movimiento desde una articulación hegemónica, es decir, un *pueblo* que persigue una de las líneas de despliegue claves del postobrerismo (el «rechazo del trabajo», reformulado como «fin del trabajo»). En otras palabras, Srnicek y Williams urgen en crear un movimiento populista que pueda empujar en torno a la consecución de los objetivos anti-trabajo:

The mobilisation of a populist movement around anti-work politics would require articulating a populism in such a way that a variety of struggles for social justice and human emancipation could see their interests being expressed in the movement.<sup>82</sup>

La posibilidad de un mundo post-trabajo, argumentan los autores, no sería tan solo beneficioso para los intereses de los hombres blancos occidentales. Bajo su perspectiva, la demanda del fin del trabajo puede encontrar alianzas y apoyos en diferentes colectivos y luchas en todo el globo: feministas, por cuanto se eliminaría el trabajo no asalariado y es un colectivo especialmente afectado por la desigualdad salarial; ecologistas, dado que la automatización y reducción de la jornada laboral reduciría las emisiones y la huella ecológica mediante un programa de decarbonización;<sup>83</sup> antiracistas, dado que las minorías negras están masivamente afectadas por el desempleo y la precariedad; y, por último, indígenas y colectivos postcoloniales, los cuales se beneficiarían de un sustento así como eliminaría barreras a la inmigración.<sup>84</sup>

A modo preliminar, podríamos entender este aceleracionismo como una forma de articulación hegemónica con objetivos en dirección hacia el postrabajo y la automatización tecnológica. Aquí es por tanto donde ya podemos establecer una definición preliminar del tecnopopulismo. El *populismo* es, para Laclau, ante todo la propia lógica de lo político: esta es la lógica de construcción de un pueblo.<sup>85</sup> Consiste en

---

<sup>81</sup> Nick Srnicek, *Capitalismo de plataformas* (Buenos Aires: Caja Negra, 2018).

<sup>82</sup> Srnicek y Williams, *Inventing the future...* Op.cit, p.160.

<sup>83</sup> Nick Srnicek, “El capitalismo será postindustrial”. En: Avanesian y Mauro... Op. Cit., pp.111-116.

<sup>84</sup> *Ibid.*, p.161.

<sup>85</sup> Ernesto Laclau. *La razón populista* (Madrid: Fondo de cultura económica, 2018), p.150.

la demarcación o en la escisión antagónica de una parte de la sociedad que es mayoritaria (el *pueblo*) contra una minoría que detenta el poder (las élites, la casta...). El *pueblo* no se haya formado necesariamente por individuos con los mismos deseos e intereses, sino que se trata de una aglomeración conceptual «vacía» de una serie de demandas insatisfechas que se articulan conjuntamente en forma de una hegemonía contra la élite en el poder.<sup>86</sup> Si concebimos el aceleracionismo como un *tecnopopulismo*, es porque los autores entienden que su proyecto político consiste en la formación de un *pueblo* cuyas demandas (heterogéneas entre sí: derechos laborales, discriminación racial, degradación medioambiental, misoginia...) pueden converger o encontrar equivalencias en el establecimiento de un mundo post-trabajo, es decir, según el proyecto de Srnicek y Williams, de afianzar una hegemonía tecnosocial capaz de consolidar una plataforma post-trabajo.

El *tecnopopulismo*, como lógica de formación de una voluntad popular en torno al proyecto del post-trabajo, no es por tanto una posibilidad que se convierte en necesidad por el mero despliegue de las contradicciones del capital, sino una posibilidad que debe ser navegada y dirigida políticamente en base a las tendencias de desarrollo del capital:

[postcapitalism] It will neither emerge at all once nor in the wake of some revolutionary moment. The task of the left must be to work out the conditions for postcapitalism and to struggle to build them on a continually expanding scale.<sup>87</sup>

Consecuentemente, el término que proponemos, *tecnopopulismo*, busca aunar las herencias del posmarxismo y postobrerismo: al fin y al cabo, la persecución de un movimiento populista en las líneas de despliegue de la posibilidad del *fin del trabajo* no es sino una declinación del populismo en clave tecnológica. La principal divergencia es que Srnicek y Williams entienden que el concepto de hegemonía de Laclau y Mouffe en clave discursiva es insuficiente para afrontar los retos contemporáneos (creciente desempleo, desigualdad, así como la amenaza de la automatización) por lo que debe proponerse una hegemonía *tecnosocial*<sup>88</sup> en la que la lógica hegemónica posmarxista es expandida con medios materiales, logísticos e infraestructurales que puedan dirigirnos al postcapitalismo. En cierta medida atienden al hecho de que hoy en día nuestro mundo

---

<sup>86</sup> *Ibid.*, pp. 91-157.

<sup>87</sup> Srnicek y Williams, *Inventing the future...* Op.cit, p.130.

<sup>88</sup> *Ibid.*, p.136.



esta tecnológicamente construido, y que cualquier intento de superar el capitalismo debe poner los medios tecnológicos e infraestructurales para tal empresa:

It is insufficient even to have a massive populist movement against the current forms of capitalism. Without a new approach to things like production and distribution technologies, every social movement will find itself forced back into capitalistic practices.<sup>89</sup>

Esto no significa que ya no se le de relevancia al discurso en la creación y apelación de subjetividades, más bien al contrario, en el caso de Srnicek y Williams se trataría de atender tanto lo discursivo como lo material, haciendo hincapié en que ningún dominio puede ostentar un carácter privilegiado. Su objetivo es encontrar un término medio entre el puro determinismo del marxismo clásico y el voluntarismo político:

Hegemony is not just an immaterial constestation of ideas and values. Neoliberalism's ideological hegemony, for example, depends upon a series of material instantiations - paradigmatically in the nexus of government power, media framing and the network of neoliberal think tanks. [...] there is also a material sense of hegemony.<sup>90</sup>

Consecuentemente, podríamos conceptualizar el *tecnopopulismo* como un intento de rellenar el «vacío» programático de Laclau y Mouffe, en el que se conjuga la lógica política propia del populismo con reivindicaciones típicamente postobreristas como son: la apropiación de los medios de producción, la renta básica universal o el derecho cosmopolita.<sup>91</sup> No obstante, de momento dejaremos el particular mecanismo hegemónico del tecnopopulismo para el capítulo cuarto de esta investigación.

### **3.2 El proyecto de una democracia radical y plural**

El concepto de hegemonía *tecnosocial* parece indicar por tanto una desconfianza respecto a los medios por los que la hegemonía de Laclau y Mouffe podría llevar a cabo su radicalización democrática: el proyecto de un «pluralismo agonista» parece estar contra las cuerdas ahora que la democracia corre el riesgo de convertirse en un mero procedimiento electoral, por encima de ciertos valores (igualdad, libertad, bien común...) y materiales que permiten su plena realización. Es decir, Srnicek y Williams al proponer

---

<sup>89</sup> *Ídem.*

<sup>90</sup> *Ibid.*, p.134-135.

<sup>91</sup> Estas son precisamente las tres demandas que Negri y Hardt proponen para su programa político. Véase Hardt y Negri, *Imperio*, Op. Cit., pp.362-368.

una hegemonía *material*<sup>92</sup> atienden al hecho de que la automatización y los procesos de precarización y desempoderamiento de la población ponen en riesgo una noción *sustancial* de la democracia y consolidan su definición meramente *procesual*.<sup>93</sup>

En esta defensa de una democracia *sustancial* Srnicek y Williams buscan emparentarse con una cierta tradición del republicanismo cívico. Por un lado, si bien autores como José Luis Villacañas han opuesto el anti-institucionalismo del populismo a la tradición republicana, otros como Carlos Fernández Liria han defendido justamente la contrario basándose en la propia experiencia populista en España.<sup>94</sup> Por otro lado, Villacañas y Mayos señalan al populismo como el reverso de la destrucción neoliberal tras las «políticas del desconcierto» post-consenso de Washington. Y, por tanto, en ambos casos, incapaz de sobrevivir a su muerte.<sup>95</sup>

Sin embargo, Chantal Mouffe ha llevado a cabo una vehemente defensa del republicanismo y de la restitución de la idea de *bien común* desde la gramática populista/hegemonía. Significativamente, los esfuerzos teóricos de Mouffe se basan en «salvar la democracia»<sup>96</sup> de aquellos que, desde el modelo democrático «agregativo» o desde el «deliberativo» o «dialógico» la están poniendo en peligro al proponer modelos de consenso o ideales asintóticos de armonía que suponen una autorrefutación del propio principio democrático, esto es: no comprender el papel constitutivo e irreductible que juega el antagonismo en la sociabilidad humana. Esta es la paradoja de la democracia moderna.<sup>97</sup> En otras palabras: si la democracia está en peligro, no es solo por déficits de consensos en sus instituciones, sino también cuando sus dinámicas de consenso tampoco dejan expresión al antagonismo y estos adoptan formas reactivas: xenófobas, identitarias, religiosas...<sup>98</sup>

La *radicalización* de esta democracia plural, entiende Chantal Mouffe, pasa por comprender y aceptar la verdadera naturaleza de lo político. Lo «político», primeramente, se comprende como el carácter antagónico que surge necesariamente en las relaciones

---

<sup>92</sup> Srnicek y Williams, *Inventing the future...* Op.cit, p.135.

<sup>93</sup> Srnicek y Williams “Manifiesto por una Política Aceleracionista”... Op. Cit., p.44.

<sup>94</sup> Véase José Luis Villacañas, *Populismo* (Madrid: La Huerta Grande, 2015); y Carlos Fernandez Liria, *En defensa del populismo* (Madrid: Catarata, 2016).

<sup>95</sup> Mayos Solsona, “Crisis Neoliberal...” Op. Cit., p.201.

<sup>96</sup> Chantal Mouffe, *El retorno de lo político* (Madrid: Paidós, 1999), pp. 21-25.

<sup>97</sup> Chantal Mouffe, *La paradoja democrática* (Barcelona: Gedisa, 2016).

<sup>98</sup> *Ibid.*, pp.17-18.

humanas, el *polemos*, el conflicto que emerge en todo tipo de asociación en el que se disputan valores, identidades, saberes, instituciones...etc. Este se opone a la «política», que refiere a un determinado establecimiento de un orden en una comunidad, esto es: el «vivir conjuntamente» de la polis.<sup>99</sup> Así, para Mouffe, la especificidad de la práctica democrática reside precisamente en lo político: el papel constitutivo que juega el antagonismo en las sociedades humanas, y que la política busca domesticar. Ya Carl Schmitt había señalado como el liberalismo precisamente apuntaba a la destrucción y obliteración de lo político.<sup>100</sup> En la misma estela, los pensadores de la «democracia deliberativa» como John Rawls o Jürgen Habermas proponen establecer las condiciones para que se pueda llegar a acuerdos racionales, ya sea mediante el «velo de la ignorancia» o una «situación ideal de comunicación», entendiendo el diálogo racional como una forma de consenso que no genera exclusiones. Es decir, sitúan la posibilidad de un consenso en «política» que no esté atravesado por lo «político» algo que Mouffe no puede aceptar, dado que Mouffe siguiendo a Schmitt, encuentra que toda forma de identificación política necesita de una exclusión originaria: un *ellos* que permita construir un *nosotros*. O dicho desde la deconstrucción de Derrida: toda identidad posee un «exterior constitutivo».<sup>101</sup> Si la política sigue una lógica de amigo/enemigo, la política democrática no puede consistir en establecer las condiciones para un diálogo racional o una situación de comunicación sin distorsiones, sino que debe desactivar el antagonismo de lo social convirtiendo esta lógica antagónica en una *agónica*: el enfrentamiento contra un *adversario* «de legítima existencia y al que se debe tolerar».<sup>102</sup>

Si la crítica de Schmitt al liberalismo le llevó a afirmar lo «político» *contra* el liberalismo, el objetivo de Mouffe en cambio es el de «elaborar una forma *verdaderamente* política del liberalismo».<sup>103</sup> Esto es, una que sin dejar de afirmar la defensa de los derechos y de las libertades individuales, no rehúya la cuestión del conflicto y el antagonismo<sup>104</sup> o, dicho de otra manera, hacer compatible la lógica amigo/enemigo con el pluralismo democrático: un «pluralismo agonista». En cierta manera, la intención de Mouffe es restituir la noción republicana de un *bien común* que no anule los derechos y las libertades individuales

---

<sup>99</sup> Mouffe, *El retorno de lo político...* Op. Cit., p.14.

<sup>100</sup> *Ibid.*, p.15.

<sup>101</sup> Mouffe, *La paradoja democrática...* Op. Cit., p.28.

<sup>102</sup> Mouffe, *El retorno de lo político...* Op. Cit., p.16.

<sup>103</sup> *Ibid.*, p.13.

<sup>104</sup> *Ídem.*

propios del liberalismo político. Es decir, este *bien común* propio de la «libertad de los antiguos» o libertades políticas, no puede socavar las libertades individuales o «la libertad de los modernos» porque ello llevaría a erradicar el pluralismo. Para Mouffe, las democracias liberales se sitúan sobre los principios en contradicción de «libertad» e «igualdad», bajo este primer consenso se deben situar los proyectos hegemónicos que compiten por las interpretaciones que pueden ofrecerse de tales conceptos. En último término, esta competencia entre proyectos hegemónicos por la interpretación es considerada por Mouffe como una consecuencia de lo que Claude Lefort denominó la «revolución democrática» que sitúa las democracias como lugares «vacíos» de un poder trascendente o una fundamentación última sobre su ser.<sup>105</sup> Esto es, el reconocimiento de que la democracia posibilita que pueden existir una pluralidad de interpretaciones sobre los principios y valores que rigen una sociedad y que no existe un punto de vista universal desde el que establecer las condiciones para un consenso neutro y racional.

Esta crítica al racionalismo de aportaciones como las de Rawls o Habermas al pensamiento sobre la democracia, no supone según Mouffe una negación de la Modernidad y el proyecto ilustrado de emancipación social. Siguiendo a Hans Blumenberg, la autora distingue dos aspectos de la Ilustración: la «autoafirmación» o su proyecto político y su «autofundamentación», su proyecto epistemológico. Históricamente estos dos proyectos eran inseparables dado que el proyecto político se apoyaba en una fundamentación racionalista y universalista sobre el ser humano.<sup>106</sup> Así, Chantal Mouffe reconoce que el proyecto de una democracia plural y radical se reconoce como moderno, en tanto que retoma su proyecto político, pero postmoderno al mismo tiempo, ya que da cuenta de que la fundamentación racionalista ha quedado atrás gracias a la crítica antiesencialista y antihumanista del postestructuralismo.<sup>107</sup> En otras palabras, el proyecto de democracia radical y plural se emparenta en los ideales ilustrados pero reniega de su fundamentación racional. Este carácter postfundacional de la política reconoce que toda objetividad social, toda forma de organización social, es siempre una expresión del poder. El pluralismo agonista, en vez de esconder el poder, señala su irreductibilidad y reconoce la necesidad de buscar formas de poder más democráticas. La hegemonía, dice Mouffe, es precisamente ese punto de conjunción precario y contingente

---

<sup>105</sup> *Ibid.*, p. 30.

<sup>106</sup> *Ibid.*, p. 31.

<sup>107</sup> *Ibid.*, p.29.

entre el poder y la objetividad social, una reificación de una estructuras de poder que generan las identidades que dice representar.

Precisamente, la recuperación del proyecto ilustrado pasa en Srnicek y Williams también por la separabilidad entre autofundamentación y autoafirmación, es decir, afirmar el proyecto político ilustrado pero desechando las bases racionalistas y el concepto de sujeto y de poder en las que este se fundamentaba. En este sentido puede volver a reafirmarse el proyecto político de la Ilustración como transformación social de la vida humana sin las categorías epistemológicas desde las que hasta ahora se habían comprendido. La crítica postfundacional al proyecto ilustrado permite librarla de su lastre totalitario y racionalista.

Consecuentemente, también Srnicek y Williams se consideran herederos de la Modernidad y del proyecto político ilustrado. La Modernidad efectivamente había sido emparentada con los procesos históricos de acumulación, el desarrollo tecnológico o el florecimiento de distintas instituciones como la burocracia o la democracia liberal. Sin embargo, la Modernidad también refiere a innovaciones conceptuales debido al surgimiento de ideales como el de progreso, razón, libertad y democracia. Esta serie de conceptos, bajo su perspectiva, son el armazón de la Modernidad al que un proyecto político de izquierdas no puede rechazar: a pesar de constituir la fuente de la Modernidad capitalista también son aquellos ideales que puedan combatirla.<sup>108</sup> En todo caso, «la Modernidad debe ser contestada, no rechazada».<sup>109</sup> Esto requiere por tanto abandonar la concepción del universal con un contenido propio (que a menudo era suplantado por el hombre occidental), disputar el ideal de progreso y una concepción de la libertad positiva.

Consecuentemente, frente a la libertad negativa formulan una concepción de libertad *sintética*<sup>110</sup> por la que una libertad que no cuente con los medios materiales para su realización pierde efectivamente tal estatuto. A través de la concepción de esta libertad sintética, o libertad de los antiguos frente a libertad de los modernos,<sup>111</sup> los autores pretenden profundizar el proyecto del liberalismo político posmarxista. Así, a la

---

<sup>108</sup> Butler muestra el caso paradigmático de como en el movimiento feminista la categoría de derechos universales, por problemática que pueda ser, fue una base fundamental para avanzar en las luchas por la igualdad y así desvelar que bajo la categoría aparentemente neutral de ciudadano, se escondía siempre la imagen de un varón. Véase: Butler, Judith “Re-staging the universal”, en Butler, Judith; Laclau, Ernesto; Žižek, Slavoj. *Contingency, hegemony, universality*. Londres: Verso, 2000.

<sup>109</sup> Srnicek y Williams, *Inventing the future...* Op.cit, p.71.

<sup>110</sup> *Ibid.*, pp.78-83.

<sup>111</sup> Mouffe, *El retorno de lo político...* Op. Cit., p.62.

ampliación de la libertad negativa por una libertad *sintética* o positiva, añaden la necesidad de generar relatos nuevos imaginarios de progreso y un ideal subversivo de universalidad que no caiga en relatos eurocéntricos y ni androcéntricos. En su concepto de progreso no existe una fe o *esperanza* ciega tal y como fue teleología kantiana: una fuerza trascendente en forma de razón que acompaña la humanidad por la historia en el camino a su plenitud, sino que se reconoce que el progreso no es factor necesario en el despliegue de la historia humana, más bien se trataría de una posibilidad que debe ser alcanzada materialmente. Esta posibilidad de progreso es además entendida por el tecnopopulismo como una ficción *hipersticional*.<sup>112</sup> Esto es una ficción autocumplida o anticipatoria que en el momento que se despliega genera unos afectos y deseos que catalizan su futuro cumplimiento. Una profecía, paradójicamente al estilo kantiano, que ayuda a cumplir aquello que profetiza o, en otros términos, un mito, tal y como Sorel entendió el marxismo.<sup>113</sup>

El universal, tal y como ha sido desarrollado en la Modernidad europea, ha consistido ciertamente en un universal homogéneo que llevaba a excluir y/o subsumir las diferencias de diferentes cultural bajo un universal creado a imagen de las sociedad europeas, es decir, indistinguible de un mero chovinismo. Contrariamente, Srnicek y Williams proponen concebir un universal *subversivo*, que le reconoce a este como el producto de un combate hegemónico. Entonces, claramente emparentado con la noción que manejan Mouffe y Laclau:

The universal must be identified not with an established set of principles and values, but rather with an empty placeholder that is impossible to fill definitively. Universals emerge when a particular comes to occupy this position through hegemonic struggle.<sup>114</sup>

Consecuentemente, el proyecto post-trabajo de Srnicek y Williams está claramente emparentado con la noción de una democracia radical y plural, o el «pluralismo agonista» del posmarxismo. Incluso podríamos añadir, que se trata de una expansión del mismo. Al fin y al cabo, compartirían con estos una misma ontología de lo político, pero diferirían en la comprensión y escalabilidad del proyecto hegemónico del posmarxismo.

---

<sup>112</sup> Srnicek y Williams, *Inventing the future...* Op.cit, pp.71-75.

<sup>113</sup> Laclau y Mouffe. *Hegemonía y estrategia socialista*. Op. Cit., p.73.

<sup>114</sup> Srnicek y Williams, *Inventing the future...* Op. Cit., p.77.

### 3.3 Complementariedad entre *equivalencia* y *autonomía*<sup>115</sup>

Pese a las críticas a las *folk politics*, Srnicek y Williams no descartan su necesidad, es decir, no renuncian a los momentos de autonomía que surgen como resistencia contra el capital. Aunque estas formas de política estén ancladas en lo local, como ellos señalan, toda acción política emerge de lo local. El problema por tanto no reside en las *folk politics* en sí mismas, sino en la posibilidad de que estas escalen y sepan articularse en un proyecto de hegemonía más amplio, que pueda sincronizar las luchas particulares en enclaves concretos con una lucha de carácter sistémico y estructural. En este sentido, si las *folk politics* son principalmente el tipo de acción que emerge de la gramática postobrerista: el *estar en contra* del capital, la autonomía de la multitud en su resistencia frente a la dinámica de la valorización. Consecuentemente, la intención de Srnicek y Williams plantea la necesidad de articular la autonomía de los espacios de resistencia y las acciones aisladas hacia un proyecto que pueda escalar en dimensiones y confrontar la hegemonía neoliberal. Es decir, plantea una extraña complementariedad entre equivalencia y autonomía, entre posmarxismo y postobrerismo, dos paradigmas del marxismo que muestra claras divergencias, es decir, dos lógicas de la producción de agentes sociales, o dos estrategias políticas, que *a priori* parecen inconmensurables. Frente a la heterogeneidad empírica de lo social en el capitalismo avanzado, tanto posmarxismo como postobrerismo responden a la creciente dificultad histórica de la tradición marxista de constituir una *unidad de clase*;<sup>116</sup> dada esta imposibilidad ontológica (no práctica), contemplan la formación de esta unidad intentando deshacerse de los fundamentos esencialistas del marxismo clásico, aunque desde lógicas divergentes.

Para ocuparnos de esta hibridación entre posmarxismo y postobrerismo, en un primer término analizaremos las concepciones de *pueblo* y *multitud*, para después referirnos a las lógicas políticas que las dinamizan y su posible complementariedad en el seno del proyecto de Srnicek y Williams.

---

<sup>115</sup> De entrada deberíamos aclarar que aquí entendemos dos nociones de *autonomía* en el seno del postobrerismo: la primera refiere a la autonomía como *objetivo*, la liberación o las formas de cooperación social que devienen autónomas de la lógica capitalista; la segunda referiría a la autonomía como *proceso*, es decir, la lógica inmanentista por el que la multitud ataca los límites del imperio de manera espontánea y sin mediación o articulación entre las distintas luchas, es decir, la autonomía de cada lucha. Esta segunda es la que nos encargaremos de analizar.

<sup>116</sup> Aquí evidentemente no nos referimos a un «Uno» que anule y subsuma la heterogeneidad, se trata más bien de buscar una regularidad en la dispersión, la equivalencia en la diferencia.

### 3.3.1. Entre *multitud* y *pueblo*

Ahora cabe preguntarse si esta complementariedad o hibridación entre postobrerismo y posmarxismo (por la que se constituye un pueblo en base a las líneas de despliegue del desarrollo tecno-económico) es acertada o puede tener una declinación política coherente en la conformación de subjetividades políticas y proyectos transformadores. Esto supone preguntarse hasta qué punto la lógica *equivalencial* en Laclau es complementaria con la propuesta de *autonomía* de Negri, o cómo es posible compatibilizar la inmanencia de despliegue de las tendencias con una forma de representación de «intereses» o una trascendencia (fallida). Como más arriba comentamos, pese a que el objetivo tanto del posmarxismo como del postobrerismo sea el de constituir una mayoría social, un contrapoder, lo cierto es que como veremos en un primer término, las lógicas de conformación y articulación de estas difieren ontológicamente.

La «crisis del marxismo»<sup>117</sup> en el seno de la 2º y 3º Internacional se refiere a un momento en el que la predicción de la tendencia económica y social no se corresponde al desarrollo de las fuerzas productivas «reales» y, consecuentemente, el marxismo se queda huérfano de herramientas conceptuales para explicar la lucha de clases. Marx había condicionado la unidad de clase a un desarrollo capitalista que tendía a pauperizar crecientemente a la población y a la convergencia en el estatus de obrero de cada vez mayores segmentos sociales.<sup>118</sup> Era esta tendencia a la unidad la que permitía afirmar a Marx el carácter ontológicamente privilegiado de la clase obrera como sujeto universal en tanto que referente último, como fundamento desde el que construir el comunismo; la clase obrera y sus intereses eran la vanguardia de la historia. Sin embargo, la realidad sucesiva mostró todo lo contrario: un «desarrollo desigual y combinado»<sup>119</sup> entre los países capitalistas, así como una tendencia a la diversificación y multiplicación de intereses en el seno de las clases trabajadoras. En este contexto, el marxismo ortodoxo tuvo que llenar su relato historicista y economicista de «excepciones» históricas (contingencias cuyo desarrollo histórico serían reconducidas en último término), así como apelar a la concepción

---

<sup>117</sup> Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista.*, Op. Cit., p.45.

<sup>118</sup> *Ibid*, p.44.

<sup>119</sup> *Ibid*, p.110.



idealista de una «falsa conciencia» que alejaba a los obreros de los intereses que realmente los representaban.<sup>120</sup>

Desde esta perspectiva, podríamos considerar que tanto el postobrerismo como el posmarxismo son intentos de racionalizar experiencias políticas<sup>121</sup> que habían excedido el marco teórico en el que el marxismo ortodoxo había pensado la lucha de clases. Tanto los procesos latinoamericanos, así como «la década del 68»<sup>122</sup> se presentan como experiencias políticas en las que la clase no es el centro irradiador o sujeto privilegiado de los movimientos de emancipación y cambio político. Así, su esfuerzo es el de conceptualizar un nuevo marxismo en el que la clase obrera y la noción esencialista de sujeto quedan descentralizados.

Por un lado, el postobrerismo deja de concebir a la clase obrera como anterior a su propia organización, como si fuese una categoría fija y determinable a priori por unos intereses compartidos; en realidad la clase obrera es el resultado de los ciclos de protesta; es, por tanto, resultado de una cierta *composición social*. A esta se le opone una *composición técnica* que intenta capturar la primera y, este proceso, denominado como *ciclo de lucha*, vuelve a comenzar.<sup>123</sup> Mario Tronti afirmó: «primero las luchas, luego el desarrollo capitalista», mediante este giro copernicano se dota a los obreros de una actividad y capacidad creativa que hasta ahora se le había negado.<sup>124</sup> El obrero ya no es el sujeto pasivo de una explotación, sino que es activo en su propio devenir y prefigura las formas de desarrollo capitalistas, en cuanto que su capacidad creativa de exceder al capital obliga a este a producir nuevas formas de capturar su valor.<sup>125</sup>

Para el (post)obrerismo ya no existe una alienación del obrero, sino un extrañamiento fruto de «la confrontación de la conciencia en la escena de su exterioridad»,<sup>126</sup> ante la dependencia del trabajo. En ese sentido se discute el ideal de unos intereses que definen y unifican a una clase obrera de manera trascendental: la capacidad de extrañamiento y de conformar una lucha es siempre el fruto de una composición de clase, ya no hay pues

---

<sup>120</sup> *Ibid*, pp.101-102.

<sup>121</sup> Alejandro Pizzi. “Más allá de Marx: postobrerismo y posmarxismo. Una revisión de los fundamentos teóricos de la multitud y el pueblo”, *Arxius* 38 (2018): p.59.

<sup>122</sup> Alain Badiou. *The communist hypothesis* (Londres: Verso, 2010), p.52.

<sup>123</sup> Gómez Villar, “Hacia una concepción...”, Op. Cit., p.21.

<sup>124</sup> *Ibid.*, p.21.

<sup>125</sup> Franco ‘Bifo’ Berardi. *Almas al trabajo*. (Madrid: Enclave de libros, 2016), p.17.

<sup>126</sup> *Ídem*.

espacio para unas condiciones materiales, una economía, que determine *a priori* los resultados de ciertas conformaciones políticas. Esta posible composición es siempre fruto de un carácter ontológico, y es que, como afirman Negri y Hardt, el ser humano tiene una natural predisposición a la resistencia y a rebelarse contra el poder, a «estar en contra»; hay una experiencia ontológica de la autonomía frente al capital.<sup>127</sup>

Es desde aquí donde Negri y Hardt puede construir una *unidad*, en torno a una lógica inmanente; la posibilidad de que los agentes sociales devengan autónomos de las lógicas del capital, el desarrollo de su *natural* resistencia al poder, y la producción biopolítica de los sujetos devendría tan excedente con respecto a las formas de captura capitalista que este devendría in-valorizable. Así la multitud como pluralidad se organizaría y dejaría obsoleta la maquinaria extractiva capitalista. Este despliegue de la *multitud*, su natural tendencia a «estar en contra», sería entonces plenamente inmanentista, sin necesidad de articulación política y rechazando cualquier tipo de instancia de mediación representativa: partido, estado, etc. El esfuerzo postobrerista es el de construir un marxismo sin teleología, ni historicismo, economicismo o dialéctica. O más bien, la construcción de una dialéctica no negativa (sin superación y reintegración de la negación)<sup>128</sup> y una teleología materialista.<sup>129</sup>

Por el otro lado, el posmarxismo de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe reniega del esencialismo marxista, pero también de la centralidad del trabajador<sup>130</sup> que el postobrerismo parece que ha mantenido como sujeto antagónico privilegiado. Entienden que no hay intereses a priori ni sujetos privilegiados en torno a la posición que ocupan en las relaciones de producción a la hora de encarar la articulación de un proyecto político. En última instancia, lo social siempre representa un exceso de sentido que no puede ser fijado de manera definitiva, ya que las posiciones e intereses de los agentes sociales nunca están explicitadas del todo. Los intereses o posiciones de sujeto no son producto de un sujeto racional, ni tampoco predecibles de su lugar en las relaciones de producción, sino que surge de una conformación política que crea y sustenta dichos intereses. Esta falta de

---

<sup>127</sup> Hardt y Negri. *Multitud*. (Barcelona: Debate, 2004), p.228.

<sup>128</sup> Antonio Negri, *La fábrica de porcelana*, (Barcelona: Paidós, 2006), p.48.

<sup>129</sup> Hardt y Negri. *Imperio...* Op. Cit., p.74.

<sup>130</sup> Evidentemente cuando Negri habla de trabajadores expande el campo de la producción a los afectos y a la comunicación, es decir, al trabajo cooperativo en el sustento y producción de una comunidad y, consecuentemente, pretende aunar bajo tal denominación a la sociedad en su conjunto.

sentido último en lo social refiere a la misma imposibilidad de ser suturada o cerrada.<sup>131</sup> Consecuentemente, desde un análisis economicista, no pueden extraerse los intereses de una “clase”, ni mucho menos ser nombrada como tal. Es siempre el resultado de un acto político-discursivo.<sup>132</sup> Desde esta perspectiva, el posmarxismo es de hecho la profundización de los planteamientos de Margaret Thatcher: si no existe la sociedad, si no existe la clase o el pueblo, *ergo* estos tienen que ser contruidos.

Con tal de que la pluralidad de lo social sea reconducida a una unidad (siempre contingente y sometida a su recomposición), Laclau construye su noción de *pueblo* en torno a una lógica de la equivalencia: lo político nunca está prefigurado por formas sociales o económicas, sino que surge de establecer equivalencias en torno a demandas insatisfechas presentes en el ámbito social. De esta manera, la política no es una mera representación de intereses, sino la articulación de una serie de posiciones de sujeto que crea dichos intereses.<sup>133</sup> Dado que del orden social no se puede extraer a priori las posiciones de un sujeto, la política se basará en articular en una cadena de equivalencias una serie de demandas, las cuales no tienen ninguna relación de necesidad entre ellas. La equivalencia no disuelve la especificidad de estas demandas, en ese caso hablaríamos de simple identidad entre demandas, sino que las totaliza parcialmente, las unifica respetando sus diferencias.<sup>134</sup>

Así, el pueblo o la hegemonía popular es el resultado de una articulación política en torno a una serie de demandas insatisfechas; en un primer momento, las demandas se sitúan *en* la institución, pero al ser rechazadas, estas finalmente devienen *contra* de la institución.<sup>135</sup> Al no ser satisfechas, estas demandas cristalizan en la formación de una identidad popular creando así un antagonismo en el seno de lo social. Este momento de redefinición de las identidades sólo es posible, en un momento de «crisis orgánica»,<sup>136</sup> en las que identidades han debilitado su fijación a otras articulaciones discursivas. Así, para el posmarxismo si desde lo social no se construye necesariamente lo político es impensable la auto-institución de unos intereses inmanentes, es por tanto necesario un acto de representación

---

<sup>131</sup> Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista.*, Op. Cit., pp.112-123.

<sup>132</sup> *Ibid.*, pp.150-151.

<sup>133</sup> Ernesto Laclau. *La razón populista* (Madrid: Fondo de cultura económica, 2018), p.200.

<sup>134</sup> *Ibid.*, 104.

<sup>135</sup> Antonio Gómez Villar. *Ernesto Laclau i Chantal Mouffe: Populisme i hegemonia.* (Barcelona: Gedisa, 2018), pp.33-39.

<sup>136</sup> Ernesto Laclau. *La razón populista.* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2018), p.166

política que fije (parcialmente) unos intereses. Sin embargo, esta trascendencia o representación es *fallida*, es «la presencia de una ausencia»:<sup>137</sup> es imposible fijar o suturar lo social por completo y definitivamente, siempre estará sometido a rearticulaciones.

En base a las lógicas propuestas, los objetivos de ambos son distintos atendiendo a la propia naturaleza ontológica en la que ambos piensan lo político. El populismo juega a la mediación política, conforma formas de trascendencia o de *equivalencia* en el interior de lo social, en cambio, el (post)obrerismo se rige por una lógica inmanentista en la que los sujetos de la multitud podrían organizar una *autonomía* más allá de cualquier mediación: soberana, estatal, representativa. Así, aunque en ambos casos la democracia es el objetivo último de estos movimientos, Laclau y Mouffe desean *radicalizar* el proyecto de democracia radical y plural, mediante una articulación hegemónicas de diferencias unificadas en torno a demandas, reivindicando así el carácter plural y heterogéneo de una sociedad, de la cual no puede eliminarse el antagonismo, este es precisamente el límite de lo social. De hecho, para los autores no existiría una democracia como tal si no tuviera cabida el disenso en el seno de esta.<sup>138</sup> Mientras, el esfuerzo de Negri se centra en una nueva concepción de la democracia *postmoderna*.<sup>139</sup> un cambio de sentido en el que la democracia se transforma, en términos *rousseaunos*, desde la voluntad de todos a la voluntad *general*, fruto de la organización y participación de las singularidades que pueblan la multitud, nunca en todo caso reducidas a una unidad.<sup>140</sup> Observamos, que no solo divergen desde los principios teóricos, sino que como fruto de las diferentes estrategias políticas y las lógicas internas que los dinamizan, el proyecto resultante debe ser y es consecuentemente *distinto*. Es este el motivo por el que podemos hablar de una incompatibilidad *a priori* entre ambos pensamientos.

Si bien como argumentamos, el *tecnopopulismo* en esencia parece hacer caso omiso de tal contrasentido y utiliza indistintamente contenidos de ambos movimientos: por un lado, su objetivo es el de construir una hegemonía -en línea con el populismo- tecnosocial que pueda empujar hacia el horizonte post-trabajo. Por otro lado, claramente retoman elementos (post)obreristas como la renta básica, el rechazo del trabajo (si bien adaptado al de fin del trabajo), el análisis de la crisis de la relación valor-trabajo, el concepto de

---

<sup>137</sup> *Ibid*, p.303.

<sup>138</sup> *Ibid*, p.213.

<sup>139</sup> Antonio Negri. *La fábrica de porcelana*. (Barcelona: Paidós, 2006), p.9

<sup>140</sup> *Ibid*, pp.151-152.

*autonomía*, incluso cierta tendencia posthumanista... No es menospreciable que Negri haya señalado las continuidades de ambos movimientos en su carácter *especulativo* en torno al análisis de las tendencias del capital y sus posibles formas de *éxodo*<sup>141</sup> respecto a la captura capitalista.

Como vemos, la disyuntiva en la que se encuentra el aceleracionismo contemporáneo o *tecnopopulismo* es la complementariedad entre la articulación de un *pueblo* en clave posmarxista: una concepción de hegemonía fruto de una lógica de la equivalencia, y la experiencia de la *multitud* propia del postobrerismo: de la formación de lo común a partir de una lógica inmanente de tendencia a la autonomía.

Aún así, también podemos reconocer una cierta similitud en la constitución de un sujeto emancipatorio en el posmarxismo y el postobrerismo, ciertamente habría una cierta analogía entre el concepto de *multitud* de Negri y Hardt, con el de *pueblo* de Laclau y Mouffe.<sup>142</sup> Ambas categorías pretenden aunar en su seno la heterogeneidad de lo social. Así, si la *multitud* anula cualquier privilegio ontológico trascendental, si que mantiene la fundamentación de un sujeto emancipatorio *a priori*. En el caso del posmarxismo, la noción de *pueblo* es una categoría vacía; no se sustenta en ningún principio inmanente al orden social, el resultado de lo que es el *pueblo* depende de su articulación política en un contexto determinado. Así, como reconoce Laclau, el *vacío* propio del populismo también puede encontrarse en la categoría de multitud cuando Negri fundamenta un principio general y universal de «estar en contra», sin especificar como y contra qué, de la misma manera que *pueblo* puede referirse a la creación de proyectos populares de signo antagónico.

La diferencia entre *multitud* y *pueblo* estriba, tal y como ya hemos visto, en su propia concepción de la articulación política. En el postobrerismo de Negri, hay una tendencia convergente de la multitud al antagonismo, a rebelarse contra el biopoder y escapar de la captura capitalista. De esta confrontación contra el *Imperio* las luchas convergerían en la conformación de instituciones públicas de autoorganización que acabarían por derrocar el poder, es decir, en la autonomía. Esto sería posible en cuanto que el sujeto del postfordismo, habría integrado en sí una serie de capacidades que son la fuente y creación de valorización en el capitalismo: creatividad, lenguaje, afecto... Esta tendencia a la

---

<sup>141</sup> Hardt y Negri, *Imperio*, (Barcelona: Paidós, 2002), p.216.

<sup>142</sup> Laclau. *La razón populista.*, Op. Cit., p.299.

autonomía, a desarrollarse lejos de la esfera del capital y la valorización es inmanente, se encuentra como *conatus* spinoziano en la misma *naturaleza* de la multitud. El problema de tal aseveración, observa Laclau, es que la construcción de una *voluntad general* no puede ser construida espontáneamente si partimos de la heterogeneidad de lo social, debe admitir un grado de articulación política.<sup>143</sup> Así, Laclau dota de prioridad al acto de la articulación política, la unidad (el *pueblo*) resultante de una heterogeneidad no reside en categorías inmanentes, sino en la producción de lógicas equivalenciales entre las diferentes posiciones de sujeto que ocupan lo social, es decir, desde una lógica trascendente.

### 3.3.2. Entre equivalencia y autonomía

Las lógicas de inmanencia (autonomía) y de trascendencia (equivalencia) difieren en cuanto que la primera implica el funcionamiento de un mecanismo universal (el «estar en contra») que requiere en última instancia de un actor histórico universal ya preconstituido (la multitud), mientras que la segunda evita cualquier atribución a una clase o sujeto el privilegio (ontológico, no práctico) por el que se erigirá un sujeto o identidad emancipadora. Esta diferencia resulta, en última instancia de lo que cada uno de los autores entiende por el concepto de universalidad y del lugar que este concepto en su *esquema*. En el inmanentismo de Hardt y Negri la universalidad se entiende como una categoría subyacente a cualquier individuo, es decir, les obliga a establecer un principio universal presente en la totalidad social como fundamento de lo político, lo que facilita así la reacción espontánea contra los límites del *Imperio*. De aquí podemos concluir que la universalidad debe referir a algún mecanismo que opere de manera global, el capital, cuya eliminación, supondría consecuentemente el fin de la política y la eliminación de toda forma de trascendencia y/o representación. En el caso de Laclau, la universalidad es parcial, no es universalista ni tiene un contenido propio, dado que lo contrario supondría erigir un fundamento en torno a un sujeto desde el cual pensar la política. Se trata más bien de una parcialidad que se inviste de universalidad. Consecuentemente, la universalidad es una construcción política contingente y siempre revisable, es decir, es el resultado de una construcción hegemónica.<sup>144</sup>

---

<sup>143</sup> Ernesto Laclau. *Debates y combates*. (Madrid: Fondo de cultura económica, 2016), p.140.

<sup>144</sup> *Ibid.*, pp.125-140.

El problema que debemos afrontar ahora es si esta lógica de la inmanencia puede ser compatible o no con ciertas formas de trascendencia. En este sentido, Laclau afirma que la lógica de la autonomía<sup>145</sup> no tiene por qué entrar en contradicción con una lógica equivalencial. Ciertamente, en la articulación equivalencial son necesarias positividades constituidas autónomamente que puedan ser igualadas en torno a un significante vacío.<sup>146</sup> Así, para Laclau la autonomía es solamente un momento en la conformación de una equivalencia y, de hecho, la autonomía de ciertos movimientos sociales obliga muchas veces a unir alianzas y lazos para su propia supervivencia política.<sup>147</sup> No obstante, para Laclau, esta complementariedad solo es asumible si entendemos, una vez más, lo social como un campo irreductible a una sutura, a su fijación final. De este principio deriva la precariedad del vínculo equivalente o hegemónico y la posibilidad de que la lógica de la autonomía colme a la primera:

No existe la equivalencia total; toda equivalencia está transitada de una precariedad constitutiva, derivada de los desniveles de lo social. Es la precariedad de toda equivalencia la que exige que sea complementada y limitada por la lógica de la autonomía.<sup>148</sup>

Su incompatibilidad queda anulada: ya no pueden ser consideradas como meros fundamentos de lo social, sino como *lógicas sociales* que actúan en distintos modos en las conformaciones de identidades políticas. Así, dos lógicas que, en principio son opuestas en su forma *lógica*, pueden revelarse como epifenoménicas en la constitución de su forma *social*, colaborando en dicha formación, al tiempo que contamina la naturaleza de estas.<sup>149</sup> En ese sentido, podríamos entender la lógica autonomista como un momento en la formación de una cadena equivalencial, pero consecuentemente necesitaría de una articulación política. Así, sin articulación política el «estar en contra» de la multitud nunca puede converger. Tampoco es deducible de tal quehacer espontáneo que las luchas contra el *Imperio* deban coincidir en objetivos o incluso pueden ir unas

---

<sup>145</sup> De entrada, deberíamos aclarar que aquí entendemos dos nociones de *autonomía* en el seno del postobrerismo: la primera refiere a la autonomía como *objetivo*, la liberación o las formas de cooperación social que devienen autónomas de la lógica capitalista; la segunda referiría a la autonomía como *proceso*, es decir, la lógica inmanentista por el que la multitud ataca los límites del imperio de manera espontánea y sin mediación o articulación entre las distintas luchas, es decir, la autonomía de cada lucha. Nos encargaremos de esta segunda concepción de la autonomía.

<sup>146</sup> Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista* (Madrid: Siglo XXI, 2015), p.184.

<sup>147</sup> Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, Op. Cit., p.185.

<sup>148</sup> *Ibid*, p.230

<sup>149</sup> Ernesto Laclau. *Emancipación y diferencia*. (Buenos Aires: Ariel, 1996), p.22.

contras otras.<sup>150</sup> Al fin y al cabo, proponer un principio fundante en torno al cual articular un sujeto de la emancipación supone establecerlo como centro irradiador y anteponer sus «intereses» respecto a otras formas de lucha democrática. La problemática de tal suposición (que recuerda ciertamente a ciertas formas de entender la hegemonía en la tradición marxista) es que como las posiciones de sujeto nunca están explicitadas no pueden deducirse a priori los intereses de tal grupo social, ni de hecho, podemos asegurar que dichos intereses vayan a converger o ir directamente en contra de otros grupos sociales. Por ejemplo, los intereses de la autoorganización obrera podrían atender contra el de las mujeres, o contra el medio ambiente.<sup>151</sup>

Entonces, para Laclau, la complementariedad entre equivalencia y autonomía requiere abandonar la suposición del campo social como un terreno suturado y/o cerrado en donde las identidades ya aparezcan como fijas.<sup>152</sup> Solo desde esta suposición, por la cual, este momento de *cierre* nunca llegaría, es que son compatibles ambas lógicas: un movimiento de autonomía requeriría de su expansión de una práctica articuladora y la cadena equivalencial de su equivalencia con diversas formaciones, ya sean autónomas o no, y que ayudan en último término a colmar la sutura de toda equivalencia. En cierta manera, toda autonomía (si le erradicamos el mecanicismo inmanentista) requiere de una articulación más o menos precaria y abierta a su expansión. En ese sentido, desde el marco teórico de Laclau podemos encontrar la solución a esta aparente dicotomía, al precio de eliminar a Spinoza de la ecuación. En consecuencia, el «estar en contra» no podría ser una categoría inmanente al todo social, sino el fruto de una articulación hegemónica.

Con lo hasta ahora desarrollado, podríamos concluir que el *tecnopopulismo* se aleja de cualquier concepción inmanentista de la articulación política y apuesta por una construcción hegemónica. Este distanciamiento podemos apreciarlo claramente en la crítica que desarrollan a las *folk politics*<sup>153</sup> y su concepción de la universalidad: Típicamente la tradición marxista había dado una total predominancia a la estrategia por encima de la táctica. El postobrerismo, en cambio, invierte la relación y lo lleva al extremo de considerar tácticas aisladas sin ninguna articulación estratégica ante ellas.<sup>154</sup> Si

---

<sup>150</sup> Laclau, *Debates...*, Op. Cit., p.137.

<sup>151</sup> Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista.*, Op. Cit., p.229.

<sup>152</sup> *Ídem.*

<sup>153</sup> Srnicek y Williams, *Inventing the future...* Op.cit, pp. 9-13.

<sup>154</sup> Laclau, *La razón populista...*, Op. Cit., p.300.



consideramos el carácter jerárquico o vertical del tecnopopulismo, sería pues inconcebible una política de horizontalidad absoluta como la del postobrerismo, en el tecnopopulismo existe una clara tendencia a la estrategia por encima de la práctica. Además, en el *tecnopopulismo* reside un impulso racionalista frente a las catástrofes de naturaleza global que hoy nos amenazan, ante esa perspectiva, su proyecto político no se puede basar en la libre acción espontánea de los sujetos frente a un enemigo, sino que debe organizar y racionalizar la producción de carácter global. La propuesta de explorar modelos económicos, sistemas logísticos globales... es decir, que la izquierda «pierda el miedo a la abstracción y a las matemáticas»<sup>155</sup> requiere formas de delegación y jerarquía. Esta propuesta es ciertamente similar al proyecto de la constitución de organizaciones e instituciones al margen del capital del proyecto postobrerista. Sin embargo, SyW conciben la autonomía desde la mediación y la articulación de intereses. No es sino evidente en nuestra opinión que SyW han leído las críticas que Laclau le dirigió a Negri: «sin articulación no hay política»<sup>156</sup> y, consecuentemente, han buscado *articular la autonomía*.

Como más arriba comentamos, el concepto de universalidad vuelve a ser central para entender el tipo de articulación política del tecnopopulismo, y se desprende necesariamente de su crítica a la particularidad y «localismo» de las *folk politics* para enfrentar un sistema de naturaleza global. En ese sentido, el tecnopopulismo comparte con el posmarxismo la noción de universalidad parcial, entendida esta como una lucha hegemónica, no obstante, es concebido como un universal *subversivo*.<sup>157</sup> Haciéndose acopio de las críticas al concepto de universalismo que históricamente ha hecho que un particular envista un universal que subsume (de manera autoritaria) otras particularidades, es decir, afirmando que el universal tiene un contenido propio. Este es un concepto de universalidad equivalente al de homogeneidad por el que necesariamente se elimina la diferencia de otras particularidades. No obstante, tal y como ya planteaban Negri y Laclau, se necesita de una *unidad*, y aquí es donde Srnicek y Williams plantean la necesidad de un universal que funcione como idea trascendental que nunca se satisface con un investimento concreto, sino que siempre es extensible y en continuo conflicto:

---

<sup>155</sup> Srnicek y Williams, “Manifiesto por una Política Aceleracionista”... Op. Cit., p.41.

<sup>156</sup> Laclau, *Debates y Combates...*, Op. Cit., p.140.

<sup>157</sup> Srnicek, Nick; Williams, Alex. *Inventing the future...* Op. Cit., p.75-78.

The universal, then, is an empty placeholder that hegemonic particulars (specific demands, ideals and collectives) comes to occupy. It can operate as a subversive and emancipatory vector of change with respect to established universalisms, and it is heterogeneous and includes differences, rather than eliminating them.<sup>158</sup>

En definitiva, Srnicek y Williams afirman, en la misma línea de Laclau y Mouffe, que el universal no es una categoría cerrada que puede investir un cierto particular anulando otros particulares, sino que un Universal es un producto político, es decir, una construcción hegemónica. Por tanto, el universal no puede basarse en un juicio trascendente que se sitúe por encima del resultado de una lucha de confrontación hegemónica.

### 3.4. Conclusiones

Habiendo analizado las perspectivas teóricas del postobrerismo y el posmarxismo, hasta aquí podemos concluir que el tecnopopulismo, antes que ser una derivación del postobrerismo, como los propios Negri o Bifo entendieron, se trata de una corriente filosófica de perspectiva posmarxista en lo que respecta a la formación de voluntades políticas y la constitución de subjetividades emancipadoras. La confusión de los autores italianos seguramente resida en que sus comentarios sobre el aceleracionismo de Srnicek y Williams refieren principalmente al MPA, el cual, para ser justos, no acaba del todo de enmarcar al movimiento como una forma de populismo en clave tecnológica. Una propuesta que, como dijimos, acabará de resultar patente en *Inventing the future*. De ahí, y dadas las similitudes programáticas que comparte con el postobrerismo, que este haya sido pensado desde tal perspectiva.

No obstante, también hemos observado como, de hecho, autonomía y equivalencia no tiene por qué ser necesariamente opuestas, sino que de hecho la autonomía requiere de una cierta articulación política para ser eficaz políticamente. A pesar de ello, como observa Laclau, aceptar la autonomía requiere la negación de su carácter de inmanencia radical y abrazar una cierta trascendencia, lo que socava necesariamente el proyecto de autonomía negriano. En ese sentido, el postobrerismo queda integrado en el seno del *tecnopopulismo* en cuanto que la autonomía es redefinida en términos posmarxistas. Tal asunción, hemos visto, solo es factible si eliminamos del concepto de autonomía una noción suturada de lo social y de las identidades fijas.

---

<sup>158</sup> *Ibid*, p.78.

Por último, y en continuación con el segundo punto, es decir, una vez eliminada la incompatibilidad de lógicas del postobrerismo y posmarxismo, queda por establecer otra posible demarcación entre estos tal y como sería concebido en la maquinaria tecnopopulista: como señala Alejandro Pizzi, los puntos fuertes de ambas corrientes residen en diferentes terrenos teóricos: el posmarxismo forma una teoría consistente en torno a la creación de identidades colectivas mediante la explicación de las formas de discurso y su capacidad de captación de los significantes flotantes, pero su carácter idealista no puede explicar las transformaciones económicas y productivas en el seno del capitalismo así como las formas de emancipación resultantes de la misma. En un cierto sentido, el posmarxismo, corta toda referencia con la economía y se ubica en el terreno de lo discursivo, único *locus* político. El postobrerismo, en cambio, carece de una teoría convincente de la articulación política: falla en el propio objetivo de explicar en qué consiste la emancipación, la fuga o el *éxodo*; pero sus análisis *estructurales* son ciertamente certeros e incluso han sido predictivos sobre la naturaleza del capitalismo y sus cambios en el sistema de valorización.<sup>159</sup> Si el postobrerismo nos da las herramientas conceptuales necesarias para analizar las tendencias del capitalismo y buscar una transición hacia el postcapitalismo, el tecnopopulismo retomaría dichas herramientas pero renegando que de dichas transformaciones productivas pueda extraerse o surgir mecánicamente una identidad política o una *voluntad general* en sentido fuerte y, consecuentemente, se apropian de la articulación hegemónica para dar forma a esta voluntad o deseo de *unidad*. Consecuentemente, solo desde este punto de vista podríamos entender al *tecnopopulismo* como una imbricación de ambas perspectivas, siempre y cuando estas se apliquen a ámbitos diferenciados.

No obstante, este tipo de hibridación no deja de ser problemática. Recordemos lo que hemos insistido desde el principio: aunque posmarxismo y postobrerismo comparten filiaciones y propuestas, su lógica y funcionamiento político son claramente dispares. Hemos visto cómo, de hecho, desde una perspectiva posmarxista, se podían conjugar ambas lógicas y, que, atendiendo al concepto de *universalidad* tecnopopulista podíamos afirmar su alineamiento con el posmarxismo. Sin embargo, esta posibilidad solo puede darse desde las concepciones de una lógica política que ha sido aislada en un ejercicio de abstracción poco *material*, o no concreta. Aceptar una posible articulación entre

---

<sup>159</sup> Pizzi, Alejandro. “Más allá de Marx: postobrerismo y posmarxismo. Una revisión de los fundamentos teóricos de la multitud y el pueblo”, *Arxius* 38 (2018): p.69.

posmarxismo y postobrerismo supondría aceptar una autonomía de lo político y, al mismo tiempo, su dependencia respecto a procesos materiales o económicos. De esta manera, si mantenemos la autonomía de lo político, esto es, la ruptura absoluta con el economicismo marxista, parece lícito preguntarnos por la operatividad de una mecanismo hegemónico que busca partir de un análisis de los desarrollos y transformaciones del capital y que, a pesar de esta constatación empírica, este análisis no pueda fundamentar ningún tipo de práctica política como instrumento para la inserción en los discursos o los programas políticos hegemónicos. Es decir, parece que rechazar el economicismo<sup>160</sup> y a la vez servirse de dicha lógica para concretar formulaciones hegemónicas parece una contradicción.

Sin embargo, también habría que considerar que el posmarxismo, aunque afirme la autonomía de lo político, no supone una ahistoricidad de las sociedades o del *pueblo* constituido. Al contrario, están insertos en ciertos paradigmas materiales sobre los que se produce la construcción nominal. El problema que Srnicek y Williams encontrarían en la concepción material del lenguaje de Laclau y Mouffe es que estos efectivamente pueden explicar la construcción nominal del pueblo desde un cierto paradigma material, pero son incapaces de explicar la transformación de este paradigma. Para los *tecnopopulistas* hay lógicas hegemónicas que escapan a la discursividad. Precisamente por ello, el populismo depende del descontento y la anomia que genera el neoliberalismo<sup>161</sup> a la que le puede seguir la «crisis orgánica» por el que las identidades han perdido su fijación y cabe la posibilidad de constituir un *pueblo*. Ahora bien, es incapaz de alterar la lógica por la que este *pueblo* puede ser subjetivado más allá de la forma-mercado<sup>162</sup> y, consecuentemente, fracasa en su intento de transformación social y estructural. Como señalan Srnicek y Williams: «[...] infrastructure also serve to modify and sculpt human behaviours».<sup>163</sup>

---

<sup>160</sup> En mi opinión la gramática del pensamiento postobrerista no puede considerarse *economicista* en su sentido fuerte. Las operaciones de resistencia biopolítica de la multitud son mucho más refinadas e híbridas que las que podemos encontrar en el marxismo clásico. En ningún caso la multitud responde de manera teleológica a las capturas y la subsunción real de la vida bajo el capital de una manera mecánica o determinada. Al contrario, en Negri encontramos un pensamiento del éxodo, de la mutación, de la resistencia que es pura invención y creatividad. Véase la fábrica de porcelana.

<sup>161</sup> Villacañas, *Populismo*, Op. Cit., p.105; Mayos Solsona, “Crisis Neoliberal...” Op. Cit., p.211.

<sup>162</sup> Diego Sztulwark, *La ofensiva sensible. Neoliberalismo, populismo y el reverso de lo político* (Buenos Aires: Caja Negra, 2019), p.102.

<sup>163</sup> Srnicek y Williams, *Inventing the future*, Op. Cit., p.135.

Parece evidente que Laclau y Mouffe han generalizado la teoría de la hegemonía como un mecanismo abstracto bastante eficiente a la hora de explicar la construcción de identidades políticas, así como su quiebra y mantenimiento. ¿Pero podemos reducir el sistema económico, la estructura super-estatal, los sistemas financieros, los medios de comunicación, los acuerdos de comercio, et... -el estatus quo del neoliberalismo en el sistema global- en unas ciertas premisas ideológicas que simplemente deben ser refutadas? En cierto modo, después de la crisis de 2008 pareció claro que el neoliberalismo había perdido toda legitimidad, pero aquel descrédito parece hoy evidente que no ha sido suficiente para transformarlo. Tanto la crisis del 2008 como la crisis del covid-19 nos han mostrado tanto el potencial revolucionario como contrarrevolucionario de las crisis: se han revelado como los motores del «reformismo del capital»: momentos en los que se integran las críticas y los descontentos en una nueva estructura económica-empresarial.<sup>164</sup>

Tal y como afirmó Terry Eagleton, el posmarxismo corta todo vínculo entre política y economía y abandona finalmente la posibilidad del proyecto histórico del materialismo, un proyecto que efectivamente parece dar sentido y operatividad a unas políticas de izquierdas inteligibles.<sup>165</sup> Sin embargo, la ruptura con el materialismo no parece una alternativa válida en el programa tecnopopulista y su interés concreto en rescatar el análisis del postobrerismo italiano así como las formas de subjetividad y de resistencia o fuga a las que pertenece toda conformación biopolítica. Tampoco si buscan defender una definición sustancial o *republicana* de la democracia. De hecho, una de las problemáticas clave, es que dado que la universalidad está abierta a las prácticas y a la conformación política de la que es producto, esta entonces puede tomar tanto formas progresistas como reaccionarias. En este sentido, el proyecto de democracia radical y plural parece entrar en contradicción con una concepción de la política no-normativa como la que defienden. Como argumenta Alex Williams, el proyecto de democracia radical en sus varias dimensiones se compone por 1) una radicalización de la democracia, 2) entender la propia democracia como un significante vacío en el que cualquier resultado es posible y 3) una dimensión normativa: la lucha contra la inequidad y la subordinación.<sup>166</sup> Sin embargo, parece difícilmente sostenible este tercer punto desde los planteamientos teóricos de

---

<sup>164</sup> Sztulwark, *La ofensiva sensible...*, Op. Cit., p.17.

<sup>165</sup> Williams, *Political hegemony...*, Op. Cit., p.124.

<sup>166</sup> Alex Williams, *Political hegemony and social complexity. Mechanisms of power after Gramsci* (Londres: Palgrave Macmillan, 2020), p.123.

Laclau y Mouffe, ya que este presupone la libertad e igualdad de los sujetos, un principio normativo que no tiene una relación necesaria con los puntos 1 y 2. La problemática que emerge es la posibilidad de compatibilizar formas de universalidad parciales y contingentes que puedan entroncar con un proyecto normativo como el de una democracia radical. La cuestión radica entonces para Williams en encontrar una forma de hegemonía que se ocupe no solo de la transformación en la esfera del discurso o la ideología por las que se constituyen las identidades sociales, sino también a las estructuras materiales e instituciones que también definen un ordenamiento simbólico y que pueden articular espacios basados en los principios de libertad e igualdad que todo proyecto democrático radical debe defender. Es decir, una reivindicación sustantiva de la democracia y no meramente procesual.

Dada esta antinomia, parece entonces que lo que es necesario ofrecer es una reelaboración del concepto de hegemonía que pueda dar cuenta de fenómenos discursivos y extradiscursivos, es decir, que conjugue la economía, las infraestructuras la tecnología... con la política, la cultura y el discurso. Esta composición no podrá depender de una explicación en la que exista una determinación final o causa última, sino que entienda lo discursivo y lo material como ámbitos en reciprocidad mutua, tal y como Gramsci concibió el «bloque histórico». Ahora bien, tampoco puede cometerse el riesgo de volver a caer en una falaz división práctica entre estructura y superestructura.

Esta teoría hegemónica que logre ampliar la lógica articuladora del discurso hacia los sistemas estructurales de manera no jerarquizada es la que debemos recorrer a continuación.

#### 4. RETORNO A GRAMSCI. *Hacia una política post-hegemónica*

La verdad es que no se puede elegir la forma de guerra que se quiere practicar, a menos que uno tenga desde el primer momento una superioridad aplastante sobre el enemigo.<sup>167</sup>

En la sección anterior, hemos apuntado a algunas de las problemáticas o críticas que se han formulado en la elaboración hegemónica del posmarxismo, las cuales tienen especial relevancia en la construcción teórica del *tecnopopulismo*. Como hemos visto, el concepto de universalidad (central en la construcción posmarxista) en Srnicek y Williams es idéntico o, si se quiere, está directamente tomado del pensamiento de Laclau y Mouffe,<sup>168</sup> y su presencia nos ha apuntado a señalar la filiación genética de Srnicek y Williams con el posmarxismo antes que con el postobrerismo. Sin embargo, tal y como apuntábamos al final del último apartado, la concepción post-hegemónica de Williams no se quedará en una mera apropiación del marco teórico posmarxista, sino que más bien, buscará expandir su lógica y significación volviendo a una lectura hegemónica de Gramsci que le permitirá compatibilizar el «realismo» de las ciencias de la complejidad con las lecturas continentales-marxistas del concepto de hegemonía.

Para poder atender con todas sus complejidades a la formulación post-hegemónica que elabora Williams en *Political hegemony and social complexity. Mechanisms of power after Gramsci* (2020) a continuación se presentará el despliegue del concepto de hegemonía de Antonio Gramsci. Gramsci es, sin duda, el autor que está de fondo en los entresijos de la hegemonía laclausiana y tecnopopulista, y es que, desde diferentes interpretaciones del autor italiano, es desde donde se han formulado sus correspondientes conceptos de hegemonía. Gramsci es el considerado como primer gran teórico de la hegemonía, cuyas fallas y/o *antinomias* están en la propia genealogía de las reformulaciones que aquí discutiremos.

Para ocuparnos de ello, primero atenderemos a la relación que la elaboración del concepto de hegemonía ha mantenido con el crecimiento de la complejidad social en el capitalismo avanzado. Después revisaremos brevemente el recorrido previo del concepto de hegemonía que nos llevará hasta Gramsci, necesario en cuanto que tales debates permiten

---

<sup>167</sup> Antonio Gramsci, *Escritos (Antología)*. Edición y comentarios de César Rendueles (Madrid: Alianza, 2017), p.240.

<sup>168</sup> Srnicek y Williams, *Inventing the future...* Op.cit, pp.75-78.

al italiano la construcción de su armazón teórico desde la cárcel y, a continuación, nos ocuparemos de las elaboraciones posteriores a la intervención de Gramsci en la tradición marxista. Esto nos conducirá a evaluar la productividad democrática que nos ofrecen la aplicación de las ciencias de la complejidad a las ciencias humanas para, finalmente, desarrollar la teoría post-hegemónica de Williams.

#### **4.1 Relación entre hegemonía y complejidad**

Una de las tesis principales de Alex Williams es que la aparición y el desarrollo teórico del concepto de hegemonía en la tradición marxista tiene como correlato el intento de explicar una cada vez mayor complejidad de la naturaleza de las dinámicas sociales y políticas. A este gradiente de complejidad le correspondería una cada vez mayor abstracción de la lógica hegemónica.<sup>169</sup> Desde esta perspectiva, para Williams, la aparición del concepto de hegemonía sería el intento de dotar al marxismo de herramientas adecuadas para profundizar en el entendimiento de la complejización social, así como dotarle de tácticas y prácticas políticas para adaptarse a la contingencia del desarrollo histórico.<sup>170</sup> Es decir, la hegemonía sería precisamente aquella herramienta que ayudaría: en un primer término, a salvar la falla entre las necesidades históricas y las condiciones fácticas, entre lo que dicta la teoría y práctica política contingente y, en un segundo término, después de Gramsci se ocuparía de explicar la unidad de entidades sociales de los que la economía no puede ofrecer una explicación última. Así, la teorización hegemónica de Gramsci marcará el punto de inflexión al querer ocuparse de la complejización del marxismo-leninismo. Más tarde Laclau y Mouffe harían lo propio con respecto al estructuralismo marxista de Louis Althusser.<sup>171</sup>

Una intuición similar a esta tesis de Williams tuvieron Laclau y Mouffe cuando dedujeron que la hegemonía se trataba de un concepto que ayudaba a explicar las excepciones en el desarrollo de la Rusia zarista con respecto a los modernos Estados capitalistas occidentales. Es decir, su conceptualización suponía una herramienta analítica que permitía salvaguardar el economicismo y etapismo propio del marxismo clásico.<sup>172</sup> Las condiciones de subdesarrollo económico e industrial en Rusia eran excepcionales con

---

<sup>169</sup> Williams, *Political hegemony...*, Op. Cit., p.8.

<sup>170</sup> *Ibid.*, p.88.

<sup>171</sup> *Ibid.*, p.87.

<sup>172</sup> Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista.*, Op. Cit., p.79.



respecto a la evolución del mismo en Occidente. En estas condiciones la unidad de la clase obrera no podía explicarse como despliegue de las contradicciones económicas y, por tanto, se necesitaba de una *muleta* teórica que permitiese explicar la revolución comunista. El paradigma clásico del marxismo ortodoxo había previsto una creciente tendencia de homogeneización de las posiciones subjetivas que se dan en el terreno objetivo de la estructura de producción del capitalismo fordista y, por tanto, una mayor tendencia a la unidad de la lucha obrera, que encontraría de manera creciente que su pauperización se intensificaba al tiempo que se extendía a otros estratos sociales. Es decir, se simplificaba la realidad social dado que la tendencia de la sociedad europea era la de que cada vez más capas sociales se convirtieran en obreros, al tiempo que empeoraban sus condiciones de vida. Sin embargo, como explican Laclau y Mouffe, lo sucedido fue justo lo contrario: una mayor diversificación y crecimiento de la complejidad de lo social a través de la especialización laboral, la división social del trabajo, el crecimiento e industrialización desigual entre países, etc.<sup>173</sup>

En este sentido, la conceptualización de Laclau y Mouffe de este «desarrollo desigual y combinado»<sup>174</sup> también responde a la necesidad de explicar fenómenos cuyas lógicas no pueden ser reducidas a un fundamento último. Como respuesta a la diversidad y complejidad que emerge en la esfera de lo social, el concepto de hegemonía permitía actuar como aparato analítico frente a tal complejidad:

Esta crisis [...] aparece dominada por dos momentos fundamentales: la nueva conciencia de la opacidad de lo social, de las complejidades y resistencias de un capitalismo crecientemente organizado, y la fragmentación de las distintas posiciones de los agentes sociales que, según el paradigma clásico, deberían haber estado unidos.<sup>175</sup>

Volviendo a Williams, para este la teoría hegemónica surge en momentos de crisis en las que el marxismo necesita de herramientas de análisis que puedan responder mejor a la complejidad evolutiva de las relaciones de poder en las sociedades capitalistas. Los tres grandes momentos de crisis en los que se sucede una reformulación hegemónica serían, en primer término: cuando las condiciones para la revolución en Rusia se alejaban de los esquemas economicistas decimonónicos y hacían necesaria una coalición de clases, una *gegemoniya*; en segundo término, la concepción Gramsciana surgirá al fragor de las

---

<sup>173</sup> *Ibid.*, p.27.

<sup>174</sup> *Ibid.*, pp.79-85.

<sup>175</sup> *Ibid.*, p.45

complejidades sociales y políticas del «estado integral» europeo y; en tercer término, la conceptualización de Laclau y Mouffe responde al desafío que planteaban a la izquierda la emergencia de los así llamados «nuevos movimientos sociales» que venían a complejizar el ámbito del antagonismo y la lucha política.<sup>176</sup> Podríamos añadir un cuarto momento: la post-hegemonía de Williams es, bajo nuestra perspectiva, fruto de la experiencia frustrada de unos gobiernos populistas incapaces de derrotar a la hegemonía neoliberal tras la crisis de 2008.

En este sentido, la teoría hegemónica es una formulación que se encuentra inacabada, siempre y cuando se entienda que esta debe adecuarse a las cada vez mayores contingencias y pliegues de una realidad complejizable hasta el extremo, susceptible de incluir en cada recomposición nuevos estratos o capas de complejidad:

The history of hegemony is suggestive, therefore, of a trajectory of refinement and evolution spurred on by the excess of reality's complexity over existing theoretical understandings.<sup>177</sup>

La tesis de Williams según la cual la aparición y el desarrollo del concepto de hegemonía en la tradición marxista responden a una creciente complejidad de la estructura y relaciones sociales es efectivamente compatible con la lectura de Laclau y Mouffe. Tal es así que las genealogías de ambos marcos elaboran son similares, con la importante excepción de la lectura de Gramsci que desarrollan respectivamente. Si Laclau y Mouffe encuentran en Gramsci el primer teórico en desarrollar una teoría hegemónica de la «articulación» política, pese a que este conserve trazas economicistas, Williams verá en el italiano el primer intento de componer una teoría hegemónica multiestratificada, capaz de responder tanto a los fenómenos discursivos como materiales que conforman el poder hegemónico de una realidad social. Esto es, frente al Gramsci *culturalista* del posmarxismo: «lo que determina directamente la acción política no es la estructura económica, sino la interpretación que se dé de esta y de las llamadas leyes que rigen su desarrollo»,<sup>178</sup> Williams rescata al Gramsci multicausal: «Entre la premisa (estructura económica) y la consecuencia (constitución política) hay relaciones nada simples ni directas, y la historia de un pueblo no se documenta solo con los hecho económicos».<sup>179</sup>

---

<sup>176</sup> Williams, *Political hegemony...* Op. Cit., p.6.

<sup>177</sup> *Ídem.*

<sup>178</sup> Gramsci, *Escritos (Antología)*... Op. Cit., p.74.

<sup>179</sup> *Ibid.*, p.72.

Consecuentemente, Williams rechaza que la abstracción y generalización hegemónica que elaboran Laclau y Mouffe sea el último paso en este proceso de complejización de lo social en paralelo a su correlato hegemónico. Al contrario, Williams afirmará que la teoría populista es «un paso adelante y dos hacia atrás» en el desarrollo de la hegemonía.

## **4.2 Genealogía del concepto de hegemonía**

Con el fin de comprender las ulteriores conceptualizaciones de la hegemonía, el objetivo de este apartado es realizar un recorrido no intensivo por algunos de los precedentes de Gramsci en la teorización hegemónica. Ciertamente, la influencia cultural y teórica de Gramsci en occidente ha llevado a caracterizarle como el acuñador del concepto de hegemonía como unidad teórica.<sup>180</sup> Siendo Gramsci la piedra angular desde la cual tanto Laclau y Mouffe como Williams han partido sus propuestas, creemos necesario exponer -aunque sea de manera esbozada- el *origen* del término, así como las posteriores elaboraciones de la hegemonía contra las que Gramsci discutió.

### 4.2.1. Primeras formulaciones

La considerada como primera formulación del concepto de hegemonía<sup>181</sup> en el marxismo se produce en 1883-1884 por Gueorgui Valentínovich Plejánov (1856-1918). Posteriormente, la hegemonía será uno de los eslóganes políticos clave en el movimiento socialdemócrata ruso entre 1908 hasta la revolución de octubre en 1917.<sup>182</sup> La hegemonía o *Gegemoniya*, entendida por Plejanov, se despliega para argumentar que la clase obrera en la Rusia de finales del XIX no debía solo luchar contra el capitalismo y, en concreto, contra los patronos desde los lugares de producción, es decir, dentro de una lógica de determinación económica-política, sino que, además, la clase obrera debía constituirse como líder político de una lucha nacional contra el zarismo absolutista.

Como antes señalábamos, esta conceptualización de la hegemonía buscaba corregir la *anomalía* histórica por la cual la Rusia zarista había devenido un «estado inmaduro» con respecto al desarrollo productivo del capitalismo occidental. Desde esta consideración etapista, era evidente que una Rusia tan subdesarrollada que, todavía no había

---

<sup>180</sup> Perry Anderson, *Las antinomias de Antonio Gramsci* (Madrid: Akal, 2018), p.48.

<sup>181</sup> Como indica Cesar Rendueles, la hegemonía en el campo de los estudios filológicos se usaba para describir cómo algunos dialectos se imponían sobre otros en su uso gracias a un mayor prestigio. Cesar Rendueles, “Glosario” en Gramsci, *Escritos (Antología)*... Op. Cit., p.395.

<sup>182</sup> Anderson, *Las antinomias*... Op. Cit., p.48-49.

experimentado la revolución burguesa como en el resto de los países occidentales, no podía cumplir las condiciones para una revolución comunista. La consecuencia de esta *anomalía* era tal que la clase obrera debía emprender una revolución burguesa: los obreros debían hacer la revolución que la burguesía, debido a su debilidad, no habían podido cumplir. De esta manera, la burguesía tomaría, con el apoyo de la clase obrera, la iniciativa en la lucha contra el Antiguo Régimen y esta por fin emergería como clase dirigente,<sup>183</sup> preparando así el terreno para la revolución proletaria.

Una década más tarde, el pensamiento de Pável Axelrod (1858-1928) oscilaba entre atribuir un papel independiente y un papel dirigente al proletariado en las revoluciones contra el absolutismo.<sup>184</sup> En todo caso, tal y como señala Perry Anderson, «su hincapié cada vez mayor en el “significado revolucionario totalmente nacional” de la clase obrera rusa cristalizó pronto en un cambio teórico cualitativo».<sup>185</sup> Este se manifestaba principalmente en que a partir de entonces debía ser el proletariado el que tomara la iniciativa constituyendo su primacía en la revolución burguesa en Rusia.

En parte ambas conceptualizaciones rechazaban (relativamente) el puro economicismo. No eran tan solo las condiciones económicas o el despliegue de las fuerzas productivas las que mediante sus propias contradicciones condujeran a la revolución socialista. Si esto fuera así el concepto de hegemonía hubiera sido innecesario.<sup>186</sup> La introducción del concepto de hegemonía es el resultado de una falla, un desajuste del desarrollo capitalista efectivo. Por tanto, Plejanov y Axelrod aunque desde supuestos significativamente etapistas, están introduciendo una cierta contingencia y agencia humana en el devenir histórico. Esta abertura de la historia al devenir se da claramente en un sentido relativo y ciertamente limitado, pero, aun así, está introduciendo sin duda una noción de hegemonía que complejizaba mínimamente la relación economía-política propia del marxismo ortodoxo. Consiguientemente, tanto Plejanov como Axelrod ponen un acertado énfasis en la vocación nacional que el movimiento obrero debía tomar en su aspiración política, así como el papel fundamental que el proletariado debía tomar en la conquista de la

---

<sup>183</sup> *Ibid.*, p.49.

<sup>184</sup> *Ídem.*

<sup>185</sup> *Ibid.*, p.50

<sup>186</sup> Williams, *Political hegemony...* Op. Cit., p.89-90.

liberación de otras clases sociales y/o grupos oprimidos, erigiéndose este como clase dirigente frente a cualquier forma de dominio.<sup>187</sup>

El subsiguiente desarrollo del concepto de hegemonía lo elabora Lenin, que en *¿Qué hacer?* (1902) mantendrá prácticamente su esencia. Tal y como expone Plejánov, la clase obrera debe, según Lenin, actuar como líder de una coalición revolucionaria. Consecuentemente, esto requiere que el proletario debe velar también y guiar su acción en parte según los intereses políticos de sus compañeros de coalición, señaladamente, el interés de los campesinos. Para Laclau y Mouffe esto significará que la hegemonía de la clase obrera constituiría el puente que permitiría la conexión entre lo que debería suceder y lo que realmente sucede, y así acoplarse a las exigencias reales y contingentes de la práctica política.<sup>188</sup>

La clase obrera asumiría una tarea que no es propiamente la suya, una tarea anómala dentro de su lugar en el sistema de producción según el etapismo y economicismo marxista.<sup>189</sup> Recordemos que, según este esquema, al lugar que ocupa una clase en el sistema de producción le corresponden unos intereses objetivos, adivinando una especie de transparencia entre las relaciones económicas y los intereses objetivos que se mueven en el orden de lo social. Por consiguiente, esta nueva complejización del concepto de hegemonía refiere a la imposibilidad de fijar unos respectivos intereses de clase a partir de los desarrollos productivos que están sometidos a la contingencia de lo histórico. Sin embargo, se entiende que la labor que tomará el proletariado como dirigente de la revolución burguesa es solamente temporal y correctivo de un devenir histórico efectivo que, por así decirlo, no se ajusta al que dicta la teoría.

#### 4.2.2. Antonio Gramsci

Es en el pensamiento de Antonio Gramsci (1891-1937) en el que tanto Laclau y Mouffe como también Williams coinciden en señalar como el gran formulador del concepto de hegemonía. Para ambos, representa el punto de partida de una gestación genuina del concepto más allá de la estrechez de la ortodoxia marxista y más allá del mecanicismo tecno-económico que había dominado en las aproximaciones filosóficas sobre la historia

---

<sup>187</sup> Ídem.

<sup>188</sup> Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista.*, Op. Cit., p.80.

<sup>189</sup> *Ibid.*, Op. Cit., p.79.

y el cambio social. Para Laclau y Mouffe, se trata del primer teórico marxista que rechaza el economicismo característico de la 2º Internacional construyendo la hegemonía bajo la categoría de la articulación política.<sup>190</sup> Sin embargo todavía encontrarán alguna reminiscencia economicista en su pensamiento, lo que les llevará a defender una absoluta autonomía de lo político. En cambio, para Williams, Gramsci es el estandarte de una complejización creciente de un concepto de hegemonía que logra atender a todos los estratos por los que esta puede llegar a ser efectiva y dirigente, es decir: cumplir con un «liderazgo moral e intelectual». En esta particular lectura de Gramsci no se privilegiará ningún factor estructural o superestructural como determinante en última instancia. No obstante, encontrará deficiencias en el planteamiento altamente concreto, aunque le reconoce una cierta abstracción conceptual con respecto a sus predecesores.<sup>191</sup> Pese a esto, tanto para Williams como para Laclau y Mouffe, Gramsci es el primer pensador de la hegemonía como el resultado de fuerzas difusas en lo social, en una intrincada red de poder que atiende precisamente a la complejización de la vida social y política.

El concepto de hegemonía en Gramsci es ciertamente escurridizo, probablemente por las atroces condiciones en las que tuvo que escribir desde las cárceles italianas más que por una cierta incoherencia o falta de sistematización en su pensamiento. Sin embargo, el concepto ha sido excelentemente sintetizado por César Rendueles:

La idea de hegemonía hace referencia al modo en que una clase social es capaz de convertirse en un grupo dirigente mediante una combinación de liderazgo ideológico, coerción y movilización de intereses compartidos que da lugar al consentimiento con los subordinados.<sup>192</sup>

La gran aportación de Gramsci con respecto a las formulaciones previas es su sostenimiento de una doble figuración del término: por un lado, una dimensión normativa, por la que se gestiona la práctica política de asalto al poder, y una dimensión analítica, que incluiría las maquinaciones por el mantenimiento del poder por parte de un grupo social.<sup>193</sup> La hegemonía deja de ser un concepto localizado exclusivamente en la estrategia de la clase obrera para devenir clase dirigente y describe también la práctica por la que la burguesía se mantiene y legitima en el gobierno. De manera significativa, la hegemonía no solo reconoce las tácticas coercitivas sino también todos aquellos

---

<sup>190</sup> Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista.*, Op. Cit., p.99.

<sup>191</sup> Williams, *Political hegemony...* Op. Cit., p.135.

<sup>192</sup> Cesar Rendueles, “Introducción” en Gramsci, *Escritos (Antología)*... Op. Cit., p.25.

<sup>193</sup> Williams, *Political hegemony...* Op. Cit., p.91.

mecanismos de consentimiento -pasivos, si se quiere- que posibilitan y legitiman la acción de gobierno. En todo caso, como señala Perry Anderson siguiendo la comprensión de la política de Maquiavelo, la hegemonía refiere siempre a tácticas del mantenimiento y/o asalto del poder y en la gestión de los dos humores de la sociedad: «aquellos que quieren gobernar» y «aquellos que no quieren ser gobernados».<sup>194</sup>

La hegemonía, a diferencia de formulaciones previas, se formula a partir de una articulación de intereses por las que una clase dirigente logra ser percibida como la clase universal, aquella que representa los intereses de la mayoría. Esta, para Gramsci, no proviene de una determinación económica bruta, sino que se trata de un liderazgo cultural, moral e ideológico sustentado sobre una determinada estructura productiva. Es por ello por lo que en los estudios de Gramsci se aprecia el rechazo de los grandes textos de análisis filosófico-históricos propios de la tradición marxista como *El capital* o *La ideología alemana* en los que se intenta desvelar la imbricación entre los procesos estructurales-económicos de una sociedad y su configuración social y política a gran escala. Gramsci da preferencia a los análisis historiográficos de Marx, tales como el *18 Brumario de Luis Bonaparte*, más focalizados en un análisis concreto y empírico de los cambios sociales en plazos de corto y medio alcance:

La pretensión (presentada como postulado esencial del materialismo histórico) de presentar y exponer toda fluctuación de la política y la ideología como expresión inmediata de la estructura tiene que ser combatida en la teoría como un infantilismo primitivo y en la práctica hay que combatirla con el testimonio auténtico de Marx, escritor de obras políticas e históricas concretas.<sup>195</sup>

Para Rendueles esta decisión metodológica tiene un trasfondo filosófico altamente significativo: el empeño de Gramsci de encontrar un término medio entre «el idealismo extremo, que ve la historia como producto de la voluntad humana, y el positivismo, que entiende la historia humana como el producto de fuerzas inerciales incommovibles».<sup>196</sup> Gramsci busca resolver la tensión de causalidad que existe entre la estructura y la superestructura en la comprensión del desarrollo histórico y el cambio social, entre la determinación económica y la agencia humana libre.

---

<sup>194</sup> Anderson, *Las antinomias...* Op. Cit., p.58.

<sup>195</sup> Gramsci, *Escritos (Antología)...* Op. Cit., p. 198-199.

<sup>196</sup> Cesar Rendueles “La revolución y la reformulación del materialismo histórico”, en Gramsci, *Escritos (Antología)...* Op. Cit., p.58-60.

Las concepciones marxistas ortodoxas entendían el cambio social como la sucesiva cesión (violenta normalmente) del control de los medios de producción entre grupos sociales. Este era posible gracias al avance tecnológico, el cual desarrolla las fuerzas productivas hasta un punto en el que resultan incompatibles con las relaciones de producción existentes. Gramsci estaría de acuerdo con este planteamiento mecanicista económico-tecnológico desde una escala histórica muy amplia, pero seguramente dudaría de su efectividad en la práctica política inmediata.<sup>197</sup> El problema de esta hipótesis es que, a pesar de explicar un proceso histórico de amplias consideraciones, este solo podría ser comprendido en su totalidad *a posteriori*, lo que limita ampliamente la comprensión de los procesos políticos que se dan en el presente, por no hablar de aquellos que buscan asaltar el futuro:

Difícilmente se establecerá de un modo exacto el nexo dialéctico entre los dos órdenes de movimiento y, por tanto, de investigación; y si el error es ya grave en la historiografía, lo será aún más en el arte político, cuando no se trata de reconstruir la historia pasada, sino de construir la presente y la futura.<sup>198</sup>

Para intentar analizar la «reciprocidad necesaria entre estructura y superestructura»<sup>199</sup> Gramsci recurre a una explicación de estas como terrenos relativamente autónomos en dos temporalidades distintas.<sup>200</sup> No obstante, la estructura sigue siendo determinante respecto a las posibilidades superestructurales que se dan en el ámbito político, ideológico o social, y es razonable que así sea: conseguir un derecho político requiere de los medios materiales para mantenerlo. Tanto es así que la estructura mantiene un proceso autónomo mucho más telúrico o sedimentado que los fenómenos que encontramos en la superestructura, de mayor volatilidad y viveza. La estructura constituye, por así decirlo, su condición de posibilidad, pero nunca en todo caso una necesidad. La superestructura no es una mera expresión *superficial* del núcleo estructural. Ahora bien, esta asimetría temporal no impide que haya causaciones recíprocas entre ellas, aunque Gramsci rechaza encontrar una relación directa entre ambas plenamente transparente.<sup>201</sup>

---

<sup>197</sup> *Ibid.*, p.59.

<sup>198</sup> Gramsci, *Escritos (Antología)*... Op. Cit., p.206.

<sup>199</sup> *Ibid.*, p.203.

<sup>200</sup> *Ibid.*, pp. 202 y ss.

<sup>201</sup> Rendueles “Hacia una teoría de la historia: superestructura, bloque histórico y hegemonía”, en Gramsci, *Escritos (Antología)*... Op. Cit., p.198.



Buena cuenta de ello dio la revolución de octubre de 1917: un hecho histórico clave que para Gramsci que suponía «La revolución contra *El capital*»<sup>202</sup>: la experiencia soviética muestra que la causalidad de la estructura económica no puede ser absoluta con respecto a los cambios sociales y el despliegue histórico. Los países semi-industrializados -tales como Rusia o Italia- no debían pasar, como se había creído entonces, por una determinada fase tecno-económica para alcanzar la revolución obrera. Efectivamente, un país atrasado puede adquirir la última tecnología y redefinir su estructura productiva sin pasar por las fases intermedias por lo que los estados occidentales habían pasado. Consecuentemente, la emancipación o la revolución no son ni el resultado objetivo del avance de las relaciones de producción, ni voluntarismo subjetivo de la clase obrera. De hecho, se trata de la combinación de una voluntad revolucionaria que logra proclamarse como dirigente de otras clases sociales en un contexto estructural que establece su propia condición de posibilidad. La hegemonía es entonces el mecanismo, ese «bloque histórico» como conjunción de estructura y superestructura, por el que esta tarea puede llevarse a cabo.<sup>203</sup>

Por un lado, el paso en Gramsci del análisis concreto y contingente de la Rusia zarista al interés por los estados capitalistas modernos europeos supone un despliegue de la teoría hacia formas más abstractas y generalizadas del mecanismo hegemónico, capaz de ceñirse a las particularidades de un escenario concreto. Esto es, la hegemonía ya no solo refiere al mecanismo por el que se corrigen las *anomalías* históricas de la Rusia zarista, sino que la torna más universalizable, así como adaptable a escenarios contingentes (concretamente dentro del marco del estado europeo). Por otro lado, la atención al «estado integral», permite aumentar la intensidad y complejidad del análisis. Por «estado integral» se refiere principalmente a formas estatales con sofisticadas instituciones civiles, sociales, políticas y económicas en interacción, sectores industriales desarrollados, así como formas de gobierno democráticas,<sup>204</sup> en contraposición al estado feudal casi-absolutista de la Rusia del Zar Nicolás.

De las diferencias radicales entre Occidente y Oriente respecto a sus formas de organización política se desprende el cambio de estrategia que Occidente debe tomar en la lucha proletaria. Gramsci sugiere que la táctica seguida durante la Revolución Rusa

---

<sup>202</sup> Así se tituló un artículo de Gramsci publicado el 24 de Noviembre de 1917 en *Avanti!*, Gramsci, *Escritos (Antología)*... Op. Cit., pp.60-66.

<sup>203</sup> Gramsci, *Escritos (Antología)*... Op. Cit., p.202.

<sup>204</sup> Williams, *Political hegemony*... Op. Cit., p. 98.

(1917) es irreplicable en Occidente. Esto se debe a que, fundamentalmente, en un gobierno absolutista como el zarista «el Estado lo es todo».<sup>205</sup> Así, en su ataque frontal, y dado el carácter principalmente coercitivo y autoritario que toma el poder, una vez superada la primera trinchera, ya no queda nada. En cambio, en las «democracias burguesas» occidentales:

[...] el Estado es una trinchera avanzada de la fortaleza interior de la sociedad civil, la cual puede sobrevivir a los peores temblores del Estado, porque no es “primitiva y gelatinosa” como en Oriente, sino robusta y estructurada.<sup>206</sup>

Esto es:

La preponderancia de la sociedad civil sobre el Estado en Occidente puede ser equilibrada al predominio de la «hegemonía» sobre la «coerción» como la forma fundamental del poder burgués en el capitalismo avanzado. En la medida en que la hegemonía pertenece a la sociedad civil, y la sociedad civil prevalece sobre el Estado, es la ascendencia cultural de la clase dominante la que garantiza esencialmente la estabilidad del orden capitalista.<sup>207</sup>

Si en Occidente es en la sociedad civil donde se concentra la hegemonía y, por tanto, el poder, dado que la forma de gobierno se caracteriza más por el consentimiento, en oposición a la coerción Oriental, por tanto, la fórmula de la «guerra de maniobra» o de «movimiento» es adecuada en Oriente, mientras que en Occidente habrá de pasarse a una «guerra de posición».<sup>208</sup> Es decir, la táctica de toma de poder y uso de la violencia jamás será efectiva por sí misma en Occidente, previamente a esta debe haber un trabajo en la retaguardia, en lo relativo a la disputa por la hegemonía, por un nuevo sentido común en favor del movimiento obrero. Si la burguesía domina en Occidente mediante una combinación de «dominación» (coerción) y «liderazgo moral e intelectual» (consentimiento), siendo esta última la predominante -excepto en momentos excepcionales-, entonces la labor del militante no se debe basar en combatir al Estado mediante las armas, sino en el trabajo de conversión de la clase obrera para desvelar la sumisión mediante la que son sometidos a los engaños capitalistas.<sup>209</sup>

---

<sup>205</sup> Anderson, *Las antinomias...* Op. Cit., p.64.

<sup>206</sup> *Ídem.*

<sup>207</sup> *Ibid.*, p.65.

<sup>208</sup> *Ibid.*, p.137.

<sup>209</sup> *Ibid.*, p.67.

Sin embargo, tal y como ha señalado Perry Anderson en *Las antinomias de Antonio Gramsci* (1978), existe una variación y deslizamiento persistente de lo que el término hegemonía exactamente indica, así como su ubicación. El acierto genial de Gramsci es, en efecto, comprender la complejidad y los entresijos de poder en el conjunto de las sociedades occidentales y, consecuentemente, la comprensión que el consentimiento juega en la vida política de las democracias burguesas. Lo que todavía no ha sido establecido es desde que instituciones o desde que lugares de poder se ejerce efectivamente la hegemonía. Esto es: ¿Es la hegemonía un combinación de coerción (Estado) y consentimiento (sociedad civil)? O, por el contrario ¿refiere tan solo a formas de consentimiento? El «Estado integral» supone efectivamente la combinación de sociedad civil y sociedad política en conjunción con la economía. La cuestión que toca dirimir es la naturaleza de la integración de los diversos componentes y su localización dentro del aparato hegemónico. Para la comprensión del «Estado integral» Perry Anderson dibuja tres posibles variantes de combinaciones entre sociedad civil y sociedad política, entre coerción y consentimiento, entre dominación y hegemonía... presentes en los *Cuadernos de la cárcel* (1929-1935):

1) En la primera versión de esta problemática, Gramsci contrapone la hegemonía a la dimensión de la «sociedad política» o Estado, siendo la primera la dirección de la «sociedad civil» y la segunda la dominación o coacción del Estado. La hegemonía es pues el lugar desde el que se ejerce la influencia sobre el resto de la nación, es decir, desde las instituciones civiles como la Iglesia, la prensa, los sindicatos o las escuelas. La contraparte es un Estado que mediante su aparato coercitivo empujan a las masas a ceñirse y adaptarse al modo de producción imperante.<sup>210</sup> Esto es: Hegemonía = sociedad civil = consentimiento

2) En su segunda aproximación ahora Gramsci entiende que la hegemonía ya no se opone al Estado o «sociedad política», sino que la hegemonía es, en sí misma, una síntesis o combinación tanto de aparatos de coerción como de tácticas de consentimiento.<sup>211</sup> Consecuentemente, la hegemonía se encuentra repartida tanto en la «sociedad civil» como en la «sociedad política». El Estado deviene entonces, otro aparato de hegemonía, teniendo a su vez también el «monopolio de la violencia» en la famosa definición

---

<sup>210</sup> *Ibid.*, p.60.

<sup>211</sup> *Ibid.*, p.61.

webberiana. En este caso, Hegemonía = sociedad civil y Estado = consentimiento y coerción

3) En esta última versión, la distinción entre «sociedad civil» y «sociedad política» es difuminada al situar la hegemonía en el seno del propio Estado, es decir, ya no enmarcada por completo en «la sociedad civil», siendo así que emerge otra distinción entre: una «hegemonía civil» y una «hegemonía política» ambos en la esfera de influencia del Estado. Gramsci formulará de manera célebre: «El Estado es dictadura + hegemonía».<sup>212</sup> Este tercer marco será ampliamente desarrollada por la izquierda occidental, siendo Louis Althusser uno de sus representantes clave en su investigación sobre los aparatos ideológicos del Estado.<sup>213</sup> Hegemonía = Estado

Por el momento dejaremos esta cuestión del pensamiento gramsciano para más adelante, y es que como desarrollaremos posteriormente, Williams cree que en su formulación de hegemonía ha encontrado una solución para comprender en esta tres variantes del mecanismo de hegemonía gramsciano.

#### 4.3 Después de Gramsci: «entre el voluntarismo y el economicismo»<sup>214</sup>

En todo caso, el análisis de Gramsci y su desarrollo del concepto de hegemonía puede situarse en un abandono de la concepción hobbesiana del poder como una práctica trascendente, jerarquizada y unilateral amparada en las legislaciones jurídicas del estado. En la ontología social de Gramsci el poder se trata de una fuerza immanente que se encuentra dispersa en lo social a través de sus diversas relaciones y prácticas sociales. Aunque el poder se encuentre entretejido en esta red de relaciones, ello no implica que se encuentre repartido por igual en lo social. Existen «centros de poder», puntos nodales de concentración.<sup>215</sup> El esquema resultante no se parece tanto a una pirámide en la que se ejerce el poder despóticamente desde la cúspide, sino que más bien se trata de una red en la que los diversos centros de poder poseen áreas de influencia y control sobre otros puntos, así como delinean y dan preferencia a ciertas configuraciones o dinámicas

---

<sup>212</sup> *Ibid.*, pp.61-62.

<sup>213</sup> Véase: Louis Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos de Estado* (Buenos Aires, Nueva visión, 1974).

<sup>214</sup> Nos saltamos la explicación de la hegemonía en Laclau y Mouffe dado que esta ya ha sido expuesta en el apartado tercero. En este apartado nos centraremos en ciertas críticas y comentarios de su recepción de Gramsci.

<sup>215</sup> Williams, *Political hegemony...* Op. Cit., p.92.

mientras que dificultan otras. De aquí se deriva la definición gramsciana de hegemonía que nos propone Williams, amparada en las ciencias de la complejidad:

[...] es concebida como el resultado de una interacción de las diversas fuerzas en un sistema social, un punto de equilibrio entre las diferentes fuerzas que gobiernan las relaciones entre los elementos. [...] La hegemonía es un equilibrio inestable.<sup>216</sup>

En su lectura de Gramsci, Laclau y Mouffe argumentarán que, a pesar de sus críticas, Gramsci sigue siendo un leninista: da primacía a la clase obrera, la sitúa como centro de la lucha hegemónica. Esto sostendría, según los autores, la necesaria conexión entre economía y política, siendo la primera la causa de la segunda, es decir, Gramsci seguiría anclado en «el último reducto del esencialismo: la economía».<sup>217</sup> En Gramsci, las condiciones de producción determinarían *a priori* el sujeto privilegiado (la clase obrera) como aglutinador de un proyecto hegemónico, así la hegemonía debe trabajar con las tendencias que emergen desde la esfera de producción. Laclau y Mouffe criticarán este economicismo o esencialismo de clase de manera acertada. Establecen tres condiciones para el economicismo que están presentes en la tradición marxista, todas ellas erróneas: 1) la autonomía de la economía y su carácter endogámico, 2) la unidad de los agentes colectivos emerge a través de dichas tendencias económicas, es decir, la creciente pauperización y homogeneización de la clase obrera y, en consecuencia, 3) esta unidad dependería en última instancia del interés común compartido, un interés objetivo derivado del lugar que ocupan los sujetos en la estructura económica.<sup>218</sup> Para Laclau y Mouffe, contrariamente, la lucha hegemónica es una articulación de intereses para constituir una unidad no necesaria, contingente, exógena respecto de la economía. Como ya sabemos, ni los intereses ni la unidad es previa al momento de articulación. Es la propia articulación la que consigue entretejerlos.

No obstante, la lectura de Williams no suscribe el economicismo gramsciano, sino que afirma que a pesar de existir esta primacía de la clase obrera en Gramsci, esto no supone afirmar un economicismo de base en su análisis del poder y la hegemonía. Es decir, podríamos entender este economicismo como una adscripción a tesis ya establecidas de la tradición marxista como el «sujeto de la historia» que tendrían que ver más con

---

<sup>216</sup> *Ídem.*

<sup>217</sup> Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista.*, Op. Cit., p.112.

<sup>218</sup> *Ibid*, p.114.

cuestiones sociológicas<sup>219</sup> o contextuales (del análisis concreto de la Italia de los años 30), que no de una derivación necesaria de su pensamiento.<sup>220</sup> Para Williams, a pesar de que Gramsci dote de un carácter privilegiado a la clase obrera, no existiría un último reducto de economicismo dado que en su concepción de la relación economía-política, no existe una influencia unilateral de la primera sobre la última. Según Williams, el concepto de «bloque histórico» vendría a complejizar precisamente la relación entre la estructura (economía) y la superestructura (social/político).<sup>221</sup> Como dice Gramsci, «estructura y superestructura forman un bloque histórico».<sup>222</sup> Lo que en cierta manera socava cualquier asignación de prioridad a la clase obrera sobre otros grupos sociales. Desde esta perspectiva, el bloque histórico suspende la categorización de lo superestructural como un epifenómeno de lo estructural, ocupando un rol meramente expresivo o un efecto de las condiciones económicas. Sin posibilidad de constituirse, por tanto, en una fuerza causal. La noción de «bloque histórico» sugeriría justo lo contrario: ni estructura ni superestructura puede erigirse como causa determinante última. Más bien, existe una relación de reciprocidad causal entre ambas. Cada una es autónoma y tiene sus propias lógicas endógenas, pero eso no impide que a su vez formen relaciones de imbricación y correlación entre ellas. En definitiva, para Williams, no se puede afirmar que en Gramsci la política sea un «epifenómeno» respecto del «noumeno» de la economía,<sup>223</sup> rechaza por tanto las lecturas de Gramsci como *culturalista*.

El paso que darán Laclau y Mouffe después de Gramsci es afirmar la autonomía de lo político más allá de cualquier determinación de la economía. El economicismo, sería para los autores, el último reducto esencialista del que todo proyecto hegemónico debe librarse.<sup>224</sup> Lo que necesariamente desplaza el ámbito de la formación de subjetividades políticas al área del discurso y las relaciones de equivalencia y negatividad. El posmarxismo, como reformulación de la hegemonía, es la consecuencia de este gesto

---

<sup>219</sup> Al fin y al cabo, son los acontecimientos de mayo del 68 y la década posterior la que acabarán de desplazar a la clase obrera como sujeto privilegiado en la lucha política. Véase: Alain Badiou, *The communist hypothesis* (Londres: Verso, 2010).

<sup>220</sup> Aunque Laclau y Mouffe no asignan ningún rol privilegiado *a priori* a la clase obrera, se podría argumentar que eso no significa que en un determinado contexto pueda ser efectivamente una identidad dirigente *a posteriori*. Es decir, que en la contingencia histórica la clase obrera fuera determinante y dominante en un cierto enclave.

<sup>221</sup> *Ibid.*, p.103.

<sup>222</sup> Gramsci, *Escritos (Antología)*... Op. Cit., p.202.

<sup>223</sup> Williams, *Political hegemony*... Op. Cit., p.117.

<sup>224</sup> Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista.*, Op. Cit., p.114.

anclado en la esfera discursiva/simbólica. En este sentido, Williams ve aquí también una problemática, puesto que esta decisión de eliminar toda imbricación entre economía y política no haría sino socavar cualquier forma coherente de materialismo histórico. Esta es, de hecho, una postura que Laclau y Mouffe sostuvieron a finales de los años setenta,<sup>225</sup> antes del célebre *Hegemonía y estrategia socialista* (1985) y que Williams pretende retomar para su análisis.

Precisamente, el corte radical con la economía es para ciertos postobreristas la principal problemática de las experiencias populistas en las últimas décadas. Tras las experiencias de estos en los gobiernos de América Latina, Diego Sztulwark en su reciente libro *La ofensiva sensible* (2019) nos ofrece un detallado análisis de las *micropolíticas* que preceden al momento de la articulación política, es decir, en la potencia colonizadora del neoliberalismo a través de las formas de vida, de los hábitos colectivos e individuales que operan sobre la construcción de nuestro mundo y nos subjetivan como «empresarios de nosotros mismos». Para Gómez Villar esta empresarialización de la vida es: «un procés de subjectivació d'acord amb el mercat, configura un individu governable en el sentit de l'economia del *laissez-faire*».<sup>226</sup> Esto es lo que permitiría al neoliberalismo ganar las elecciones sin necesidad de entrar en el gobierno. De ahí, la incompreensión de Sztulwark de porqué el populismo busca ocupar el poder del estado si, en la práctica, la hegemonía neoliberal sobrepasa la capacidad de agencia de cualquiera institución estatal. De esta manera, el populismo es eficaz a la hora de captar el momento constructivo de la representación política, pero, como dice Gómez Villar:

[...] su excesiva confianza en la instancia de la articulación simbólica como horizonte de constitución de lo subjetivo y de lo político, junto con un escaso interés por sus determinaciones materiales, le han restado capacidad para pensar la persistencia e influencia de las micropolíticas neoliberales, que no necesitan controlar el estado para crear mundos de vida.<sup>227</sup>

La crítica de Sztulwark y Gómez Villar se dirige al hecho de que en los planteamientos teóricos de Laclau y Mouffe no hay apenas menciones o análisis a la forma estructural en la que efectivamente se reproduce la hegemonía neoliberal, como si las estructuras no

---

<sup>225</sup> Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista* (1977) (Madrid: Siglo XXI, 2015); Chantal Mouffe, *Hegemony and ideology in Gramsci* (Londrés: Routledge, 2013).

<sup>226</sup> Antonio Gómez Villar, *Ernesto Laclau i Chantal Mouffe: Populisme i hegemonia*, (Barcelona: Gedisa, 2018), p.115.

<sup>227</sup> Sztulwark, *La ofensiva sensible...* Op.cit., p.32

crearan hábitos, formas de vida e imaginarios. En este sentido, la concepción posmarxista de la hegemonía en términos meramente discursivos obvia que el neoliberalismo se trata tanto de un orden económico como de una *pedagogía severa*.<sup>228</sup> Sztulwark recupera el análisis foucaultiano del neoliberalismo como una forma de gobernabilidad por el que el poder dejar de ser una relación jerárquica unívoca y pasa a entrometerse y operar en todos los intersticios de la trama social. La nueva racionalidad neoliberal pasa por la reorganización de las relaciones sociales bajo la forma del mercado o la *subsunción real de la vida bajo el capital*.<sup>229</sup> Los comentarios de Sztulwark van dirigidos entonces a la falacia de considerar que el poder se encuentra de manera transparente en los órganos ejecutivos y legislativos de la nación, desechando entonces toda forma de análisis del potencial político de la subjetividad y las nuevas formas de soberanía en los que se enmarca el estado nación.<sup>230</sup> El populismo al querer recuperar el poder soberano del estado nación se encuentra en una paradoja: «professar la ideologia de la conquista del poder de comandament que es troba en descomposició i esperar així recompondre'l, mentre s'ignora la base material de la mutació de la sobirania».<sup>231</sup>

De ahí, argumenta Sztulwark, el fracaso del populismo de izquierda para constituirse como alternativa al gobierno neoliberal. Sus políticas de *inclusión por consumo* de las poblaciones populares, aunque si bien necesarias y un hecho de justicia social, no pueden ser el fin *último* del populismo, si acaso deben ser su premisa a partir de la cual formar nuevas subjetividades políticas que no estén orientadas hacia y desde el mercado. Debe tomarse en cuenta que «la ley del valor es el principal poder subjetivador»<sup>232</sup> y que se necesita volver a politizar la economía, es decir, debe buscarse:

una nueva comprensión de la hegemonía [...] que, sin limitarse a las prácticas discursivas reconozca el protagonismo de las luchas biopolíticas [...] A diferencia del planteo de Laclau, las luchas en torno a la reproducción, a las formas de reapropiación de las tecnologías para que no queden del lado de la soberanía y de la acumulación, a la defensa del *welfare*, a la resistencia frente al racismo, el sexismo, el clasismo, en suma, las luchas en torno a la invención de la infraestructura y de los derechos necesarios para disfrutar de los común, deberán ocupar la centralidad de los procesos de producción hegemónica.<sup>233</sup>

---

<sup>228</sup> *Ibid.*, p.47.

<sup>229</sup> Negri, *La fábrica de porcelana...* Op. Cit., pp. 26-28.

<sup>230</sup> Gómez Villar, *Ernesto Laclau i Chantal Mouffe...* Op.cit., p.111.

<sup>231</sup> *Ibid.*, p.112.

<sup>232</sup> Sztulwark, *La ofensiva sensible...* Op.cit., p. 40.

<sup>233</sup> *Ibid.*, p.53-54.



El reto que propone Sztulwark ya debería sernos familiar a estas alturas. Si su crítica de la hegemonía posmarxista va principalmente dirigida a la incapacidad de esta de influir en los procesos materiales por lo que se alteran sistemas y a la micropolítica por la que se forjan subjetividades contrarias al neoliberalismo, entonces debe buscarse esta «nueva comprensión de la hegemonía» que sea capaz de expandir la lógica articuladora postmarxista a ámbitos extra-discursivos y que atienda tanto a lo micropolítico como a lo macropolítico. Esta forma hegemónica debería ser considerada entonces como operativa en una escala *mesopolítica*. Según Hester:

aquello que opera entre las intervenciones dispersas y extremadamente locales que se realizan sobre el nivel de, por ejemplo, el cuerpo individual (lo micropolítico), y los proyectos especulativos a gran escala que aspiran a un derrocamiento total del poder en el nivel estatal o por encima de este (lo macropolítico).<sup>234</sup>

Consecuentemente, nos encontramos de nuevo con la aporía que ya habíamos visitado en el capítulo 3 cuando afirmamos que el *tecnopopulismo* se encuentra en la encrucijada entre el análisis postobrerista de las tendencias del capital y la lógica articuladora posmarxista. La solución que propone Alex Williams a esta aparente aporía por la que se constituye un pensamiento materialista sin referencias a realidades materiales, es retornar a una lectura de Gramsci como pensador «multicausal» del poder y la hegemonía. Consecuentemente el intento de Williams es el de derivar una concepción de hegemonía en la que «[...] economía y política como [esferas] casi-autónomas, mutuamente imbricadas, dominios recíprocamente interrelacionados operando bajo lógicas localizadas, pero en el que el desarrollo de cada una tiene efectos en el otro dominio».<sup>235</sup>

Las dos temporalidades de Gramsci en la estructura y la superestructura, cuya conjunción denomina «correlación de fuerzas»,<sup>236</sup> son entonces claves en el concepto de hegemonía de Williams. Mientras que el marxismo clásico se había esforzado en comprender la estructura que determina la superestructura perdiendo así la capacidad de análisis concreto y contingente de la realidad política, el posmarxismo de Laclau y Mouffe se había centrado en aquellos elementos superestructurales que componen una realidad política que quizás es demasiado volátil como para generar cambios a largo plazo. La comprensión hegemónica de Williams a través de Gramsci pretende aunar y abarcar

---

<sup>234</sup> Hester, *Xenofeminismo...* Op. Cit., p.112.

<sup>235</sup> Williams, *Political hegemony...* Op. Cit., p.118.

<sup>236</sup> Gramsci, *Escritos (Antología)*... Op. Cit., p.209.

ambas escalas de acción política desde distintos estratos temporales, comprendiendo que la estructura tiene una temporalidad y una lógica propia que se encuentra en reciprocidad con la lógica (también relativamente autónoma) de una temporalidad superestructural más inmediata. Como sugiere el propio Gramsci:

El error en que a menudo se cae en los análisis histórico-políticos consiste en no saber hallar una relación justa entre lo que es orgánico y lo que es ocasional: así se llega a exponer como inmediatamente activas causas que lo son, en cambio, mediatamente, o a afirmar que las causas inmediatas son las causas eficientes únicas; en el primer caso se tiene el exceso de «economicismo» o de doctrinarismo pedante; en el otro, el exceso de «ideologismo»; en un caso se sobrestiman las causas mecánicas, en el otro se exalta el elemento individualista e individual.<sup>237</sup>

Esta concepción de mutua reciprocidad y relativa autonomía entre estructura y superestructura o entre economía y política, no hace sino dejar patente que cuando Laclau y Mouffe establecen la autonomía de lo político, no están sino dándole a la política un carácter privilegiado que, quizás, en su intento de acabar con el esencialismo y el determinismo económico presentes en Gramsci, vuelva a alojarnos en la problemática de un cierto determinismo y esencialismo pero en el terreno de lo «político», que sigue sin atrapar la completa complejidad causal que existe entre la estructura y la superestructura. Williams nos señala esta problemática:

Laclau and Mouffe's work was the correct move in terms of abstracting and generalising hegemony, a move made necessary by the emergence of more variegated forms of left politics than those centred on class conflict. Yet the shift towards a social ontology of discourse, operating on language-like relations of difference and equivalence becomes increasingly incoherent the further the object of analysis moves from ideology towards the material, the scientific, the technological, or the infrastructural. As such, we ultimately conclude that the discursive turn in hegemony theory is one which failed to preserve the full complexity of the social.<sup>238</sup>

En lo que sigue trataremos de desarrollar la concepción hegemónica que traza Williams para el proyecto aceleracionista o *tecnopopulista*. Esta, como veremos, retoma las *antinomias* de pensamiento de Gramsci para reformularla y así poder superar la concepción hegemónica del posmarxismo sin abandonar el análisis material del postobrerismo.

---

<sup>237</sup> *Ibid.*, p.205.

<sup>238</sup> Williams, *Political hegemony...* Op. Cit., pp. 8-9

### **4.3 Post-hegemonía. Teoría de la hegemonía «compleja»**

En los puntos anteriores hemos establecido que el surgimiento y desarrollo del concepto de hegemonía se ha mostrado históricamente imbricado en el marxismo con la aparición de fenómenos cuya complejidad escapaban a la capacidad de este de reducirlos a una sola lógica o fenómeno originario. Por consiguiente, hemos elaborado una genealogía del concepto de hegemonía como una herramienta explicativa de la creciente complejidad social, política, económica, etc., que el marxismo pretendía abarcar. Sin embargo, todavía no hemos establecido que hace que un sistema (sea este social, político, físico o biológico) sea complejo, ni tampoco en que consiste exactamente o que podemos definir como complejidad y su posible aplicación al terreno de la filosofía política o las ciencias sociales.

#### 4.3.1 Las teorías de la complejidad y su productividad democrática

Las ciencias de la complejidad investigan las propiedades de un sistema de cosas en su causalidad entretrejida, en vez de analizar cada una por si misma. Se tratan de un ámbito significativamente interdisciplinar, que responde a la propia confluencia de disciplinas en su seno: cibernética, química no-lineal, análisis de redes, teorías del caos, matemáticas de sistemas dinámicos, etc.<sup>239</sup> Precisamente por ello, cabría señalar la imposibilidad de hablar de una teoría de la complejidad unitaria, más bien deberíamos afrontar una pluralidad de ciencias de la complejidad.<sup>240</sup> Aunque no hay modelo asentado sobre las ciencias de la complejidad sí que podemos saber en que no consisten. El paradigma de las ciencias de la complejidad se opone principalmente al sistema newtoniano del mundo físico, o el reduccionismo científico clásico, el cual podía ser comprendido a partir del choque y la interacción causal entre partículas, los componentes más pequeños de un sistema. Así, todo sistema era comprendido como la mera suma de las interacciones que sea dan entre estas, siendo este proceso reversible, es decir, reconstructible en una cadena causal que nos permitiría hallar el estadio inicial de un sistema derivando las causas inversas desde su forma actual. En otras palabras, en el paradigma newtoniano el tiempo

---

<sup>239</sup> *Ibid.*, p.15.

<sup>240</sup> *Ibid.*, p.16.

por el que todo sistema cambia, es considerado como un factor fijo y neutro, que no tiene capacidad de transformar o alterar el mundo físico.<sup>241</sup>

Contrariamente, el modelo explicativo de las ciencias complejas busca entender los cambios o transformaciones de los sistemas desde una visión más holista, no reducible únicamente del comportamiento de los componentes de un sistema, en cierta manera, se pregunta por el comportamiento del propio sistema. Así, el comportamiento de un sistema no puede reducirse únicamente a sus componentes más simples, sino que de hecho, la interacción en el sistema genera propiedades y procesos emergentes que no pueden ser reversibles causalmente. En otras palabras: el tiempo puede transformar un sistema. Según Williams, para que un sistema sea complejo debe cumplir principalmente tres principios: 1) estructura: consiste en un número de elementos interactivos que son relativamente autónomos; 2) tiempo: un sistema complejo es irreversible en el tiempo; 3) dinámicas: los elementos del sistema tienen relaciones causales entre ellos con *feedbacks* sobre los otros, generando comportamientos no-lineales.<sup>242</sup> En definitiva, un sistema es complejo «cuando no se puede describir completamente el número de sus elementos, su pluralidad, entrelazamientos e interdependencias».<sup>243</sup>

La aportación de las ciencias de la complejidad a la teoría política contemporánea proviene precisamente de pensar las estructuras y fenómenos sociales desde una contingencia, inabarcabilidad e incertidumbre que son más cercanas al ámbito de la biología que al de la física, es decir, más cercanas a la relación e intercambio de las partes de un conjunto y su misma interacción con el entorno, que a las leyes causales y deterministas de la física:

El mundo no es un sistema perfectamente ordenado y reducible a ecuaciones matemáticas sino más bien orgánico y algorítmico, es más una entidad viva que mecánica, de manera que las ciencias sociales están más cerca del ámbito biológico que del físico.<sup>244</sup>

Para Daniel Innerarity nuestro arsenal de conceptos teóricos en filosofía política provienen, precisamente, de este paradigma científico newtoniano en el que la naturaleza

---

<sup>241</sup> *Ibid.*, p.17-18.

<sup>242</sup> *Ibid.*, p.19.

<sup>243</sup> Daniel Innerarity, *Una teoría de la democracia compleja. Gobernar en el siglo XXI* (Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2020), p.65.

<sup>244</sup> *Ibid.*, p.66.

es comprendida únicamente mediante fenómenos físicos: procesos causales y leyes universales. De ahí, señala, que la ciencia y la democracia moderna se concibieran como empresas íntimamente relacionadas: el mundo calculado por Newton o Laplace era el mismo cuyo gobierno formularon Rousseau, Marx o Adam Smith.<sup>245</sup> Así, que mientras que el paradigma científico del siglo XIX ha sido dejado atrás, no ha sucedido lo mismo con su vocabulario político. Sin embargo, ya no vivimos en la realidad relativamente homogénea y autárquica de los Estados-nación del siglo XIX, y debemos enfrentar un paradigma post-newtoniano (y post-westfaliano): en el que la acción no se rige en contextos de simplicidad, sino de «interdependencia, inabarcabilidad y complejidad»:<sup>246</sup>

Las ideas de legitimidad, soberanía, representación o autoridad respondían a esta simplicidad donde había espacio para la interdependencia, inabarcabilidad y aceleración que caracteriza a nuestras actuales democracias.<sup>247</sup>

Pero a su vez, la complejidad tiene, según Innerarity, un fuerte potencial democrático: podemos comprender la complejidad no solo como una manera de abarcar la diversidad problemática y multiestratificada de nuestra realidad democrática, sino que también la democracia es en sí misma un agente que complejiza la sociedad en cuanto que favorece y posibilita que el pluralismo y los antagonismos surjan en su seno. La apertura democrática con la que Derrida se ha referido a esta,<sup>248</sup> o la comprensión de Claude Lefort de la democracia como un lugar «vacío de poder»,<sup>249</sup> no hacen sino referirse a la realidad plural que emerge en las sociedades democráticas una vez estas ya no se sustentan sobre un fundamento último o poder trascendente. Es decir, cuando la realidad se complejiza mediante su separación de un fundamento último explicativo. Desde este punto de vista, la complejidad es una exigencia democratizadora en cuanto que buscar ampliar y problematizar ámbitos de la vida que faltaban por politizar, lo que Roberto Expósito denomina «lo impolítico».<sup>250</sup> En consecuencia, la atención a los nuevos movimientos sociales que suscitaron el pensamiento de Laclau y Mouffe, puede ser leído (otra vez) como una lógica complejizadora propia de la apertura democrática. A este

---

<sup>245</sup> *Ibid.*, p.14.

<sup>246</sup> *Ibid.*, p.78.

<sup>247</sup> *Ibid.*, p.14.

<sup>248</sup> Laura Llevadot, *Jacques Derrida: Democràcia i soberania* (Barcelona: Gedisa, 2018), p.66.

<sup>249</sup> Mouffe, *El retorno de lo político...* Op. Cit., p.30.

<sup>250</sup> Roberto Expósito, *Categorías de lo impolítico* (Madrid: Katz editores, 2006).

respecto no debemos entender la complejidad en un sentido peyorativo, sino como un potencial democratizador, como una exigencia de «justicia infinita».<sup>251</sup>

Una vez visitada la cuestión de la complementariedad entre democracia y complejidad, examinaremos la noción de hegemonía «compleja» que elabora Williams. Existen tres razones (al que nosotros añadimos dos) por las que nos puede resultar útil esta apuesta de combinar la teoría de la complejidad con la tradición del pensamiento hegemónico:<sup>252</sup>

1) La primera es que, tal y como hemos podido observar en la genealogía del concepto de hegemonía, la complejidad está en el centro de las distintas y sucesivas formulaciones que el concepto de hegemonía ha abrazado para superar y abarcar una realidad social que respondía cada vez más a dinámicas fuera del alcance de las estructuras clásicas.

2) La segunda, es que ciertamente, existe una cierta similitud entre la teoría de la complejidad, y el postestructuralismo de la teoría hegemónica de Laclau y Mouffe. De ahí que compartan nociones claves como: contingencia, emergencia, inmanencia, estratificación... Como señala Paul Cilliers en *Complexity and Postmodernism* (1998), las corrientes posmodernas comparten una sensibilidad especial por los fenómenos complejos no reducibles a principios esenciales, afirmando la imposibilidad de agarrar esta complejidad desde una única lógica.<sup>253</sup> El objetivo de Williams a este respecto es el de sustituir el misticismo, el vacío, la irreductible contingencia de lo social o lo «real» de las diferentes corrientes postestructuralistas por conceptos positivos-científicos propios de la teoría de la complejidad:<sup>254</sup> [...] to locate in complexity theory not a re-enchantment of the world, but rather a continuation of scientific and social auto-critique».<sup>255</sup> La complejidad se mueve entre el neopositivismo y el misticismo, y se contempla como un

---

<sup>251</sup> Jacques Derrida, *Fuerza del ley: "el fundamento místico de la autoridad"* (Madrid: Tecnos, 2002), p.143.

<sup>252</sup> Williams, *Political hegemony...* Op. Cit., p.135 y ss.

<sup>253</sup> «A number of theoretical approaches, loosely (or even incorrectly) bundled together under the term 'postmodern' (e.g. those of Derrida and Lyotard), have an implicit sensitivity for the complexity of the phenomena they deal with. Instead of trying to analyse complex phenomena in terms of single or essential principles, these approaches acknowledge that it is not possible to tell a single and exclusive story about something that is really complex». Williams, pp.33-34.

<sup>254</sup> *Ibid.*, p.234.

<sup>255</sup> *Ibid.*, p.16.

momento en la tradición de desencantamiento científico.<sup>256</sup> Un movimiento que le acerca a posicionamientos de una ontología *compleja* como la de Gilles Deleuze.<sup>257</sup>

3) La tercera, resulta de los propios defectos que las conceptualizaciones posteriores han acarreado en su comprensión hegemónica: la teoría de Gramsci se circunscribe al Estado integral, mientras que la de Laclau y Mouffe, pese a que avanzaba al generalizar la lógica política y articuladora de la hegemonía, esta solo se da en el ámbito del discurso, siendo está comprendida únicamente desde una lógica omnicomprensiva que sustenta todas las estratificaciones hegemónicas y por tanto, para Williams, esta perspectiva desatendería la complejidad de lo que podríamos decir que constituye un «bloques histórico»: la conjunción de una estructura y superestructura determinada en un momento histórico, en otras palabras, la realidad social. La hegemonía compleja es, en última instancia, un paso lógico en tanto que sería compatible con otras teorías y resolvería ciertos problemas de las anteriores.<sup>258</sup>

4) Siguiendo a Innerarity podríamos añadir un cuarto motivo, y es que la lógica de la complejidad es garante de democracia y la democracia es en sí misma una exigencia de complejidad. La democracia multiplica los intereses, actores, instituciones, debates... equilibrando el reparto de poder e impidiendo la unilateralidad. Esto es, la democracia es la mejor forma de gobierno para gestionar la complejidad del pluralismo.<sup>259</sup> Desde esta perspectiva, el proyecto de democracia radical que, pese a todas las críticas al posmarxismo sigue compartiendo Williams, debe tener emparejada una concepción de una democracia compleja, es decir, una concepción democrática que no entroniza uno de sus procesos característicos (la voluntad del pueblo, el saber de los expertos o la estabilidad legal), sino que «trata de equilibrar valores, dimensiones y procedimientos diversos».<sup>260</sup> Es decir, afronta el carácter multiestratificado de la realidad social democrática y da rienda suelta a su propia expresión plural de los proyectos hegemónicos que se encuentra en competencia.

---

<sup>256</sup> *Ibid.*, p.34.

<sup>257</sup> Nick Srnicek, *Assemblage Theory, Complexity and Contentious Politics. The Political Ontology of Gilles Deleuze*. Disponibles en: [https://issuu.com/gfbertini/docs/assemblage\\_theory\\_complexity\\_and\\_contentious\\_poli](https://issuu.com/gfbertini/docs/assemblage_theory_complexity_and_contentious_poli)

<sup>258</sup> *Ibid.*, 135.

<sup>259</sup> *Ibid.*, p.95-97.

<sup>260</sup> Innerarity, *Una teoría de la democracia compleja...* Op, Cit., p. 41.

5) Un quinto motivo nos lo han ofrecido Srnicek y Williams en su análisis de las *folk politics*. Bajo su punto de vista, las *folk politics* también son resultado de una carencia epistemológica: algunas de las prácticas y estrategias típicas de la izquierda corresponden al análisis de la sociedad industrial del siglo XIX en el que la preminencia de la clase obrera era una manera poderosa de entender el antagonismo que surgía en aquel momento histórico.<sup>261</sup> Sin embargo, en la actualidad las *folk politics* y su deseo de reducir a una escala humana los problemas que surgen de un sistema inherentemente a-subjetivo fallan al intentar reducir la complejidad del sistema capitalista y, consiguientemente, yerran en su actividad política.<sup>262</sup> En otras palabras, las *folk politics* pueden ser interpretadas como acciones políticas carentes del enfoque epistemológico necesario para afrontar la complejidad de las sociedades contemporáneas. Siendo entonces este marco epistemológico clave en la abordabilidad de proyectos contrahegemónicos emancipadores. Como señalan Srnicek y Williams:

If complexity presently outstrips humanity's capacities to think and control, there are two options: one is to reduce complexity down to a human scale; the other is to expand humanity's capacities. We endorse the latter position. Any postcapitalist project will necessarily require the creation of new cognitive maps, political narratives, technological interfaces, economic models, and mechanisms of collective control to be able to marshal complex phenomena for the betterment of humanity.<sup>263</sup>

#### 4.3.2 Teoría de la hegemonía «compleja»

La hegemonía compleja o post-hegemonía de Williams recoge las teorías hegemónicas continentales y, mediante su adaptación a las ciencias de la complejidad (termodinámica, química no-lineal, cibernética, dinámica de sistemas), expande su funcionamiento a diversas estratificaciones sociales y estructurales (economía, estado, infraestructura tecnológica, articulación del discurso, afecto...). Cada una de dichas capas no responden a una sola lógica unitaria sino que obedecen a lógicas relativamente autónomas y formas propias de autoorganización, siendo entonces que las distintas estratificaciones pueden alterar las partes del conjunto, modificando en su proceso el propio conjunto, esto es: las partes, las interacciones, su relación con el entorno... Esta concepción «realista» y multiestratificada de la hegemonía se opone precisamente a la noción hegemónica posmarxista por la que una sola lógica (relaciones de diferencia y equivalencia en el

---

<sup>261</sup> Srnicek y Williams, *Inventing the future...* Op.cit, p.14.

<sup>262</sup> *Ibid.*, p.15.

<sup>263</sup> *Ibid.*, p.16.



lenguaje) pretendía modelar toda la realidad social. De esta manera, captaban los significados y el sentido que transitaban en lo social, pero eran incapaces de comprender las particularidades y las lógicas endógenas de las diferentes regiones hegemónicas. En otras palabras, para Williams dominar el sentido de los fenómenos no es equivalente a transformarlos.<sup>264</sup> Obviamente, también se opone a concepciones puramente economicistas, por las que la economía es la causa determinante última de otros fenómenos como el estado, la política o la cultura.

La apuesta post-hegemónica de Williams es entonces la de conjugar su lectura particular del carácter multiestratificado de la hegemonía gramsciana con la ontología contingente del posmarxismo, siendo esta sustituida por un arsenal de conceptos de las ciencias de la complejidad. Para ello, es significativo el uso que Williams hace de la sociología de la ciencia y la tecnología desde una perspectiva constructivista, así como de un enfoque emergentista de las relaciones y estructuras sociales, tomado del *realismo crítico* de Dave Elder-Vass.<sup>265</sup> Desde aquí, la hegemonía se concibe como un proceso causal emergente capaz de rediseñar sistemas y procesos materiales.<sup>266</sup>

Podemos dividir en cuatro los mecanismos clave de la teoría hegemónica que nos facilitan las ciencias de la complejidad y por las que se desarrollan sus principales características:<sup>267</sup>

1) Hegemonía como una propiedad emergente: El poder hegemónico es una propiedad o la dinámica resultante que emerge de la interacción de las múltiples partes y componentes de un sistema sociopolítico por un periodo de tiempo. No se reduce entonces a la mera suma de las partes, sino que toma en consideración las relaciones que se establecen entre los distintos elementos del todo. Por tanto, es más que la suma de sus partes ya que posee una dinámica propia en la propia interacción de las partes y, además, posee una cierta autonomía respecto a los elementos que la han hecho emerger.<sup>268</sup>

---

<sup>264</sup> El ejemplo que nos pone Williams es el de la finanzas: la financiarización de la economía tiene efectos y lógicas estructurales que van más allá del discurso, y un sentido dado a tal fenómeno, no es suficiente para revertir este proceso. *Ibid.*, p.171.

<sup>265</sup> *Ibid.*, cap. 3.

<sup>266</sup> *Ibid.*, p. 127-135.

<sup>267</sup> Williams, *Political hegemony...* Op. Cit., p.138.

<sup>268</sup> *Ibid.*, p.138.

Por un lado, se trata de una emergencia *débil* dado que puede ser rastreada en las acciones de individuos, colectivos humanos y entidades no-humanas.<sup>269</sup> Por otro lado, esta autonomía relativa viene a significar que la hegemonía es un tipo de fenómeno sociopolítico cuyo resultado puede trazarse como un punto medio entre procesos políticos puramente voluntaristas, y determinaciones estructurales absolutas.<sup>270</sup> La hegemonía entonces, emerge de la intersección entre agencia y estructura, una concepción que ya se encontraba presente en Gramsci: «hegemony as emergence [...] as a conscious process of trying to conserve or transform social structures or relations, within very specific limitations».<sup>271</sup> De la misma manera que Gramsci buscaba el término medio entre voluntarismo y mecanicismo, Williams busca la equidistancia entre el tecnoutopismo mecanicista y el voluntarismo del populismo:

At a macro level, (say the scale of society-as-a-whole) hegemony emerges as a result of the interactions of different homogeneous components parts coming together in a particular configuration, which include the intentional political actions of human beings, as well as a variety of non-human factors.<sup>272</sup>

Desde esta perspectiva, la hegemonía es una propiedad emergente relativamente autónoma de la agencia de entidades humanas en una sociedad, siendo así que dicha capacidad de intervención puede llegar a transformarla de diferentes maneras, pero no puede determinar absolutamente los productos que, dado el carácter complejo de los sistemas sociales, puede producir resultados que no estuvieran previstos por la acción humana.<sup>273</sup> Esto se debe a que, como veremos en el siguiente punto, las distintas acciones o elementos que conforman el poder hegemónico generan retroalimentación (*feedbacks* no-lineales) entre los elementos del sistema pudiendo entonces generar resultados emergentes desproporcionados o imprevistos.

2) Hegemonía como un vector de *autoorganización guiada*: Si en el apartado anterior consideramos la hegemonía como el resultado de la interacción de distintos elementos y fuerzas dentro de un sistema, la hegemonía como *autoorganización guiada* introduce la cuestión de como la hegemonía es en sí misma una fuerza causal capaz de

---

<sup>269</sup> *Ídem.*

<sup>270</sup> *Ibid.*, p.139.

<sup>271</sup> *Ídem.*

<sup>272</sup> Williams, *Political hegemony...* Op. Cit., p.139.

<sup>273</sup> *Ídem.*

alterar sistemas. Esto es, el poder específico que emerge de los fenómenos hegemónicos siendo capaces de actuar y alterar el sistema sobre el que este emerge.<sup>274</sup>

El poder hegemónico es capaz de, a partir de los efectos que surgen en la interrelación entre capas y niveles inferiores, recomponer y reorganizar el sistema que ha hecho emerger tal efecto. Es decir, mediante causación descendente [*downward causation*] las partes de un sistema son capaces de generar efectos autoorganizativos.<sup>275</sup> En relación con el primer punto, las propiedades emergentes del sistema son entonces capaces de transformar el propio sustrato, la lógica del sistema. Es decir, el todo de un sistema es también capaz de modificar los elementos que lo componen. Consecuentemente, una cierta composición social crea un efecto específico de autoorganización. En analogía con la noción gramsciana de «atracción espontánea» la práctica hegemónica consiste en:

[...] Hegemonic praxis consists of guiding processes of self-organisation already occurring within social systems, exploiting and manipulating particular tendencies to create new kinds of dynamics within the system as a whole.<sup>276</sup>

Es decir, se enfatiza la capacidad intrínseca de un sistema de generar y alterar su propia configuración a partir de los elementos ya presentes en el mismo. Al reconfigurar las relaciones entre los elementos emergen nuevos poderes causales que pueden actuar de manera retrospectiva sobre el conjunto del sistema y alterar su régimen autoorganizativo.

Esta concepción de la hegemonía como vector autoorganizativo se opone a la visión de esta como un proceso en oposición a la planificación o manipulación jerárquica. En realidad, argumenta Williams en contra de la escuela la austro-económica de Martin Hayek, empíricamente los sistemas autoorganizativos necesitan de un cierto grado de intervención para funcionar correctamente.<sup>277</sup> Así, la hegemonía operaría como punto medio entre una concepción inmanente de la autoorganización y otra absolutamente hilemórfica. Al fin y al cabo, la hegemonía necesita ciertos grados de intervención y también de alterar las tendencias existentes de un sistema.

Si hemos dejado atrás la ontología del poder trascendente y hemos apostado por una concepción de este como distribuido heterogéneamente en lo social, como una conjunción

---

<sup>274</sup> *Ibid.*, p. 142.

<sup>275</sup> *Ídem.*

<sup>276</sup> *Ibid.*, p.146.

<sup>277</sup> *Ibid.*, p.145

de coerción y de consenso que emerge también de las interacciones y dinámicas propias de un sistema social, es también necesario comprender que para alterar las distintas capas o estratificaciones de un sistema debemos atender a las lógicas autoorganizativas de cada sistema en concreto. Cada capa o nivel posee sus propios poderes causales y sus dinámicas internas, su propia forma organizativa. Consecuentemente, la hegemonía como capacidad de autoorganizar un todo transversalmente, consiste en la habilidad de actuar específicamente en cada nivel, atendiendo a sus interacciones con otros niveles y sus retroalimentaciones propias.<sup>278</sup>

3) Hegemonía como navegación y transformación: La hegemonía, como propiedad emergente autoorganizativa, tiene un objetivo: la creación de un nuevo terreno sociopolítico. La consecución de dicho terreno o *socius* se consigue por una deformación de las relaciones y componentes de un sistema, esto es, en el espacio fásico [phase space] en el que se organiza un sistema. El concepto de espacio fásico, proveniente de las ciencias de la complejidad, viene a designar un territorio o espacio en el que existen n-dimensiones abstractas, es decir, múltiples parámetros espaciales de posibilidad.<sup>279</sup> Desde esta perspectiva, las prácticas hegemónicas deben considerarse como *atractores*: propiedades emergentes de sistemas dinámicos que tienen una causación descendente, es decir, son capaces de resignificar las relaciones y los elementos de un sistema.<sup>280</sup> Los atractores consiguen deformar el espacio de posibilidades a los que un sistema dinámico tiende, son por tanto las dinámicas dominantes en un espacio fásico. Los distintos espacios fásicos posibles en un sistema podríamos decir desde la teoría deleuziana que son reales pero no actuales: son virtuales.<sup>281</sup> Así, en un determinado espacio fásico son posibles diferentes configuraciones de los parámetros que lo componen. Uno de los objetivos de un proyecto hegemónico es, de hecho, alcanzar otra configuración de estos.

Esta ontología está apoyada en una teoría de los sistemas dinámicos, es decir, no entiende cada configuración como una estabilidad estática en el que un elemento puede disrumpir un orden, sino que, de hecho, los sistemas son metaestables y dinámicos: metaestables dado que son relativamente estables aunque susceptibles de ser modificados; y dinámicos en cuanto que su metaestabilidad no se funde en una persistencia de parámetros fijos, sino

---

<sup>278</sup> *Ibid.*, pp.145-146.

<sup>279</sup> *Ibid.*, p.147.

<sup>280</sup> *Ídem.*

<sup>281</sup> *Ídem.*

en la continua transformación y adaptación de los parámetros a la realidad sociopolítica. Todo sistema, para conseguir puntos de relativa estabilidad debe favorecer ciertas conductas, procesos o estructuras, y en cambio, debe entorpecer otros, siempre de manera mutable a las condiciones que dan lugar tal sistema.<sup>282</sup> Consecuentemente, todo proyecto hegemónico debe conseguir guiar al sistema como un todo, introduciendo o alterando ciertos parámetros clave para llevar al sistema a nuevos puntos de metaestabilidad dentro del espacio de posibilidades en el que es concebido. Es decir, el cambio o la transformación del sistema es inmanente: cada sistema fija las condiciones de posibilidad para la emergencia de otro sistema. En este sentido, no se trata de un historicismo o una teleología clásica, sino que podríamos acercar esta hegemonía a la dialéctica negativa de Negri.<sup>283</sup>

En este apartado se juega el contenido *aceleracionista*: «if certain key parameters are pushed too far, it is possible to fall within the pull of an alternative attractor, or to enter a period of sustained instability».<sup>284</sup> Desde la dinámica de sistemas, Williams está de nuevo reintroduciendo uno de los dogmas más conocidos del aceleracionismo: es posible (y deseable) empujar el capitalismo hacia un lugar distinto de sí mismo, acelerando (aunque evita usar la palabra) o empujando ciertos parámetros del mismo. Sin embargo, nuestro autor intenta separarse del mecanicismo afirmando que todo proyecto político debe navegar el espacio de posibilidades mediante la experimentación con las distintas posibilidades que ofrece un sistema hasta conseguir una nueva estabilidad relativa. En definitiva, aunque el postcapitalismo sea inmanente al capitalismo en tanto que el primero es una reelaboración sistémica que emerge de la configuración original del segundo, este nunca puede ser una necesidad voluntarista ni mucho menos mecánica del sistema. En otras palabras, ni la mera intervención política ni el simple despliegue sistémico son suficientes para dirigirnos a un determinado espacio fásico.

Ahora bien, Williams distingue dos formas de cambio hegemónico: 1) navegacional: cuyo objetivo es *navegar* hacia una nueva estabilidad relativa en el interior de un espacio fásico. Es decir, trabajando con los propios atractores *dentro* de las posibilidades existentes de una configuración y; 2) transformacional: este, más ambicioso, tiene como resultado el rediseño del propio régimen fásico, lo que a su vez, transforma el espacio de

---

<sup>282</sup> *Ibid.*, pp.147-148.

<sup>283</sup> Véase cita 28.

<sup>284</sup> Williams, *Political hegemony...* Op. Cit., p.149.

posibilidades del mismo. Es una forma de navegación más universal, abierta a nuevas configuraciones.<sup>285</sup>

4) Poder hegemónico como un *afianzamiento o consolidación generativa (generative entrenchment)*: Este último apartado, después de recoger los mecanismos hegemónicos anteriores, nos introduce la cuestión de la hegemonía desde su punto más abstracto. Se trata de una autocatálisis de poder: una propiedad emergente cuya aparición opera acelerando su propia reproducción. Autodinamiza su consolidación y retroalimenta el propio mecanismo de hegemocratización. En química la catálisis refiere a la intervención de un elemento en una reacción que acelera la propia reacción, cataliza un proceso del que tal elemento forma parte. En consecuencia, retroalimenta con su presencia su propia reproducción.<sup>286</sup> Así, se entiende la hegemonía como el establecimiento de las condiciones para su propia autoemergencia, mediante la inhibición de ciertos procesos y el fomento de otros. Desde esta perspectiva, los sistemas manipulados hegemónicamente actúan como bases o plataformas metaestables para que otros fenómenos puedan desarrollarse. Aunque, como antes mencionamos, los cambios estructurales están sujetos a lo contingente e impredecible de la lógica estructural de un cierto espacio fáscico. En cierto sentido, cuanto más generativa sea una estructura más estabilidad dará al sistema, ya que su emergencia habrá estado asociada a la conexión con muchas otras partes del sistema. De tal manera, que a la vez, es más difícil (aumenta los costes y riesgos) de alterar cada una de las partes y al propio sistema.<sup>287</sup>

Ahora bien, habiendo visitado estos cuatro mecanismos hegemónicos, podríamos aportar una definición al poder hegemónico *complejo* en base a estos, los cuales implican sucesivamente mayores grados de complejidad, siendo cada uno un mecanismo hegemónico complementario con los anteriores y que amplía sucesivamente las perspectivas y ámbitos de actuación. Integrando los cuatro mecanismos, podemos sintetizar la hegemonía compleja como: un mecanismo de poder que surge como resultado de las interacciones de los componentes o partes que componen un sistema (pudiendo ser estos individuales, colectivos o no-humanos). Dicha relación o intercambio entre los elementos da lugar a propiedades emergentes que producen causación descendiente en el sistema del que esta emerge, alterándolo retrospectivamente.

---

<sup>285</sup> *Ibid.*, p.152.

<sup>286</sup> *Ibid.*, p.153.

<sup>287</sup> *Ibid.*, pp.154-156.

Consecuentemente, el poder hegemónico es inherentemente dinámico así que siempre debe guiar el sistema en su propia autoorganización hacia ciertos equilibrios metaestables. No obstante, su mantenimiento y existencia durante el tiempo dependerá precisamente de establecer mecanismos de inhibición o catalización de ciertos procesos, comportamientos o estructuras, haciendo que los riesgos y costes asociados a su alteración sean cada vez mayores.<sup>288</sup>

Una vez desarrollados estas cuatro funciones hegemónicas, podemos atender a las lógicas diferenciadas y las dinámicas específicas de cada nivel. Esto es, una vez explicados los mecanismos genéricos de interconexión, del funcionamiento del sistema como un todo, ahora podemos comprender como funciona singularmente cada lógica organizacional. Williams presenta cuatro dominios hegemónicos principales: la economía, la ideología, la política (Estado) y la tecnología o infraestructura.<sup>289</sup>

Primero nos focalizaremos en la práctica ideológica para después mediante ejemplos resumir sintéticamente el resto de los niveles en sus interacciones.

Dentro de la hegemonía ideológica distingue entre mecanismos semióticos de racionalidad y de afecto. Para el primero retoma la «ventana de Overton» como regulación de aquello que puede ser considerado como «racional» o «realista» en un determinado contexto. Este es un fenómeno emergente que resulta de varios estratos: las políticas económicas en vigor, la influencia de los medios, el balance de poder entre capital y trabajadores, etc.<sup>290</sup> Dentro del terreno de la racionalidad, también sugiere prestar atención a los mecanismos de *heurística ideológica* o cajas negras según la cual ciertos dogmas son aceptados sin la mínima criticidad, por ejemplo: «el mercado distribuye los recursos de manera más eficiente que el estado o la burocracia». Esto se debería a que los costes cognitivos (documentación, consultar otros medios, búsqueda de información...) de poner en duda tales «atajos» son mayores que su simple aceptación.<sup>291</sup>

En el segundo aspecto de la hegemonía ideológica, los mecanismos de afectividad, parte del concepto de «estructuras del sentir» de Raymond Williams. Este resultaría como una particular manera de percibir o estructurar los afectos en la comprensión de nuestro

---

<sup>288</sup> *Ibid.*, pp.156-157.

<sup>289</sup> *Ibid.*, pp.161-185

<sup>290</sup> *Ibid.*, p.164.

<sup>291</sup> *Ibid.*, p.165.

mundo. Esta especie de «espíritu de nuestro tiempo» de *zeitgeist*, se involucra entre los productos culturales, de manera que afianzan su posición como un *loop* positivo.<sup>292</sup> Así por ejemplo, los valores de competitividad e individualismo propios del neoliberalismo como «estructura de sentir» pueden impregnar algunos de sus productos culturales sin que estos hagan una defensa *explícita* de los mismos. Un ejemplo obvio son los concursos de televisión como *Master Chef* o *Undercover Boss*.<sup>293</sup>

Como vemos, la hegemonía ideológica no puede ser simplemente impuesta desde arriba. Aunque siempre habrá intentos explícitos de manipulación o intervención (en los medios, por ejemplo) lo que nos enseñan tanto los mecanismos de racionalidad como los de afectividad es que su hegemonía depende de estructuras y tendencias previas que han sido formalizadas bajo ciertos parámetros y que, además, mediante su reproducción cumplen la función de generar una autoorganización guiada del sistema en su totalidad. Consecuentemente, todo intento de modificar tal hegemonía deberá partir de esas tendencias previas. En otras palabras, que los productos culturales se amolden a las corrientes hegemónicas no puede explicarse simplemente mediante la coerción política. Tal y como explica Williams, en el nacimiento de un programa de televisión como *Gran Hermano* (*Big Brother* en su versión original), confluyen diferentes causalidades materiales (un recorte en los recursos de producción, la huelga de guionistas de los años noventa) con otras político-ideológicas referidas al «espíritu» del momento (individualismo, competitividad, cultura de la vigilancia...). Esta conjunción es la que explica que se tomen ciertas decisiones con respecto a la programación en un cierto momento.<sup>294</sup> Consecuentemente, la hegemonía ideológica tiene sus propias lógicas endógenas (la ventana de Overton, estructuras del sentir, heurística ideológica...) pero a su vez se relaciona e interacciona con otras capas hegemónicas como la política o la económica que la afectan desde el desarrollo de su propia lógica autónoma.

La principal característica de la hegemonía económica es que actúa como un espacio fásico para otros sistemas, de manera que permite la emergencia de diferentes fenómenos, aunque también puede ser afectada por otros terrenos. Un caso paradigmático al respecto fue la reconversión de la producción en occidente desde un modelo fordista a otro postfordista, el cual mediante la transformación de los ambientes de trabajo y de sus

---

<sup>292</sup> *Ibid.*, pp. 165-167

<sup>293</sup> *Ibid.*, p.167.

<sup>294</sup> *Ídem.*



prácticas, alteró la lógica de emergencia de las identidades clásicas de la clase obrera, tal y como teoriza el postobrerismo. Si bien la reestructuración de la producción pudo tener razón por motivos políticos (debilitar la organización de las bases obreras), también obedeció a la propia lógica endógena de una economía globalizada (eficienciar y abaratar la producción), así como también involucró motivos o causas tecnológicas (el desarrollo de las ciencias de la información y de la comunicación).<sup>295</sup>

El Estado o hegemonía política no es considerado como una entidad unitaria regido bajo una sola lógica como podía ser la definición weberiana de este como «monopolista de la violencia» o de la definición marxiana como aparato de la burguesía para garantizar la acumulación capitalista. El Estado es más bien un espacio regido por diferentes instituciones y mecanismos, todos ellos atravesados por conflictos, tensiones y contradicciones, es decir, por luchas hegemónicas pasadas y presentes. El Estado o sociedad política se comportaría como un sistema capaz de regular e intervenir en las dinámicas de autoorganización de una gran variedad de sistemas. Siendo evidentemente ciertas instituciones y procesos más susceptibles de cambio (Parlamento, Senado, etc.) que otros (justicia, regulaciones mercantiles, etc.).<sup>296</sup> Así, aunque efectivamente el Estado debe garantizar en parte la acumulación capitalista, esta determinación no es absoluta, dado que coexisten otras formas estatales o burocráticas que intervienen o niegan este principio. Al mismo tiempo, ciertas estructuras estatales han sido creadas en tándem con el capitalismo, provocando una consolidación generativa de estas que impiden su reformulación.<sup>297</sup> De ahí que pueda afirmarse que la hegemonía neoliberal existe más allá de los partidos que ocupen el poder de un Estado-nación.

La hegemonía en el terreno tecnosocial o de las infraestructuras supone una novedad en los estudios de la hegemonía.<sup>298</sup> Para Williams, tal y como hemos visto en el ejemplo del paso del fordismo al postfordismo, esta tiene capacidades para alterar las dinámicas autoorganizativas de otros sistemas, como el económico:

[...] it is our technical infrastructures which constitute the basic game space (or at the least, the wiring of the space) upon which politics is played today, which while appearing

---

<sup>295</sup> *Ibid.*, p. 169-170

<sup>296</sup> *Ibid.*, p.174.

<sup>297</sup> *Ibid.*, p.175.

<sup>298</sup> *Ibid.*, p. 176.

neutral, may have distinct causal implications in terms of the ability of different actors, agencies, and processes, to self-organise and propagate hegemonic projects.<sup>299</sup>

Además, la infraestructura tecnológica juega un auténtico rol clave en la consolidación generativa de un sistema, en su mantenimiento y consolidación en el tiempo. El establecimiento de una cierta infraestructura global, esto es, la cadena de distribución de recursos, la producción, el mercado o las finanzas tienen todas ellas unas potencialidades autoorganizativas enormes, configurando una cierta conformación geopolítica: ciertos estados se colocan como nodos en la red global mientras que otros devienen periféricos. De ahí que la infraestructura sostenga una «nueva topología del poder» de una manera inédita que sobrepasa los límites del estado-nación post-westfaliano.<sup>300</sup> Efectivamente, actualmente a nadie se le escapa la importancia decisiva que la innovación tecnológica juega en los ciclos económicos. Sin embargo, el desarrollo tecnológico responde a lógicas propias, pero también se encuentra en intersección con otros ámbitos como el económico (la tecnología se ha convertido en una mercancía y en un factor de desarrollo y competitividad económica central), el estatal (el principal inversor en innovación tecnológica) o el político (recordemos el giro copernicano de Mario Tronti para explicar el rol de la clase obrera en el desarrollo organizacional y tecnológico del capitalismo).<sup>301</sup>

En resumen la posición de Williams es concebir la economía como mutuamente imbricada con la política, la cultura, la tecnología... o concebido en términos más marxistas clásicos: la estructura o base económica y la superestructura se retroalimentan y constituyen de manera recíproca. De hecho, su comprensión de un sistema como un espacio atravesado por diferentes niveles o subsistemas (Estado, economía, infraestructura, cultura, etc.) que mantienen relaciones recíprocas, tiende a eliminar la propia distinción entre estructura y superestructura, aunque a veces se use en sus textos como términos analíticos. Así, su comprensión del poder hegemónico complejo deja atrás las visiones mecanicistas que establecen un funcionamiento único y jerárquico entre las capas, como podría ser la distinción base-superestructura del marxismo clásico, por el que la superestructura es una mera expresión de los fenómenos de la base económica. Pero también evita explicar el funcionamiento de los diferentes niveles hegemónicos reduciéndolos a una única lógica, como la articulación hegemónica de Laclau y Mouffe.

---

<sup>299</sup> *Ídem.*

<sup>300</sup> *Ibid.*, p.176-177.

<sup>301</sup> *Ibid.*, pp.176-179.

Una vez desarrollada sintéticamente la ontología realista de la complejidad y sus aportaciones para una teoría hegemónica compleja, podemos entonces señalar que la posición «realista» de Williams se encuentra entre dos polos opuestos: el reduccionismo científico que ciñe el estudio a los elementos más diminutos de un sistema y las corrientes posestructuralistas que formulan y conciben la complejidad desde un cierto misticismo u ofuscación ontológica.<sup>302</sup> Lo que encontramos en cambio, es una reestructuración de la teoría hegemónica gramsciana, basada en el carácter multiestratificado del poder y la aceptación de la ontología contingente (sin efectivamente renunciar a la teoría posmarxista, simplemente la concibe como una de tantas lógicas dentro de un sistema complejo), todo ello reformulado desde las ciencias de la complejidad.

En este sentido que podemos hablar de una post-hegemonía, en cuanto que Williams, ha reformulado los problemas de la teoría hegemónica continental con elementos y herramientas propias de la filosofía analítica. Como hemos señalado, esta irrupción de la teoría de la complejidad al ámbito de la hegemonía no es artificiosa, ni forzada. Más bien al contrario, la ontología compleja de lo social parece haber estado detrás de cada paso de la teoría hegemónica, desde Lenin a Laclau. Al mismo tiempo, la teoría de la complejidad de lo social ha sido asumida en buena medida, pero sin una formulación concreta, en todos estos autores.<sup>303</sup> Si encuadramos el aceleracionismo en general, y el tecnopopulismo de Srnicek y Williams en particular, como una de las vertientes políticas del «giro especulativo» del nuevo siglo, es decir, dentro de los nuevos realismos o del realismo *poscontinental* que vienen a disolver la distinción artificiosa entre analíticos y continentales, entonces podemos concluir que la aproximación de Williams a la problemática de la hegemonía no es sino poscontinental.<sup>304</sup> Consecuentemente, su teoría del poder en las sociedades complejas es, a nuestro parecer, *post-hegemónica*.

En las ciencias de la complejidad también se ha encontrado ciertos paralelismos con la teoría hegemónica gramsciana atendiendo a su carácter multiestratificado y su ontología del poder. Efectivamente, en los cuatro mecanismos descritos, podemos encontrar teorías o intuiciones de Gramsci. La hegemonía como propiedad emergente está en clara sintonía

---

<sup>302</sup> *Ibid.*, p.234.

<sup>303</sup> *Ibid.*, p.5.

<sup>304</sup> Ernesto Castro ha señalado que los autores del llamado «giro especulativo» utilizan herramientas analíticas para resolver problemas propios de la tradición continental y viceversa. Véase: Ernesto Castro, *Realismo poscontinental. Ontología y Epistemología para el siglo XXI* (Segovia: Materia Oscura, 2019).

con la ontología del poder relacional en Gramsci, esto es, como un orden complejo, no centralizado, que emerge de las interacciones de las diferentes fuerzas sociales.<sup>305</sup> La hegemonía como autoorganización guiada tiene una clara relación con la noción de «atracción espontánea», es decir, un tipo de estructuración sistémica antihilemórfica. La hegemonía como navegación y/o transformación supondría una adaptación de la fórmula del «bloque histórico» de Gramsci y, por último, la hegemonía como consolidación generativa responde a la doble conceptualización de la hegemonía como herramienta de consentimiento y coerción, el cual posee un comportamiento autocatalítico: un *loop* positivo de consolidación generativa.

Para finalizar, y una vez hemos expuesto la teoría de una hegemonía compleja y sus similitudes con la teoría de Gramsci, podemos intentar resolver las *antinomias* gramscianas en torno al concepto de hegemonía tal y como son expuestas por Perry Anderson. Según Williams si afirmamos, tal y como hemos comprendido desde la teoría de la complejidad, que la sociedad civil y la sociedad política no son topologías excluyentes, sino que se tratan de terrenos con diversas funciones (o lógicas autoorganizativas propias) pero, el mismo tiempo, interrelacionadas la una con la otra por un *liderazgo* común o hegemónico que configura relaciones transversales entre la sociedad civil y el Estado, entonces podemos comprender que las tres definiciones gramscianas de hegemonía se tratan en realidad de tres *momentos* de interacción entre la sociedad civil y el Estado. Así, en el primero y en el segundo, lo que se nos muestra un momento hegemónico no consolidado, este es el momento en el que el aparato coercitivo del Estado es revelado como menos efectivo que el consensual para el dominio. El tercero, por el contrario, en la que la hegemonía aparece dislocada entre una política y otra social, resultaría de una articulación hegemónica perfectamente establecida y consolidada.<sup>306</sup>

Las tres concepciones de la hegemonía gramsciana se tratarían en realidad de momentos sucesivos en un proceso de consolidación generativa por el que propiedades emergentes tienden a la autoorganización del sistema hasta que se llega a un punto de cierta estabilidad relativa (el tercero), por el que el proyecto hegemónico ha tenido éxito. Por lo tanto, el primer y segundo estadio también son configuraciones hegemónicas, pero menos sólidas.<sup>307</sup> Consecuentemente, para Williams la hegemonía no se encontraría en

---

<sup>305</sup> Williams, *Political hegemony...* Op. Cit., p.139.

<sup>306</sup> *Ibid.*, p.101.

<sup>307</sup> *Ibid.*, pp.101-102.

un determinado *locus*, ya sea este la sociedad política o civil, la hegemonía sería más bien un proceso o dinámica emergente de las partes que componen un cierto sistema, funcionando como guía en los procesos de autoorganización, alterando o conservando las dinámicas de este para su conservación o quiebra. En definitiva, la hegemonía no existe como sitio topográfico en el estado, la economía o la cultura. La toma del poder entonces no coincide necesariamente con el asalto a las instituciones del Estado, tal y como señalo Gramsci.

En resumen, nuestra exposición de la hegemonía compleja nos ha llevado a comprender que esta es capaz de integrar diferentes lógicas de organización local en su seno, sin reducirlas a un único principio explicativo o lógica omnicomprendiva. Para respetar cada lógica, la hegemonía ha sido construida como una práctica de poder que trata de alterar la interacción entre cada una de las capas o funciones de cada nivel o dominio (economía, política, afecto...), así como el funcionamiento interno de cada uno de ellas, concibiendo su funcionamiento e interacción como dinámicas y mecanismos (hegemonía como propiedad emergente, como autoorganización guiada, como equilibrio metaestable y como consolidación generativa) sostenidos en el tiempo entre los diferentes niveles y, finalmente, atendiendo los mecanismos causales específicos que intervienen en cada capa (hegemonía económico, estatal, infraestructural, ideológica...) y provocan sus características emergentes distintivas.<sup>308</sup>

---

<sup>308</sup> *Ibid.*, p.161.

## 5. CONCLUSIONES

«[...] los *hombres* hacen su propia historia, pero no pueden hacerla como quisieran».<sup>309</sup>

La presente investigación tenía como objetivo desgranar la lógica política del denominado «aceleracionismo de izquierdas», es decir, de la propuesta teórico-práctica de Alex Williams y Nick Srnicek desde la publicación del *Manifiesto por una Política Aceleracionista* (2013) y desarrollada en posteriores publicaciones. El motivo de este interrogante ha sido fundamentado en las sucesivas, renovadas y matizadas *versiones* que los británicos han ido ofreciendo de su particular propuesta aceleracionista: del carácter postobrerista del MPA pasando por el acercamiento *populista* de *Inventing the future* (2016), hasta la ontología realista de cuño gramsciano en *Political hegemony and social complexity* (2020). Para tal cometido nuestra investigación nos ha transportado a diversos y heterogéneos lugares teóricos (algunos incluso sorprendentes), que revelan el carácter sincrético e interdisciplinar del pensamiento de estos autores, así como de sus herencias teóricas.

Fundamentalmente, el recorrido de esta investigación se ha desarrollado en tres bloques:

1) En la primera parte del trabajo (capítulo segundo) nos hemos encargado de comprender en su generalidad el movimiento aceleracionista, señalando y acentuando la variedad de perspectivas teóricas que se aúnan en tal sentido político. La ya establecida categorización ideológica del movimiento nos ha llevado a proponer una nueva clasificación basada en las versiones *mecanicistas* y *navegacionales* de este. Quizás esta clasificación, más bien de carácter heurística, también resulte insuficiente a la larga, pero creemos que cobra potencia respecto a la anterior ya que pone en el centro de la cuestión la lógica acelerativa por encima del signo progresista o reaccionario del proyecto.<sup>310</sup> Además, esta clasificación también se refuerza en el hecho de que ambas categorías están fundamentadas en una cierta comprensión del desarrollo tecnológico y su relación con el cambio social, ya sean estas deterministas o constructivistas tecnológicos. Esta es una

---

<sup>309</sup> La cursiva es mía. En Karl Marx, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* (1852).

<sup>310</sup> De la misma manera que el populismo ha sido comprendido como la «lógica de lo político», podríamos argumentar que la lógica de la hegemonía de Williams tampoco entiende de signo político, sino que constituye una propuesta ontológica de lógica política de la hegemonía.

cuestión fundamental en el aceleracionismo y que, sin embargo, también en este ensayo ha quedado relativamente huérfana.

Precisamente una de las objeciones que pueden hacerse a esta investigación es que ha tomado demasiado énfasis en la lógica política del proyecto de Srnicek y Williams sin atender específicamente a los medios tecnológicos e infraestructurales por lo que este puede llevarse a cabo, y que suponen un campo de posibilidades inédito para construir una infraestructura socialista para el siglo XXI. Esto, en mi opinión, no es un defecto menor. Al fin y al cabo, toda la propuesta de Srnicek y Williams se basa en aseverar que la tecnología contiene unas potencialidades sociales latentes y cuyo desarrollo pueden ayudarnos a imaginar un nuevo horizonte del *común*. En otras palabras, el proyecto de Srnicek y Williams no puede entenderse en profundidad sino se observan los mecanismos técnicos-infraestructurales concretos que de facto posibilitan este nuevo horizonte emancipador.<sup>311</sup> También es cierto que habitualmente los análisis del aceleracionismo se centran precisamente en este tipo de literatura y tienden a generar una imagen cercana al tecnoutopismo ingenuo de la que aquí nos hemos intentado desprender.

2) En la segunda parte de nuestra investigación nos hemos ocupado del proyecto político de Srnicek y Williams y de sus principales herencias teóricas. Una vez descartadas las visiones apocalípticas y mecanicistas de este movimiento (que tan buena acogida parecen tener en nuestro presente) para designar la propuesta de los británicos, nuestra aportación ha sido denominar este proyecto como un *tecnopopulismo*. El objetivo de ello es el de aunar el evidente mestizaje entre la tradición postobrerista y la posmarxista en los textos de los autores británicos, así como señalar su concepción tecno-material de la hegemonía. Tal y como hemos desarrollado, la incompatibilidad entre las propuestas de Negri y la de Laclau y Mouffe como lógica política resultan más que evidentes. La noción central que resulta divergir ambas propuestas es el concepto de universalidad: tan vacío en el caso de Laclau y Mouffe que puede ser llenado con todo, tan desbordante en el caso de Negri que acaba resultando vacío. Así, la adscripción de Srnicek y Williams al universal posmarxista nos ha sugerido la necesidad de comprender este movimiento como un populismo, es decir, sobre la voluntad de formar un *pueblo*. Y sin embargo, no renunciar al programa postobrerista y a ciertos compromisos tecno-materiales, esto es, un

---

<sup>311</sup> Véase: Tiziana Terranova. “Red, Stack, ¡Attack!”. En: Armen Avanesian y Mauro Reis... Op. Cit., pp. 91-110; Aaron Bastani *Fully automated luxury communism* (Londres: Verso, 2019)

tecnopopulismo. No obstante, tal y como hemos comprobado esta exigencia material en la hegemonía tecnopopulista no deja de ser problemática desde el marco posmarxista: al fin y al cabo, el tecnopopulismo debería afirmar a la vez la autonomía de lo político y su dependencia de una cierto determinismo tecno-económico. Al mismo tiempo, establece un proyecto como el de una democracia radical y plural que se contradice cuando establece una política no-normativa. Consecuentemente, hemos concluido este apartado con la necesidad de elaborar una nueva comprensión de hegemonía que pudiera expandir la lógica articuladora de la diferencia y equivalencia hasta desarrollar formas extra-discursivas: una hegemonía compleja.

En este sentido, el tecnopopulismo tiene dos caras: como proyecto normativo basado en la maximización de la libertad sintética o positiva y de afianzamiento de la igualdad a través de un mundo post-trabajo (desarrollado en capítulo tercero) y, por otro lado, un mecanismo analítico por la que se comprende el poder hegemónico en las sociedades contemporáneas y su posibilidad de transformación (capítulo cuarto). Centrándonos en el primero (capítulo tercero), uno de los aciertos del *tecnopopulismo* como proyecto político es el querer apropiarse de una posibilidad futura como la automatización o la renta básica que, en cierta medida, quizás no sean tan lejanas. Su mandato es claro: las formas que adopten estas medidas no serán reaccionarias o progresistas de por sí, sino que dependerán de su inserción política, es decir, del contexto en el que estas se desarrollen. Nótese que un futuro postcapitalista puede devenir tanto una construcción social de lo *común*, como una privatización generalizada anarcocapitalista en la que el modelo del Estado del bienestar ha dado ya definitivamente sus últimos coletazos y es sustituido por la caridad de la renta básica. En definitiva, establece los medios materiales por los que una democracia podría ser efectivamente radical y plural en un futuro oscuro. Efectivamente el tecnopopulismo ofrece algunas claves, análisis y herramientas necesarias para pensar el futuro. Ciertamente, vivimos en un mundo tecnológicamente mediado y consecuentemente cualquier proyecto emancipador en el presente debe tomar en consideración la centralidad de la tecnología en la construcción de nuestro mundo y nuestra subjetividad. Si algo debe reconocérsele al aceleracionismo es el intento (hoy imprescindible) de querer politizar el futuro.

Sin embargo, precisamente este punto también limita seriamente sus perspectivas. El aceleracionismo de Srnicek y Williams es, al fin y al cabo, un marxismo para el siglo XXI en el que la toma de los medios de producción por parte de los obreros se reinterpreta por



la toma del control y diseño de las máquinas: el nuevo sujeto de la historia entonces son los ingenieros. Así que, mientras que en sus libros, las redes y los eventos culturales el aceleracionismo se muestra con una estética *tecno-futurista*,<sup>312</sup> a efectos prácticos se trata de un marxismo bastante clásico, centrado básicamente en ampliar las políticas de clase mediante: 1) un proyecto post-trabajo, focalizado por tanto en los intereses de clase, aunque subrayando como una sociedad post-trabajo es favorable para los intereses de mujeres, personas racializadas, trans, etc., 2) la voluntad de romper con la «ética del trabajo» que alimenta el imaginario y las luchas de la izquierda clásica, y 3) eliminar la aversión a la tecnología y la abstracción típica de la izquierda por un especial énfasis en su capacidad emancipadora. Esto es, la afirmación de lo global y lo universal, frente a local y particular de las *folk politics*.

En correlación directa con otros marxismos clásicos, hay entonces una absoluta preminencia de la clase y de los conflictos «estructurales» en sus análisis por encima de otros antagonismos que surgen en lo social. Apuntan claramente hacia una unidad de clase sobre la que cimentar infraestructuras tecnológicas que puedan resolver diferentes conflictos como el racismo, la misoginia o la amenaza climática. En definitiva, su acercamiento a otros conflictos sociales se produce tan solo desde una gramática de clase y es, en este sentido, reduccionista. Sobre este punto es legítimo preguntarse si a pesar de los esfuerzos en adaptar su proyecto a la pluralidad de demandas y antagonismos, la modificación de la estructura económico-tecnológica es suficiente para acabar con ciertas opresiones. Aunque bien es cierto que los británicos señalan que su enfoque es necesariamente parcial dado que se ocupan del problema de la producción en Occidente, y urgen a la necesidad de otras perspectivas que puedan complementar su análisis.<sup>313</sup> De ahí la absoluta indispensabilidad del proyecto xenofeminista, entre otros.

En otro orden de cosas, la crítica a las *folk-politics* nos parece una apunte quizás necesario en el seno de ciertos sectores de una izquierda conformista que, a veces, se vanagloria en una cierta romantización de la derrota y la lamentación endémica por las causas perdidas. Este es precisamente el «miserabilismo trascendental» con el que Nick Land les acusa. Como dice Rendueles:

---

<sup>312</sup> Véase la *Opera Aceleracionista* llevada a cabo por el colectivo Y€\$Si Perse en el Palacio de La Capella (2019): <https://vimeo.com/379021092>

<sup>313</sup> Srnicek y Williams, *Inventing the future...* Op.cit., p.200.

El fracaso tiene un alto prestigio entre la izquierda política: la imagen del Che Guevara que todo el mundo recuerda es la del guerrillero ejecutado por el ejército boliviano y la CIA, no la del Ministro de Industria Cubano.

Sin embargo, cabría preguntarse si bajo esta crítica a las *folk politics* (y teniendo en cuenta la preminencia obvia que los autores dan a la clase sobre otras formas de antagonismo) se esconde un menosprecio o una crítica encubierta en favor de aquello que ha sido denominado como «la trampa de la diversidad». Es decir, el rechazo a toda forma de antagonismo considerado como mera «superestructura», rechazado por ser «cultural» o epifenoménico frente a la base económica o infraestructura. Srnicek y Williams afirman que los nuevos movimientos sociales han constituido un «momento de autocrítica para la izquierda»<sup>314</sup> y les acusan de haber perdido la radicalidad del activismo de los años sesenta y setenta: «while capable of generating an array of new and powerful ideas of human freedom, the new social movements were generally unable to replace the faltering social democratic order».<sup>315</sup>

En cierta manera, su crítica va dirigida a su poca fijación en las condiciones *estructurales* de sus luchas. Este aparente menosprecio encubierto por lo cultural (si es que aceptamos una división en la práctica -no analítica- de las desigualdades económicas y culturales)<sup>316</sup> es, cuanto menos, paradójico: una de las principales resistencias al mundo post-trabajo no es meramente su consecución material, sino la dificultad de erradicar la «ética del trabajo».<sup>317</sup> Al fin y al cabo, cuando reconocen el esfuerzo cultural que supondría esta desobjetivación, también están reconociendo la importancia de los símbolos y los sentidos primordiales que ofrecemos a las estructuras de nuestro mundo. Aquí es precisamente donde un movimiento populista que pretende eliminar el trabajo encontrará enormes dificultades y resistencias.

En definitiva, si bien Laclau y Mouffe parecen sobreestimar la capacidad del populismo para transformar la realidad de un Estado-nación, también creemos que el propio Williams infravalora la capacidad del «discurso» de transformar las realidades materiales.

---

<sup>314</sup> Srnicek y Williams, *Inventing the future...* Op.cit., p.19

<sup>315</sup> *Ídem.*

<sup>316</sup> Véase al respecto el debate entre Nancy Fraser y Judith Butler en: Nancy Fraser y Judith Butler, *¿Reconocimiento o redistribución? Un debate entre marxismo y feminismo* (Madrid: Traficantes de sueños, 2017).

<sup>317</sup> Srnicek y Williams, *Inventing the future...* Op.cit., pp. 123-126.

3) En el tercer apartado (capítulo cuarto) hemos desarrollado esta nueva comprensión hegemónica elaborada recientemente por Alex Williams. Su teoría de una «hegemonía compleja» o *posthegemonia* -tal y como la hemos denominado para señalar su alineación con el realismo postcontinental o «giro especulativo»- es una particular conjunción entre la hegemonía del tipo gramsciana y las teorías de la complejidad. Hasta el presente el aceleracionismo de «izquierdas» había mantenido una posición cercana pero *distanciada* del giro especulativo. Si bien se reconocía su pertenencia a este movimiento dado su énfasis en la vuelta a un marxismo *más* materialista o *realista* ontológicamente, tal y como hemos visto, esta afirmación resultaba problemática dada su cercanía a los posicionamientos posmarxistas. Por ello, uno de los méritos de la *hegemonía compleja* es el haber explicitado el estrecho vínculo existente entre el aceleracionismo y las ontologías realistas del nuevo siglo.

Otro mérito consiste en el intento superar los falsos compartimentos estancos de la filosofía contemporánea. Desde Kant el terreno de la filosofía se había dividido en tres grandes corrientes, según correspondía a las tres partes de la *Crítica de la razón pura*: la estética dio lugar a la filosofía continental, la dialéctica a la tradición marxista y la analítica a la tradición anglosajona.<sup>318</sup> La hibridación por parte de Williams del marxismo gramsciano, el postestructuralismo y las ciencias de la complejidad no nos señalan la virtuosidad de Williams al resolver las disputas aparentes entre tradiciones. Si acaso nos indica la arbitrariedad y la falta de fundamento de estas clasificaciones y, al mismo tiempo, la necesidad de superarlas, tal y como ha emprendido el realismo poscontinental.

Volviendo a la hegemonía, en su genealogía hemos comprobado como su concepción había sido una elaboración recurrente que permitía a distintos pensadores ampliar la lógica política en momentos de creciente complejidad frente a las teorías explicativas previas: este fenómeno se ha sucedido desde Lenin, hasta Laclau y Mouffe, pasando por Gramsci. Consecuentemente, la adopción de las ciencias de la complejidad desde la teoría marxista de la hegemonía no es sino un paso lógico desde la formulación mecanicista del marxismo del despliegue capitalista, esto es, bajo un modelo newtoniano de causas y efectos predecibles y lineales, hasta una concepción post-newtoniana, basada en la no-linealidad, los efectos emergentes, la agregación o la autoorganización. En otras palabras,

---

<sup>318</sup> Ernesto Castro, *Realismo poscontinental. Ontología y Epistemología para el siglo XXI* (Segovia: Materia Oscura, 2019).

la post-hegemonía es el marxismo que ha adoptado por fin una comprensión post-newtoniana de las sociedades contemporáneas.

Sin embargo, y pese a la evidente filiación entre la hegemonía gramsciana y las teorías contemporáneas de la complejidad, la elaboración teórica de Laclau y Mouffe no ha pasado en vano: por un lado, se reconoce su lógica articuladora como una comprensión altamente eficaz a la hora de explicar la lógica de formación de identidades políticas, pero Williams la restringe al ámbito discursivo; siendo entonces, una de las tantas lógicas autónomas que pueblan su sentido multiestratificado de hegemonía. Por otro lado, Srnicek y Williams asumen sin duda el programa de una democracia radical y la herencia ilustrada que ya estaba presente en Laclau y Mouffe.

La hegemonía, como hemos visto desde Gramsci, se encarga de estudiar los aparatos y mecanismos de poder para su mantención así como las herramientas necesarias para crear proyectos contrahegemónicos que puedan derrocarlos. A ese respecto, la post-hegemonía en cuanto que amplía los parámetros y rehúye toda explicación monista, ciertamente permite un análisis más pormenorizado de los fenómenos hegemónicos que se dan en las sociedades complejas, posibilitando prestar atención a la manera en la que los diferentes niveles hegemónicos exhiben ciertas conductas organizativas. Así, la hegemonía compleja logra comprender la hegemonía como un mecanismo del todo (como emergencia, consolidación generativa, etc...) y también puede ocuparse de las perspectivas y ámbitos concretos de los que emergen ciertas propiedades e interacciones (economía, política, cultura...). Es decir, es generalista y diferenciada. Ciertamente, cuanto más complejidad se introduce en un esquema explicativo, más podemos reducir la complejidad del objeto de estudio.

La hegemonía compleja también amplía la noción de populismo, este es concebido más allá de la forma-partido en conjunción con los movimientos sociales. Se trata más bien de una «ecología de organizaciones»<sup>319</sup> que pueda desarrollar formas de política más allá de las formas populistas vistas en la última década y que incluyan estructuras de más largo alcance como el caso señalado de los *think tanks*, o los centros de innovación tecnológica. Es una concepción *más* material del populismo y de las condiciones de la lucha que tiende a complejizar las formas hegemónicas de nuestro mundo.

---

<sup>319</sup> Srnicek y Williams, *Inventing the future...* Op.cit., pp.162-169.

Sin embargo, cabría hacer una enmienda a la totalidad a esta investigación: Srnicek y Williams entienden que la mayor amenaza para nuestro futuro es la automatización, y al mismo tiempo, afirman que en ella se encuentra la potencia de despliegue de un postcapitalismo progresista. Es decir, de facto la automatización es tan solo una condición de posibilidad de un socialismo para el siglo XXI que, sin la intervención y mediación política parece inviable dado que la automatización por si sola parece imparable (en menor o mayor aceleración) en cualquiera de los escenarios futuros. Por tanto, cabría preguntarse si realmente su propuesta política conjuga la automatización de los procesos productivos como una herramienta política o si, simplemente, dada la tendencia generalizada hacia la automatización su propuesta es gobernar políticamente el sentido de tal aceleración. En el primer supuesto, un interrogante es como controlar y modelar el empuje de un parámetro del sistema para obtener los resultados deseados. En el último supuesto, que parece menos plausible, apenas encontraríamos diferencias en su estrategia política con el populismo propuesto por Laclau y Mouffe. Al fin y al cabo, a efectos prácticos se trataría de dominar discursivamente el sentido político de la automatización. Si acaso, la principal divergencia con estos constituiría la comprensión analítica del poder a través de los aparatos hegemónicos.

La propuesta hegemónica de Williams entonces se centraría tanto en evitar tanto el economicismo y determinismo clásico o más matizado del marxismo, como en formas meramente voluntaristas o agenciales del poder hegemónico. En ambos casos rehúye una explicación o lógica omnicomprensiva de la hegemonía. En su particular entendimiento de la relación estructura-superestructura, Williams de alguna manera sigue los pasos de la deconstrucción cuando busca encontrar relaciones complejas y no causaciones últimas universales entre estas. Esto es, afirmar que aunque analíticamente son distinguibles, en la práctica no pueden diferenciarse nítidamente dado que sus efectos e interacciones no pueden reducirse un esquema universal que otorgue predominancia a una sobre la otra. En cierta manera, al reconocer su *flexibilidad* las elimina. Pese a ello, creemos que en Williams hay una cierta preponderancia del análisis estructural y, en este sentido, corre el riesgo de reificar involuntariamente la falsa dicotomía estructura-superestructura.

Si bien parece que en sus análisis efectivamente evita el determinismo, no está del todo claro que pueda rehuir un *mecanicismo divino*. Parece que la teoría de la hegemonía compleja requiere de un acercamiento *demiúrgico* a sus niveles, dinámicas e interacciones. Un tipo de aproximación que sea capaz de observar la transformación

sistémica en el interior de una probeta en la que se puede añadir o sustraer a placer, así como reintentar el experimento tantas veces como se quiera hasta obtener el resultado deseado. Parece que el autor concibe el cambio hegemónico más bien como un juego de químicas. Si como dice Villacañas «el populismo es Carl Schmitt atravesado por los estudios culturales»,<sup>320</sup> el tecnopopulismo sería un Gramsci que cuelga el uniforme militar y se enfunda la bata blanca.

Para finalizar, querría resaltar el carácter incompleto de esta investigación y apuntar algunas líneas de investigación futuras. Más que tratarse de un trabajo unitario y/o cerrado, nos encontramos antes diversas líneas de despliegue que entran en conjunción. Este trabajo ha sido, si acaso, el intento de atrapar algunas de estas potencialidades mediante una síntesis incompleta pero tentativa. El trabajo podría ser considerado como un preámbulo, una proposición de esbozo de la tesis doctoral que espero poder realizar. Efectivamente, la investigación remite a numerosas cuestiones que quedan solamente garabateadas y de las que me gustaría continuar trabajando en el futuro. Algunas de ellas son, por ejemplo, la proximidad de la teoría de Williams con el modelo actor-red de Bruno Latour o las divergencias con el marxismo de Althusser. Otra cuestión más o menos explicitada es la conjugación del proyecto de una democracia radical y plural con una teoría de la democracia compleja. ¿Es la post-hegemonía de Williams una teoría para el desarrollo de una democracia radical, plural y compleja? Tanto Innerarity como Williams coinciden en señalar que la complejidad es una dimensión inherente a la democracia y que su perspectiva debe ser adoptada para afrontar los retos de las sociedades contemporáneas. El reto paradigmático en este sentido es la crisis ecológica: ¿Cómo puede conjugarse una acción global contra el cambio climático (necesariamente tecnocrática, saber de expertos) con las voluntades populares y los intereses democráticos?<sup>321</sup> En este punto entran en fricción las nociones de populismo y tecnocracia ya que, tal y como expone Innerarity, existe una contradicción entre la simplicidad del populismo y la lógica de la complejidad democrática. Se trata de una escisión entre razones tecnocráticas y populistas. Esto es, entre efectividad de gobierno y voluntad popular.<sup>322</sup>

---

<sup>320</sup> Villacañas, *Populismo...* Op. Cit., p.79.

<sup>321</sup> Véase la excelente reflexión de Gadamer al respecto en “La planificación del futuro” en *Verdad y Método II* (Salamanca: Sígueme, 1998).

<sup>322</sup> Innerarity, *Una teoría de la democracia compleja...* Op, Cit., p.18

En el fondo aquí radica también la oposición de Villacañas entre populismo (antagonismo, simplicidad, voluntad popular) y republicanismo (saber depositado en instituciones, procesos, estructuras jurídicas...). Entre un sistema que entroniza la voluntad popular o los momentos constituyentes y otro que opta por un sistema inteligente que precisamente se dedica a limitar lo que un gobierno o una institución puede hacer, una inteligencia sistémica basada en protocolos por los que controlar las conductas y dinámicas sociales, económicas, políticas...etc.<sup>323</sup> Desde otra perspectiva: el carácter anti-institucional y constituyente del populismo se opondría a la afirmación de una *res publica* centrada en organizaciones y procesos que aspiren a componer una estabilidad institucional dirigida hacia la justicia de la mayoría social.<sup>324</sup> ¿Es entonces el tecnopopulismo una forma democrática que busca equilibrar los saberes y procedimientos tecnocráticos con la voluntad popular? Al fin y al cabo, la democracia se compone de diferentes *momentos* (votación, leyes, electoralismo, inteligencia colectiva, soberanía popular) pero ninguno de ellos puede ser entronizado en detrimento del resto. En definitiva, ¿Es el tecnopopulismo capaz de armonizar el carácter contingente de lo social con ciertos compromisos que hacen inteligibles las políticas de izquierda? El *tencopopulismo* se trataría entonces de una profundización *material* en las raíces republicanas del proyecto de una democracia radical.

Esta cuestión está emparentada con el carácter *ilustrado* del tecnopopulismo. Williams considera las teorías de la complejidad como un momento de «autocrítica racionalista» que establecen nuevos campos de acción y conocimiento, aunque también demarque nuevos límites.<sup>325</sup> Williams refiere a la posibilidad de un conocimiento que no se exprese como «dominio absoluto», sino que se atenga a la imposibilidad de predicción en un entorno de contingencia irreducible. Si la primera Ilustración, como dice Innerarity, aspiraba a la claridad y a la exactitud, la segunda debería moverse en parámetros de «inabarcabilidad, inexactitud e incertidumbre».<sup>326</sup> Para Innerarity esto requiere configurar una inteligencia colectiva:

Si la primera Ilustración giraba en torno a la adquisición de conocimiento para el progreso individual y social, la segunda Ilustración debería apuntar a un nivel más amplio del aprendizaje, a la inteligencia de las organizaciones y las instituciones, a las formas

---

<sup>323</sup> *Ibid.*, p.44.

<sup>324</sup> Villacañas, *Populismo...* Op. Cit., p. 114.

<sup>325</sup> Williams, *Political hegemony...* Op. Cit., pp. 34-35.

<sup>326</sup> Innerarity, *Una teoría de la democracia compleja...* Op. Cit., pp. 73-74.

organizadas de inteligencia colectiva. Para las organizaciones, construir inteligencia colectiva significa que el aprendizaje ya no acontece simplemente por evolución o mera adaptación, sino que se debe estructurar sistemáticamente en procesos reflexivos de gestión del conocimiento.<sup>327</sup>

Esta inteligencia colectiva, por tanto, no debe adoptar los tintes absolutistas de la primera Ilustración, sino que la tecnocracia *por venir* debe adecuarse a una cierta inabarcabilidad de los saberes y de su capacidad de acción. Esto necesariamente implicaría que el proyecto político de esta segunda Ilustración pueda desembarazarse de los fundamentos racionalistas y universalistas que la habían caracterizado, tal y como propone Chantal Mouffe. En cierta manera, esto supondría afirmar, por un lado, el carácter contingente de los sujetos y la falta de fundamento de toda práctica y sistema político, siempre sostenido en un acto de exclusión. Así, en último término, el universal no tiene un contenido propio, solo aquel que resulta de las contiendas hegemónicas. Por otro lado, asumir que el saber que tenemos sobre el mundo y nuestra capacidad de acción e intervención en este debe moverse bajo parámetros de una cierta incertidumbre. Frente a la soberbia ilustrada de una «razón técnica» que pretende establecer un principio rector universal,<sup>328</sup> asumir el mandato aristotélico de la *phronesis*: una racionalidad o conocimiento ético que evite toda pretensión de neutralidad, una intervención práctica en el mundo de carácter contingente y contextual, por tanto, universalizable pero no universal, no un saber objetivo universal, sino un saber productivo o *práxico* para las condiciones culturales e históricas de una comunidad:<sup>329</sup>

Understanding the social world as a complex means acknowledging the ways in which it imposes limits on our ability to fully comprehend it. In terms of hegemonic projects, this implies some degree of limitation on the ability of any singular or collective political actor to strategise with absolute certainty.<sup>330</sup>

En definitiva, las referencias a la elaboración tecnocráticas de esta inteligencia colectiva para esta segunda Ilustración no hacen sino desvelar el que en nuestra opinión es un punto clave del tecnopopulismo. Y es que como proyecto político, este constituye antes el intento de derroque de la hegemonía neoliberal o, si acaso, una perspectiva que permita afrontar las crisis por venir, que una genuina teoría de la emancipación social y política,

---

<sup>327</sup> *Ibid.*, p.71.

<sup>328</sup> Hans-Georg Gadamer, “La planificación del futuro” en *Verdad y Método II* (Salamanca: Sígueme, 1998) Op.cit., pp.153-155.

<sup>329</sup> Mouffe, *El retorno de lo político...* Op. Cit, p.33.

<sup>330</sup> Williams, *Political hegemony...* Op. Cit., p.180.



al menos en los términos que esta había sido pensada hasta ahora. Quizás baste con recordar, volviendo a Gramsci, que «no se puede elegir la forma de guerra que se quiere practicar, a menos que uno tenga desde el primer momento una superioridad aplastante sobre el enemigo».<sup>331</sup>

---

<sup>331</sup> Antonio Gramsci, *Escritos (Antología)*... Op. Cit., p.240.

## 6. BIBLIOGRAFÍA

Aibar Puentes, Eduard. *La visión constructivista de la innovación tecnológica Una introducción al modelo SCOT*. Barcelona: FUOC, 2018.

Anderson, Perry. *Las antinomias de Antonio Gramsci*. Madrid: Akal, 2018.

Althusser, Louis. *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Buenos Aires: Nueva visión, 1974.

Arroyo García, Nantu; Acosta Iglesias, Lorena. “Pensar el aceleracionismo, ¿con o contra Marx? El fragmento sobre las máquinas a debate en el s. XXI”. *Argumentos de Razón Técnica*, 22, pp. 178-20, 2019.

Avanessian, Armen; Reis, Mauro. “Introducción” en: Avanessian, Armen; Reis, Mauro (Comps.). *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo*. Buenos Aires: Caja Negra, 2017.

Badiou, Alain. *The communist hypothesis*. Londres: Verso, 2010.

Bastani, Aaron. *Fully automated luxury communism*. Londres: Verso, 2019.

‘Bifo’ Berardi, Franco. *Almas al trabajo. Alienación, extrañamiento, autonomía*. Madrid: Enclave de libros, 2016.

- “El aceleracionismo cuestionado desde el punto de vista del cuerpo” en: Avanessian, Armen; Reis, Mauro (Comps.). *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo*. Buenos Aires: Caja Negra, 2017.
- *Fenomenología del fin*. Buenos Aires: Caja Negra, 2017.
- *Futurability. The age of impotence and the horizon of possibility*. Londres: Verso, 2019.

Brassier, Ray. “El prometeísmo y sus críticos” en Avanessian, Armen y Mauro Reis (Comps.). *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo*. Buenos Aires: Caja Negra, 2017.

Bryant, Levi; Srnicek, Nick y Harman, Graham (eds.) *The Speculative Turn. Continental materialism and realism*. Melbourne: re-ress, 2011.

Butler, Judith “Re-staging the universal”, en Butler, Judith; Laclau, Ernesto; Žižek, Slavoj. *Contingency, hegemony, universality*. Londres: Verso, 2000.

- “El marxismo y lo meramente cultural” en Fraser, Nancy; Butler, Judith. *¿Reconocimiento o redistribución? Un debate entre marxismo y feminismo*. Madrid: Traficantes de sueños, 2017.

Castro, Ernesto. *Realismo poscontinental. Ontología y Epistemología para el siglo XXI*. Segovia: Materia Oscura, 2019.

Cilliers, Paul. *Complexity and Postmodernism: Understanding Complex Systems*. London: Routledge, 1998.

Cuboniks, Laboria. “Manifiesto xenofeminista” en Avanesian, Armen; Reis, Mauro (Comps.). *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo*. Buenos Aires: Caja Negra: 2017.

Cordero Rodríguez, Abraham. “Aceleracionismo, tragedia y sentido”. Trabajo fin de máster, Universitat de Barcelona, 2019.

Deleuze, Gilles; Guattari, Felix. *El antiedipo*. Barcelona: Paidós, 1985.

Derrida, Jacques. *Fuerza del ley: “El fundamento místico de la autoridad”*. Madrid: Tecnos, 2002.

Expósito, Roberto. *Categorías de lo impolítico*. Madrid: Katz editores, 2006.

Fernández Liria, Carlos. *En defensa del populismo*. Madrid: Catarata, 2016.

Fisher, Mark. *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* Buenos Aires, Caja Negra: 2016.

Fraser, Nancy; Butler, Judith. *¿Reconocimiento o redistribución? Un debate entre marxismo y feminismo*. Madrid: Traficantes de sueños, 2017.

Gadamer, Hans-Georg. “La planificación del futuro” en *Verdad y Método II*. Salamanca: Sígueme, 1998.

Gramsci, Antonio. *Escritos (Antología)*. Edición y comentarios de César Rendueles. Madrid: Alianza, 2017.

Gómez Villar, Antonio. *Hacia una concepción filosófica del postfordismo y la precariedad: elementos de teoría y método (post)operaísta*. Tesis doctoral, Universidad Pompeu Fabra, 2014.

- Ernesto Laclau i Chantal Moufffe: *Populisme i hegemonia*. Barcelona: Gedisa, 2018.

Gureev, Artem. (2018). “Beyond endless Winter: An interview with Nick Srnicek”. Consultado el 27 de marzo de 2020, &&& Platform en <https://tripleampersand.org/beyond-endless-winter-interview-nick-srnicek/>

Hardt, Michael; Negri, Antonio. *Imperio*. Barcelona: Paidós, 2002.

- *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*. Barcelona: Debate, 2004.

Harman, Graham. “El revival de la metafísica en la filosofía continental” en *Hacia el realismo especulativo*. Buenos Aires: Caja Negra, 2018.

Hester, Helen. *Xenofeminismo*. Buenos Aires: Caja Negra, 2018.

- “Promethean labours and domestic realism”, en *The Scale of our eyes: the scope of leftist thought*, ed. Joshua Johnson. Londres: Mimesis International, 2015.
- “Synthetic gender and the limits of micropolitics”. . . . *ment*, 6, 2015. Disponible en: [https://repository.uwl.ac.uk/id/eprint/2732/1/synthetic-genders-and-limitsmicropolitics#footnoteref27\\_04lxgw7](https://repository.uwl.ac.uk/id/eprint/2732/1/synthetic-genders-and-limitsmicropolitics#footnoteref27_04lxgw7) (Visitado 20 mayo 2020)

Innerarity, Daniel. *Una teoría de la democracia compleja. Gobernar en el siglo XXI*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2020.

Laclau, Ernesto. *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel, 1996.

- *Debates y combates. Por un nuevo horizonte de la política*. Madrid: Fondo de cultura económica, 2016.
- *La razón populista*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2018.
- *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Madrid: Siglo XXI, 2015.

Laclau, Ernesto; Mouffe, Chantal. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI, 2015.

Land, Nick. *La Ilustración Oscura*. Disponible en:

<https://www.thedarkenlightenment.com/the-dark-enlightenment-by-nick-land/>

Llavadot, Laura. *Jacques Derrida: Democràcia i soberania*. Barcelona: Gedisa, 2018.

Marx, Karl. (1972). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, vol. 2. México: Siglo XXI, pp. 216-230.

Mayos Solsona, Gonçal. *Homo obsoletus. Precariedad y desempoderamiento en la turboglobalización*. Barcelona: Linkgua Pensamiento, 2016.

- “Crisis Neoliberal, Políticas Del Desconcierto y Autoritarismos Populistas”, *Clivatge* 8, (2020): pp.194-237.

Mouffe, Chantal. *Prácticas artísticas y democracia agonística*. Barcelona: Museu d’art contemporani de Barcelona y Universitat Autònoma de Barcelona, 2007.

- *El retorno de lo político*. Madrid: Paidós, 1999.
- *Hegemony and ideology in Gramsci*. Londres: Routledge, 2013.
- *La paradoja democrática*. Barcelona: Gedisa, 2016.

Negri, Antonio. *La fábrica de porcelana. Una nueva gramática de la política*. Barcelona: Paidós, 2006.

- “Reflexiones alrededor del *Manifiesto por una Política Aceleracionista*” en: Avanesian, Armen; Reis, Mauro (Comps.). *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo*. Buenos Aires: Caja Negra, 2017.

Noys, Benjamin. *Velocidades Malignas*. Madrid: Materia Oscura, 2018.

Pizzi, Alejandro. “Más allá de Marx: postobrerismo y posmarxismo. Una revisión de los fundamentos teóricos de la multitud y el pueblo”, *Arxius* 38 (2018): 59-72.

Rendueles, Cesar. *En bruto: una reivindicación del materialismo histórico*. Madrid: La Catarata, 2016.

Srnicek, Nick; Williams, Alex. “Manifiesto por una Política Aceleracionista” en: Avanesian, Armen; Reis, Mauro (Comps.). *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo*. Buenos Aires: Caja Negra, 2017.

- *Inventing the future. Postcapitalism and a world without work*. Londres: Verso, 2016.
- “¿Los robots te quitarán el trabajo?” en: Echaves, Marta; Ruido, Maria; Gómez Villar, Antonio. *Working dead. Escenarios del postrabajo*. Barcelona: La Virreina. Centre de la Imatge. 2019.

Srnicek, Nick. “El postcapitalismo será postindustrial” en: Avanesian, Armen; Reis, Mauro (Comps.). *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo*. Buenos Aires: Caja Negra, 2017, pp. 111-116.

- *Capitalismo de plataformas*. Buenos Aires: Caja Negra, 2018.
- *Assemblage Theory, Complexity and Contentious Politics. The Political Ontology of Gilles Deleuze*. Disponible en: [https://issuu.com/gfbertini/docs/assemblage\\_theory\\_\\_complexity\\_and\\_contentious\\_poli](https://issuu.com/gfbertini/docs/assemblage_theory__complexity_and_contentious_poli)

Sztulwark, Diego. *La ofensiva sensible. Neoliberalismo, populismo y el reverso de lo político*. Buenos Aires: Caja Negra, 2019.

Terranova, Tiziana. “Red, Stack, ¡Attack!”. En: Avanesian, Armen; Reis, Mauro (Comps.). *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo*. Buenos Aires: Caja Negra, 2017, pp. 91-110.

Villacañas, José Luis. *Populismo*. Madrid: La Huerta Grande, 2016.

Williams, Alex. *Political hegemony and social complexity. Mechanisms of power after Gramsci*. Londres: Palgrave Macmillan, 2020.

Wolfendale, Peter. (2014). ["So, Accelerationism, what's all that about?"](https://deontologistics.tumblr.com/post/91953882443/so-accelerationism-whats-all-that-about). Consultado el 27 de marzo de 2020, Dialectical Insurgency en <https://deontologistics.tumblr.com/post/91953882443/so-accelerationism-whats-all-that-about>

Woolgar, Steve. *Ciencia: Abriendo la caja negra*. Barcelona: Anthropos, 1991.

Žižek, Slavoj. *La vigencia del manifiesto comunista*. Barcelona: Anagrama, 2018.